PREMIO PRIMAVERA DE NOVELA 2015

JUAN ESLAVA GALÁN

Misterioso asesinato en casa de Cervantes

(A)* *ÁMBITO cultural
ESPASA

Misterioso asesinato en casa de Cervantes

Esta obra ha obtenido el **Premio Primavera 2015**,
convocado por Espasa y Ámbito Cultural
y concedido por el siguiente jurado:

Ángel Basanta
Ramón Pernas
Fernando Rodríguez Lafuente
Ana Rosa Semprún
Antonio Soler
Miryam Galaz

Índice

A Victoria y *Jimena. Y a Minerva.*

1

DE LA LLEGADA DEL PESQUISIDOR CON QUE DA COMIENZO ESTA VERDADERA HISTORIA

Viernes primero de agosto, pasada la hora de las grandes calores, cuando el sol declina y las sombras se alargan, un joven caballero de gentil talle descabalgó en el patio empedrado de la venta de Palomares, a una legua de Valladolid.

Avisado por un zagalejo, salió el ventero y, advirtiendo por el atuendo y la calidad de la montura que el viajero era persona principal, aunque no se acompañara de criados ni mucho equipaje, le dispensó las zalemas y reverencias que los de su oficio usan con los huéspedes pudientes.

—Pasad, caballero, y mandad lo que gustéis, que en esta casa hallaréis de todo.

—Un aposento que no haya de compartir con nadie —solicitó el caballero.

—Tenemos un cuarto arriba donde vuesa merced se encontrará como en la gloria, sin molestia alguna —dijo el ventero—. El daño está en que es de dos camas y de aquí a la noche otro huésped podría demandar la vacante.

—Yo pagaré las dos de buena gana con tal de que nadie ronque a mi lado —contestó el caballero—. Poned sábanas limpias y subidme agua con la que refrescarme. Y ahora mostradme el camino de las cuadras y acomodaré al caballo.

—Eso puede hacerlo mi zagal —ofreció el ventero.

—Yo sabré hacerlo sin ayuda —objetó el caballero—. Que el zagal traiga un cuartillo de cebada y mirad que no esté vana ni tomada de la roya.

El ventero advirtió que el caballero era más avisado de lo que su poca edad prometía, pues se guardaba de los latrocinios que en las ventas comúnmente se cometen cuando quitan al animal la cebada, en cuanto el amo traspone, y le dejan solo la paja y las granzas.

Apiensado el caballo, el caballero subió a su cuarto, donde ya la ventera le había prevenido una jofaina de agua fresca del pozo con la que, despojándose del jubón, se refrescó el rostro y el cuello. Puesta la

jofaina en el suelo, se sentó en la cama e introdujo en el agua los pies que traía recocidos de las botas. En ello estaba cuando regresó la ventera trayéndole un pañizuelo para que se secara y quedó prendada de los pies blancos y delicados del caballero, que más le parecieron de doncella.

Había en la posada mucho trajín de arrieros, por lo que el caballero se hizo servir la cena en su aposento. Una criadita joven le subió una escudilla con más repollo que carnero, que le supo a manjar por los buenos apetitos que la jornada le había despertado, y una jarrilla de aguamiel de la que apenas probó unos sorbos.

Levantado el servicio, el caballero corrió el cerrojo de la puerta, cerró el postigo del ventanuco que daba al campo, dejando tan solo una rayita de luz de luna sobre la tablazón del suelo, acomodó su faltriquera debajo de la almohada y, despojándose de la ropa hasta quedar en paños menores, se echó a dormir sin que a su cansancio importunaran la dureza del colchón de borra, el apresto de las sábanas, la serenata de las chicharras ni las risotadas de los arrieros que en el patio tomaban el fresco entre tientos de frasca, canturreos de borracho y las bromas soeces que entre la gente baja se usan.

Antes de conciliar el sueño, nuestro caballero desdobló un papel y a la luz de una palmatoria leyó, una vez más, la carta de la duquesa de Arjona que lo había puesto en camino, en especial la parte donde decía: «… han acusado de homicidio a nuestro buen amigo don Miguel de Cervantes y lo han encerrado en la cárcel de la corte junto con sus hermanas, su hija y su sobrina. Está tan abatido y apesadumbrado que ni habla ni come, ni parece que quiera seguir viviendo…».

Leída la misiva, el caballero mató la luz y abandonándose al cansancio de la jornada se durmió presto hasta que, bien entrada la mañana, lo despertó el silbato de un capador de puercos que transitaba por el camino real anunciando su oficio.

Bajó el caballero a las cocinas, donde, excusándose de beber el aguardiente que la ventera le ofrecía, desayunó pan tostado en la lumbre con el unto de cáscara de naranja amarga confitada con miel que llaman letuario y, tras satisfacer los haberes del hospedero, reanudó su viaje camino de Valladolid con sobradas ganas de entrar en aquella ilustre ciudad que los forasteros alaban como el más regalado y apacible lugar del mundo.

Estaba fresca la mañana y la pintada pajarería acudía a saludarla con sus trinos en la arboleda que festoneaba el camino. Nuestro caballero, viéndose solo, dio en cantar con fina y armoniosa voz el villancico que dice:

El bajel está en la playa
listo para navegar,

¡ay!, quién se quiere embarcar.
Acudan a la marina
los que fueren del Amor
para quitarles su ardor,
pues que la vela se tira
al son de esta mi bocina.
Os quiero yo pregonar:
¡ay!, quién se quiere embarcar…

Así entretenía el camino nuestro caballero y alegraba su joven corazón. Brillaba el sol y a su paso bullía la vida en el ancho mundo. Tan solo lamentaba nuestro viandante que el negocio que lo llevaba a tan gran ciudad y corte del rey de España fuera más enojoso que placentero.

2

En el que se da noticia de la ilustre ciudad de Valladolid, corte de las Españas, así como de la visita del pesquisidor a la duquesa de Arjona en hábito femenil

Haciendo la última etapa del camino, don Teodoro de Anuso, que así se llama el caballero de nuestra historia, iba recordando lo que de Valladolid le contara un viajero francés con el que trabó amena conversación jornadas atrás.

—¿A Valladolid vais? —preguntó el caballero—. Por Dios que es una gran ciudad, de las más ilustres que tiene el rey de España. En ella hallaréis más de treinta palacios, y tantas iglesias y conventos que el día del Corpus huele el aire a incienso como si estuviera en llamas el Gran Bazar del turco.

—No sabía que hubiera ciudad semejante fuera de Roma —dijo don Teodoro.

—¿Os parece que exagero? —replicó el francés—. Mirad que habitan en la corte no menos de veinticinco duques, treinta y cinco marqueses, sesenta condes, no sé cuántos vizcondes y muchísimos hijosdalgo cuyo número aumenta casi cada día con las patentes de nobleza que el rey, generoso como joven, otorga a los que lo sirven bien. Sumad a eso los numerosos servidores y criados, desde mayordomos hasta pícaros de cocina, que sirven en esos palacios, añadid las muchas personas de hábito y sotana que el cuidado de tantas almas requieren y tendréis una muchedumbre de moradores que engrandecen la villa. Y putas para contentar a tanta gente… más habrá que en el serrallo del bey de Túnez.

—Ya veo —asintió don Teodoro.

—Y aún me dejo gente en el tintero, mi joven amigo —añadió el francés—. Desde que hace tres años el rey mudó la corte a Valladolid, esta gran ciudad ha atraído a una multitud de ricos mercaderes y a laboriosos artesanos. Paseando por sus plazas y en las amenas riberas de su río percibiréis una babel de lenguas: genoveses, gallegos, aragoneses, vascones, tudescos, flamencos, napolitanos y otras varias gentes de distintas leches, cunas y naciones se han establecido en la

ciudad.

—Que me place —dijo don Teodoro.

Era nuestro caballero discreto y por ello no dejó de notar que su interlocutor, por ser extranjero, extremaba las alabanzas y prudentemente se abstenía de mencionar los entuertos e injusticias que en la corte se perpetran, como el agravio que él mismo venía a averiguar y desbaratar.

Otro viajero, un mercader de paños en Burgos con el que hizo parte del camino, lo informó de que Valladolid frisaba las sesenta mil almas, de las que quince mil eran mendigos de pedir, profesos en la cofradía de los menesterosos que viven del aire o de la sopa boba de los conventos, otros veinte mil no pedían pero pasaban necesidad, diez mil no sabían qué es comer caliente y los restantes quince mil eran curas, frailes o criados al amparo de unas docenas de pudientes.

—En parte alguna veréis tantos criados, que hasta los propios pobres los tienen —advirtió el pañero—. Allí las casas nobles mantienen infinita servidumbre.

—¿Tantos necesitan? —preguntó nuestro caballero.

El mercader se rio por lo bajo.

—No, ciertamente, sino que lo hacen por vana ostentación, para pregonar que tienen más criados que el que vive al lado o a la otra punta de la calle. También encontraréis gran copia de ganapanes ociosos que, acuclillados con la espalda en tapias y bardales, pasan sus horas descansando de no hacer nada, quién en coloquio con el vecino, quién callado y pensativo, quién dormitando, quién triste, quién alegre, el uno sentado, el de más allá tumbado, todos sin afán ni pesadumbre, que así Dios los socorre como socorre a las avecicas del campo y les da de vivir sin hacer nada, libres de cuidados.

En esas rememoraciones de conversaciones pasadas entretenía don Teodoro el camino cuando, doblado un recodo, en la cuesta que llaman del Higuerón, dio vista a Valladolid, y, teniendo un momento las riendas de su cabalgadura, se recreó en la mucha belleza que ante sí parecía: las espadañas de los treinta y nueve conventos y las levantadas torres de las doce iglesias, cada cual con su traza, a cual más acabada, las extendidas murallas y los tejados pardos, los huertos verdes que sobre las tapias alegremente asomaban, con sus higueras y cipreses y otro género de árboles que dan apacible sombra y dulces frutos; y los muchos palacios de la noble ciudad. Bajando la mirada la contentó en los verdes huertos y en las prietas arboledas que como cinta tendida marcan el curso del Pisuerga, la orilla amena a la que en el estío desciende una muchedumbre de gentes de toda condición por refrescarse y huir de los rigores del sol, bañarse en el río o pasear por la floresta.

Con eso nuestro caballero espoleó su cabalgadura y apretando el

paso descendió al arrecife empedrado que discurre entre plantíos y casas de recreo hasta el ojo polifemo del puente del Meloncillo, sobre el Esgueva, donde declaró al oficial del fielato que no llevaba mercancía alguna, y entrando en la jurisdicción de la ciudad descabalgó y murmuró una piadosa oración ante el humilladero de san Andrés. Siguió luego su camino y, llegando al cruce de Herradores, le salieron al encuentro algunos mendigos mostrando llagas y escapularios en demanda de limosna. Apretó el paso nuestro caballero y pasando bajo el arco de la puerta de Tudela, y atravesada la plazuela de san Andrés y la calle del Verdugo, ancha y franqueada de buenas casas, llegó a la Plaza Mayor cuando las campanas llamaban a las oraciones de la hora tercia.

Caminaba don Teodoro mirando con curiosidad y asombro la Plaza Mayor con sus quinientos pórticos, dos mil ventanas y la muchedumbre que bullía entrando y saliendo de las numerosas tiendas que bajo sus soportales se cobijan, sin contar el laberinto de tenderetes y tratos que en su magna extensión se abren. No habrá mercadería en la cristiandad que no encuentre acomodo en tan famoso lugar: paños y bayetas, frisa y lencería, botones, sedas y brocados. Deambuló nuestro caballero por los puestos de los plateros, de los albardoneros, espaderos, especieros y boticarios, rechazó cortésmente el ofrecimiento de los perfumistas que dan sahumerio de olor por unos maravedíes, y llegando al lugar donde los viandantes se desayunan en los bodegones de puntapié se le acercó un rapazuelo de quince o dieciséis años que poniéndole la mano en el estribo le dijo:

—Señor caballero, ¿sois don Teodoro de Anuso, por un casual?

—Esa es mi gracia —respondió el interpelado.

—Vengo de parte de mi señora doña Teresa, la duquesa de Arjona, para guiaros a vuestra posada.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el caballero.

—Diego Cortado, para servir a vuecencia —dijo el rapaz, y añadió—: Aunque vuesa merced me vea en hábito de pobre, sepa que procedo de familia sin tacha, de Mollorido, cerca de Medina del Campo, la de las ferias, donde nos enseñan a no morder la mano que te da de comer. Por eso la señora duquesa me ha tomado fe y me tiene en sus cocinas de mandadero, que Dios la bendiga. Lo digo para encareceros que soy de fiar y bien podéis tomarme a vuestro servicio.

—Muy despabilado te veo, mozo —contestó don Teodoro—. Lo que me place.

—Llamadme Dieguillo, señor, como la duquesa hace.

—Muy bien, Dieguillo.

Pasaron adelante y el mozo iba espantando a los mendigos para que no incomodaran al amo.

—Nunca vi pobres tan tenaces —comentó don Teodoro.

—Es por el hambre, señor, que no respeta calidad ni cortesía —los disculpó Dieguillo—. En la corte ha quedado poco que comer. Todo se gastó en las pasadas fiestas cuando conmemoramos el nacimiento del príncipe y la venida de los embajadores ingleses. Como se suele decir, días de mucho son vísperas de nada.

En esta plática salieron de la plaza por la calle de la Sortija y, atravesando la plazuela de la Fuente Dorada, tomaron el carril de los Chapineros, en cuyo cabo estaba la posada del caballero.

—Aquí viviréis —dijo Dieguillo, mostrando una casa mediana de dos pisos y buhardilla.

Abrió la puerta el muchacho con la llave que llevaba prevenida y tomando las riendas condujo el caballo a la cuadra a desensillarlo y abrevarlo, mientras don Teodoro recorría las estancias de la posada. Las halló aireadas y limpias, aún con charcos someros en los ladrillos del suelo por haberlo baldeado y refrescado aquella mañana. Subió al cuarto y halló un buen aposento con cama bien vestida y dos arcones roperos de los que uno contenía vestidos de mujer y otro, de hombre.

Regresó Dieguillo de atender la cabalgadura y dijo a don Teodoro:

—Si vuesa merced no manda otra cosa, me retiraré a mis otros quehaceres. La duquesa está en las huertas, con sus damas, donde pasó la noche en su cenador de verano, pero en cuanto regrese a palacio le comunicaré vuestra llegada. Ahora iré a palacio y os traeré con qué almorcéis.

Ido el muchacho, el caballero cerró la puerta con la retranca y yendo al patinillo sacó agua del pozo hasta llenar la pileta. Con esto se despojó de la ropa y apareció la bellísima y hermosa joven que en realidad era, doña Dorotea de Osuna, la cual andaba por el mundo en hábito de hombre cuando sus negocios aconsejaban ocultar su naturaleza femenina. Soltó la redecilla en la que recogía el cabello debajo del chambergo y se desprendió en cascada una melena castaña que casi le alcanzaba la cintura. La lavó con yema de huevo y vinagre y, tras asearse del polvo del camino las otras partes del cuerpo con gran placer, pues era de mucho deleite el agua fresca del pozo en tan grandes calores, salió de la pileta tan bella y limpia como Venus de la concha.

Subió doña Dorotea al aposento y, abriendo un arcón, escogió una saya naranjada con faldar verde adornada con galones, encajes y volantes, y un jubón corto ajustado que realzaba aquellas parejas prendas femeninas que antes oprimió el traje de don Teodoro.

En ese atuendo de mujer abrió la puerta y encontró a Dieguillo, quien habiendo dejado la empanada envuelta en pañizuelos sobre un poyo, a la sombra, se entretenía en tirar una vara a las ramas altas de una morera por ver de cobrar las moras maduras.

—¿Así me guardas el hato, jugando mientras? —le riñó

blandamente.

Dieguillo la miró con los ojos tiernos con que los muchachos miran la belleza y dijo:

—Ay, señora, que no me parece sino que estoy viendo a una santa hermosa de las que pintan para los altares. Con traje de hombre no parecíais tan bella.

Sonrió doña Dorotea al halago y, mirando que no hubiera nadie en la calle, dijo al rapaz:

—Pasad, don zalamero, y aparejad la mesa. ¿Habéis almorzado?

—No, señora, que todavía no es la hora de los criados.

—Pues haceos cuenta de que ya llegó. Hoy comeréis conmigo, que tengo mucho que preguntaros sobre los usos de la corte.

Obedeció Dieguillo de muy buena gana y dispuso una mesa tocinera en el patinillo donde compartieron variada conversación y empanada de carnero, pollo, riñones y verduras, de la que, tras comer con buen apetito, aún sobró una buena porción para la fresquera, con lo cual doña Dorotea despidió al mozo y se retrajo a sestear en su aposento.

Pasados los calores del mediodía, regresó Dieguillo a donde doña Dorotea con el recado de que doña Teresa había vuelto de las huertas y holgaría de recibirla. No tuvieron que andar mucho, pues tan solo seguir las bardas del jardín de los duques, al volver la esquina hallaron la entrada del palacio, una hermosa portalada de cantería sobre la cual campeaba un escudo de armas que traía cinco puntos de azur equipolados por cuatro de oro con el lema *Amicus protectio fortis*, el cual interpretó la discreta doña Dorotea como «Fuerte por la protección de los amigos».

Entraron al zaguán, que encontraron abierto, con su lamparita de aceite encendida delante del azulejo de los mártires san Bonoso y Maximiano, la devoción de la casa ducal, y, llegándose al portalón, el muchacho tiró dos veces del cordel que tañía una campanilla a cuyo reclamo acudió un criado anciano.

—Ambrosio, anunciad a la duquesa que está aquí doña Dorotea de Osuna —dijo el muchacho.

—Pasad, señora, ya nos había avisado que veníais —contestó Ambrosio apartándose con una reverencia—. La señora está en la galería de arriba.

Entró doña Dorotea a un patio columnado muy frondoso de macetas y plantas en cuyo centro había una fuente de mármol con un Cupido cabalgando un delfín, el cual echaba un chorro de agua por la boca que rebotaba sobre una concha del mismo mármol y rebosando caía toda en derredor como una cortina fresca sobre la artesa, salpicando a las macetas de pintadas flores que la rodeaban y dando mucho frescor al patio, al cual llegaba la luz del sol muy matizada por un gran toldo que lo cubría de parte a parte.

Subieron el criado y la visita la gran escalinata, que en el descanso frontero se adornaba con un gran óleo del nacimiento de Venus, y atravesando varios salones alhajados con tapices de Bruselas, ferrados arcones, buenos braseros, aparadores y sillones de cordobán, fueron a dar a una galería luminosa donde bordaban dos mujeres sentadas en sendos almohadones, sobre una tarima baja. La mayor, que no frisaría los cuarenta años, viendo llegar a doña Dorotea, abandonó el bastidor sobre la canasta de la costura y, saliendo a su encuentro muy sonriente, la abrazó y le estampó dos besos en las mejillas.

—¡Cómo me huelgo de veros tan gallarda y en sazón! —le dijo tomándola de ambas manos y contemplándola a sabor—. ¿Ha sido muy fatigoso el viaje?

—No se me ha hecho sino ligero sabiendo que venía a serviros, señora duquesa.

Se volvió la duquesa hacia la joven que con ella cosía y le dijo:

—Sanchica, dejémoslo por hoy. Baja a las cocinas y trae a mi amiga un vaso de aloja, que se refresque.

Partió la criadita y, cuando quedaron solas, la duquesa dijo a su amiga:

—Dorotea, te he llamado porque tenemos que sacar a don Miguel de Cervantes y a sus hermanas de la cárcel y, lo que será más difícil, restituirles el buen nombre que por sospechas de asesinato se ha visto arrastrado en mentideros y en vituperios de chismosos.

Doña Dorotea bajó la mirada con gran pesadumbre.

—¿Qué delito puede haber cometido un hombre de tan altas prendas? ¿No hubo bastante cárcel ya en su vida con el cautiverio de Argel?

—De altas prendas es —concedió la duquesa—, pero también más versado en desdichas que en versos. Mataron un hombre a su puerta y el alcalde de casa y corte Cristóbal de Villarroel tiene a los Cervantes por sospechosos junto con otros vecinos. Has de saber que a don Miguel, siendo persona de tan altas prendas para nosotras, en la corte lo menosprecian debido al humilde estado al que los infortunios de la vida lo han reducido.

—Me hago cargo —dijo doña Dorotea—. ¿Por dónde pensáis que podría comenzar mis pesquisas?

—Pudierais empezar por su vecindario, en la calle del Rastro de los Carneros, que no es de las mejores de Valladolid por su cercanía con el hospital de las bubas y con los mataderos. Allí se instaló nuestro amigo con las mujeres de la familia.

—¿Qué mujeres? —preguntó doña Dorotea.

—Quitando a su esposa, doña Catalina de Palacios, que ahora está ausente en Esquivias, las otras que viven con él son su hija natural doña Isabel de Saavedra, que está soltera y mozuela; su hermana doña

Andrea de Cervantes, viuda; la hija de esta, doña Constanza de Ovando, soltera de hasta treinta años, y doña Magdalena de Sotomayor, otra hermana de Cervantes, beata, de más de cincuenta. ¡Ah! Se me olvidaba la criada, María de Ceballos, todavía mozuela. Todas ellas menos la beata y la criada han ido a la cárcel por sospechas del alcalde Villarroel.

—¿Hay esperanza de que resuelvan pronto?

—¡Ay, hija, tú sabes bien que en este mundo no hay más justicia que la que compras! Cuando caes en manos de escribanos y jueces puedes darte por perdida, porque aun sabiéndote inocente entretendrán el pleito hasta arruinarte la hacienda y la fama. De eso viven.

Llegó Sanchica con una bandeja en la que traía una jarra de aloja y dos copas de cristal que dejó sobre la tarima.

Cuando se hubo ausentado, prosiguió la duquesa:

—Nuestro buen don Miguel ha cumplido ya cincuenta años, y aunque otros a esa edad aún conservan algo del vigor de la juventud, él está muy trabajado por la vida y no está ya para más pesadumbres, sino para quitarse cuidados y alcanzar el sosiego necesario para escribir sus libros, con los que tanto esparcimiento da al mundo cuando no vida a lectores y criaturas tan incondicionales suyas como somos nosotras. Por eso te he hecho llamar, porque sé de tus mañas como pesquisidora. Si la muerte de Ezpeleta no se esclarece, siempre quedará la sospecha sobre don Miguel, con mengua de su honra. Por eso es menester que se descubra al matador, de manera que el buen nombre de don Miguel y sus parientes no ande en lenguas, porque aunque salgan de la cárcel, no será tan presto que sus honras queden en entredicho en esta maliciosa corte.

Doña Dorotea asentía con grave semblante.

—¿Ha habido testigos contrarios en los que pueda averiguar? —preguntó.

—Todo el enredo procede de una beata de mala entraña de nombre Isabel de Ayala que vive debajo del tejado de la casa de don Miguel, una bruja que se pasa todo el día tras el postigo empeñada en ver en cada signo de sus vecinos una prueba de que viven en pecado.

—¿En pecado? —preguntó doña Dorotea.

—En el de lujuria, naturalmente —aclaró la duquesa—. ¿Qué otro pecado habría de ser en esta patria nuestra, que solo de ese entiende?

Asintió la muchacha.

—¿Cómo puede una beata ser tan contraria a la caridad y a la justicia?

—¡Ay, hija, bien se conoce que vienes de un pueblo donde no os alcanza la maldad de la corte! —dijo la duquesa—. Esto es una cesta de manzanas, todas podridas, en la que incluso la de más sana

apariencia guarda algún gusano. Aquí la mayor parte de las beatas son de manera muy distinta a las que puedes imaginar, porque yendo de iglesia en iglesia y entrando en todas las casas con el achaque de llevar la estampa santa o la reliquia lo mismo arreglan desconciertos que restauran amores contrariados que hacen ensalmos para que la mocita juncal quiera al viudo viejo y rico, y para que la dama melindrosa no le haga ascos al arropiero enriquecido que por gozarla está dispuesto a dilapidar la herencia de sus sobrinos. Ellas van y vienen por las casas dando receticas de jabón, ayudando a hacer mantecados, librando a los niños de maldeojos (que ellas mismas les hacen), dando friegas a las paridas, conversación y compaña al melancólico, y con el pretexto de ayudar al prójimo traen y llevan chismes y deshonrarían a la casta Susana si se lo propusieran. Ellas son gusanos negros que viven del entremetimiento del puterío y las sotanas; las veis de mañana visitadoras de iglesias y rezadoras, que no hay una que tenga menos de diez devociones, novenas y besamanos, y en los tornaviajes y entretiempos urden apaños y asientan nómina no siempre cierta de damas de pierna en alto, y por sus composturas compran y venden virgos legítimos o fingidos a tanto la pieza. Son, en fin, las madres de todos, respetadas y muy agasajadas porque sin su concurso medio mundo no comería caliente, pero también son tales que ellas solas enredan la ciudad, y si se encabritan desenvainan lenguas más afiladas y puntiagudas que la espada de Maladros, que no hay broquel que proteja de ellas ni honra que esté a salvo. Con esto os quiero retratar a la tal Isabel de Ayala, por cuya declaración el alcalde Villarroel ha dado con don Miguel de Cervantes y sus mujeres en la cárcel.

—Por ella empezaré —contestó doña Dorotea—. Pero antes quisiera hacer averiguación de lo que los justicias asentaron en sus papeles.

—Sobre eso debéis saber que uno de los alguaciles que acompañaron al alcalde Villarroel, Andrés de Carranza, es muy devoto de Baco y suele parar en la taberna de la Manchega, en el Campo Viejo. Allí podéis encontrarlo al declinar el día.

—Por ese empezaré —dijo doña Dorotea—. Y marcho ahora mismo, que para luego es tarde.

Con lo que, ofreciéndose mucho y dándose otra vez las cortesías y plácemes que hacen al caso, se despidieron las dos amigas.

3

Donde el alguacil Carranza relata las averiguaciones sobre la reyerta ocurrida a la puerta de don Miguel de Cervantes

Pasada la hora nona, cuando los galanes acechan a las novicias detrás de las tupidas rejas de los oratorios y los mosquitos acuden a las luminarias encendidas en las esquinas, Dieguillo acompañó a don Teodoro a la taberna de la Manchega y en llegando al Campo Viejo se la señaló y le dijo:

—Allí está, señor. ¿Os espero aquí para llevaros de vuelta?

—No es necesario —respondió don Teodoro—, que yo sabré volver.

—Señor, de noche, con estas negruras hay capeadores y salteadores que acechan a las gentes de buena condición.

Sonrió don Teodoro y apartándose la capa ligera mostró la empuñadura del estoque italiano que llevaba al cinto.

—Os agradezco el aviso, amigo Diego, pero reparad que no me faltan colmillos con los que defenderme. A valerme por mí me enseñaron mis padres desde que eché los dientes antes que a zurcir y a hacer vainicas.

—Pues me vuelvo a la casa y, si me necesitáis, estaré durmiendo en un camastro del patio como me tiene mandado la señora duquesa.

Se despidieron con esto y don Teodoro apartó la cortina que guardaba la entrada y penetró en la taberna. A las luces de hasta media docena de fanales bebían, charlaban y reían dos docenas de parroquianos.

Fuese don Teodoro derechamente a un mozo joven que, subido en una banqueta, componía la espita de un bocoy alto, y le preguntó:

—¿Por ventura está aquí el alguacil Andrés de Carranza?

—Aquel de la mesa debajo de la escalera —señaló el mozo—, el que lleva un pañuelo a la cabeza. Nunca se lo quita por tapar la hendidura de un pistoletazo, que es su señal más particular.

—Agradecido.

Carranza era grandón, carirredondo y chato. Vestía jubón de búfalo muy holgado, por disimular la panza, espadón y daga al cinto y botas filisteas con vueltas a usanza militar. En aquel momento departía con

dos compadres a los que refería sus hazañas cuando era postillón de los correos del rey. Ellos le reían las gracias.

—¿Señor don Andrés de Carranza? —preguntó don Teodoro haciendo un amago de reverencia con el chambergo emplumado que llevaba en la mano—. ¿Me haríais la merced de aceptar que os convidara a una jarra de la ribera?

Carranza se volvió al joven caballero y cató con mirada perita su jubón gallardo y la capa ligera carmesí con forro de seda, así como el estoque milanés que llevaba al cinto. Al verse requerido por una persona de calidad, barruntó ganancia y, espantando a sus contertulios con un gesto, convidó a don Teodoro con otro. Don Teodoro se acomodó en uno de los taburetes vacantes.

—¿Me conocéis? —preguntó Carranza.

—Llevo poco tiempo en la corte —dijo don Teodoro—, pero buenos amigos me han alabado a vuestra persona como mano derecha de la justicia y me han certificado que el alcalde Villarroel no sabe dar un paso sin vos.

Carranza se esponjó con orgullo.

—Algo de eso hay…

—Es el caso, si me permitís que vaya al grano, que cierto alto señor de Francia al que sirvo me ha comisionado para que lo informe sobre la muerte del hombre por cuya causa están presos don Miguel de Cervantes y sus hermanas.

—¿Las Cervantas? —dijo Carranza—. Decidle al francés que las mocitas son unas putas; las viejas, coberteras, y el dicho don Miguel, el rufián de todas.

Don Teodoro sufrió con paciencia el exabrupto y disimuló indiferencia por no desvelar que el insulto a don Miguel lo hería en lo más vivo.

—Eso es todo lo que obtendréis de balde —se sinceró Carranza—, y si queréis saber más, mirad de proveer a mi pobreza.

Desentendido de su interlocutor, el alguacil aprovechó que la moza servidora pasaba cerca para intentar palmearle el trasero. Ella le madrugó la intención y lo esquivó con un quiebro.

—No seas arisca, Catalinilla —le dijo—. Anda, tráenos medio azumbre de vino, que aquí el caballero convida.

Catalinilla miró al forastero en demanda de confirmación. Don Teodoro asintió y, hurgándose en la faltriquera que llevaba a la cintura, extrajo un vaso plegable de plata así como unas monedas, de las que entregó a la tabernera un real de a ocho.

Mientras la moza iba por el vino, don Teodoro apiló sobre la mesa hasta cuatro reales de a ocho y los cubrió con un guante. Luego desplegó el vaso de plata y encajó la tapa en la base para que le sirviera de pie. Carranza contemplaba estas operaciones con su sonrisa

de beodo.

—Me gusta lo que veo —dijo.

—Como os decía, mi señor, que es de los más importantes de Francia, me ha entregado ciertos dineros para proveer a mi averiguación —informó don Teodoro.

—Eso es obrar con talento —repuso Carranza.

—¿Podréis hacer memoria de la causa, entonces?

Regresó Catalinilla con el vino y, arrimándose al caballero rumboso un punto más de lo que era menester, de manera que sintiera su cadera en el codo, depositó la jarra sobre la mesa y le entregó en mano las vueltas.

—¿Su merced pide alguna otra cosa?

Don Teodoro le puso una blanca en la mano.

—Gracias, muchacha.

Marchó la moza a sus menesteres y nuevamente quedaron los hombres solos.

—Preguntabais por el asunto de Cervantes —dijo Carranza.

Don Teodoro asintió.

—El alboroto ocurrió pasadas las once de la noche del lunes veintisiete de junio de este año de 1605. Según se supo en la averiguación que siguió, a aquella hora estaba la casa de don Miguel de Cervantes sosegada, algunos vecinos en la cama y otros a punto de acostarse, cuando escucharon una gran voz en la calle que decía: «¡Al traidor, que me ha matado!». Tan grande fue el clamor que los perros del vecindario comenzaron a ladrar. Después todavía escucharon que la misma voz decía, más desfallecida: «Señores, ¿no hay caridad para un caballero al que ha matado un ladrón?».

—¿Y qué ocurrió?

—Acudieron vecinos a las ventanas y vieron que en la calle había un hombre, al parecer malherido porque se tambaleaba. Don Esteban de Garibay, del primero derecha, avisó a su madre, la viuda doña Luisa de Montoya, quien por hallarse acostada en un aposento trasero y ser dura de oído no había notado nada. Fuese a ella y le dijo: «¡Madre, madre, a la puerta hay un hombre que pide socorro, herido, y trae en la mano una espada!». La dama se asustó y le pidió que avisara a don Miguel.

—¿Don Miguel de Cervantes? —interrogó don Teodoro.

—¿Quién si no? Era el único Miguel de la casa —dijo Carranza.

Y, haciendo un alto, bebió medio cubilete de un trago.

—El muchacho avisó a don Miguel de Cervantes —prosiguió el alguacil—. Habéis de saber que vuestro amigo era su vecino de al lado. También acudió al alboroto don Luis de Garibay, que por ser sacerdote se hallaba retraído en otro aposento rezando sus completas. Encendieron un velón y bajaron a socorrer al herido. El hombre yacía

ya en el suelo y al parecer gemía invocando devociones.

—¿Qué devociones?

—¿Qué más da? Devociones de cristiano. En la pesquisa no cuidé de preguntarle qué santos mentaba. El herido era don Gaspar de Ezpeleta, caballero del hábito de Santiago. Sus acorredores lo reconocieron por haberlo visto rejonear en la corrida de marras.

—¿Qué corrida?

—La corrida de toros que se celebró durante los regocijos reales, cuando vino el embajador inglés y Valladolid se llenó de herejes. Teníais que haber estado aquí, amigo mío, nunca se ha visto ni se verá largueza ni rimbombancia semejante.

—Proseguid, os lo ruego.

—Don Miguel y los otros alzaron al herido, lo subieron al cuarto de doña Luisa de Montoya y lo pusieron en la sala, sobre un colchón.

—¿Y el herido estaba en su juicio, decía algo? —preguntó don Teodoro.

—Nada sino lo que los cristianos solemos decir en esos trances: «¡Confesión, confesión!», visto lo cual, y que la estocada que presentaba era de consideración, avisaron al sacerdote don Pablo Bravo de Sotomayor, que vive en el vecindario, al otro lado del puentecillo del Esgueva. Llegó el cura con sus arreos, lo confesó y lo exhortó a bien morir fiado en la misericordia de Dios, que acoge al arrepentido como el padre acogió al hijo pródigo. A todo esto acudió la beata doña Magdalena, hermana del dicho Miguel de Cervantes, a restañarle la hemorragia con cataplasmas de lienzo mojadas en vinagre.

—¿Y dijo algo?

—¿Quién, doña Magdalena, el cura, el herido o don Miguel?

—El herido, digo.

—Muriéndose y todo no paraba de decir: «Avisen al marqués de Falces».

—¿Avisaron al marqués?

—Sí. Doña Luisa mandó avisarlo a su hijo mancebo y de camino a nosotros, los justicias.

—Proseguid, os lo ruego.

—Informado de que Ezpeleta la espichaba de la herida, el marqués mandó venir al cirujano y él salió de su palacio a caballo, con varios criados de su casa armados y provistos de linternas.

—¿Qué cirujano acudió?

—Don Sebastián Macías, el que atiende a las Guardas Viejas de a caballo de Su Majestad. Llegó enseguida, con un criado que le llevaba la maletilla de cuero donde guarda los trebejos de su oficio.

—Proseguid, don Andrés.

—Cuando llegamos al lugar de autos el alcalde y juez de casa y

corte, don Cristóbal de Villarroel, el escribano y los justicias y alguaciles que los acompañábamos, hallamos a sus puertas muchos vecinos del Rastro de los Carneros que habían acudido a la novedad, ya sabéis la muchedumbre que se junta cuando ocurre alguna desgracia. La casa y la escalera eran un jubileo de gentes que entraban y salían o subían o bajaban, todos en conversación sobre el suceso. Tuvimos que abrirnos paso por medio de esa cofradía de fisgones. Uno de los mirantes dijo que no faltaba sino sacar un hachón a la calle para que pareciera velatorio, a lo que otro contestó que si se pusiera una buñolería en la puerta, parecería la fiesta del Corpus.

—Podéis saltaros los detalles que no hagan al caso —dijo don Teodoro.

—Sabed, señor mío, que para un justicia avezado en su oficio cualquier indicio hace al caso —advirtió serio Carranza, ya con la media lengua de beodo.

—Disculpad la impaciencia —se excusó don Teodoro.

—Disculpado. Pues como os decía, allá empezamos las averiguaciones y supimos que el lastimado, don Gaspar de Ezpeleta, era un hidalgo natural de Pamplona, de estado casado, el cual llevaba cinco meses en la corte, de paseante.

—¿De paseante? —se extrañó don Teodoro—. ¿Quién decía eso?

—Eso no tuvo que decirlo nadie porque era del conocimiento común. Desde que llegó a la corte, don Gaspar no se ocupó en más quehacer que asistir a regocijos y fiestas y requerir mozas o casadas, indistintamente.

—¿Qué mujeres, qué regocijos?

Carranza rio, socarrón. Se sirvió vino por tercera vez y bebió el cubilete de un golpe. Don Teodoro se lo volvió a llenar.

—De las mujeres no sé —prosiguió el alguacil—. Los regocijos fueron los antedichos: las celebraciones por el nacimiento del primer hijo varón de su majestad Felipe III y por la venida de don Carlos Hobard, conde de Hontinghan, con ocasión de la firma de paces entre España e Inglaterra. Todo Valladolid acudió a ella.

—Y volviendo al día de autos, ¿qué decían los vecinos?

—Bueno, algunas vecindonas comenzaron a murmurar que era asunto de cuernos, que por algo estaban en el Rastro de los Carneros.

—¿Qué vecinas?

—No sabría decir, sino que una dijo: «Unas cardan la lana y otras nos llevamos la fama», a lo que otra replicó: «La fama te la llevarás tú». Las dos iban a enzarzarse a repelones, mentándose las madres y aludiendo a no sé qué de coños regalados, cuando puse paz entre ellas con mi vara de medir espaldas. Les dije: «A ver si refrenamos la lengua, no sea que tengamos más quebrantos, que con un muerto va bien aviada la noche». Entonces otra vecindona que me oyó dijo:

«¡Ah!, pero ¿se ha muerto?». «Mañana se sabrá», le respondí, y luego: «Ea, el que no tenga que declarar que se vuelva a su casa, que aquí no tienen quehacer», pero la gente no se movió.

—¿Y eso?

—Lo de siempre, la gente cuando ventea sangre se queda y no quiere sino saber en qué termina la cosa. Harto estoy de verlo desde que soy alguacil. Pues, como os decía, subí con el alcalde Villarroel y, mientras el de Ezpeleta confesaba y recibía los sacramentos, le tomamos declaración al cirujano.

—¿Al que llamó el marqués de Falces?

—El mismo. Él certificó que don Gaspar había recibido dos cuchilladas. Aquí tengo el borrador del informe.

—¿Lo lleváis encima? —se extrañó don Teodoro.

—Es mi costumbre con los borradores. Para servirme de ellos cuando visite el excusado a fin de exonerar el vientre. Si en las oficinas del rey guardáramos todos los papeles, no habría sitio para los oficiales y tendríamos que vivir en la calle.

—Leedlo, os lo ruego.

Carranza vació otra vez el cubilete y yendo a servirse de nuevo halló la jarra vacía.

—Hay que ver la sed que da hablar tanto y tan seguido —comentó retrepándose en el espaldar del banco, como el que nada más tiene que decir.

Don Teodoro entendió el guiño e hizo seña a Catalinilla para que trajera otra jarra. Él apenas había tocado su vaso. Animado por la nueva jarra, Carranza se sacó del seno unas cuartillas de papel basto y volviéndose hacia la luz lo acercó a los ojos y leyó:

—«Dos cuchilladas, la una en el vientre, en la parte izquierda, encima de la vedija, y la otra en el muslo derecho, y de ambas tiene rompido cuero y carne, y la herida del vientre tiene roto el peritoneo y por ella le ha salido parte del redaño, y ambas a dos, por ser tan grandes, son penetrantes…, y está muy de peligro, de lo que certifico que el herido queda en las manos de Dios». Eso fue lo que declaró el cirujano, y aquí queda certificado.

—¿Y Ezpeleta qué dijo?

Carranza tornó a leer:

—«Instado por el alcalde a declarar los hechos, depuso que había cenado como acostumbraba con su amigo el marqués de Falces y que a las diez de la noche pasadas, bajando por el Rastro de los Carneros, al llegar a la esquina del Hospital de la Pasión, un poco por debajo de la fuente abrevadero, oyó una música y se paró a escucharla. Luego prosiguió su camino y se encontró con un hombre de mediana estatura con un ferreruelo negro, que le dijo que qué hacía allí y que se fuese».

—¿Y conoció al hombre? —preguntó don Teodoro.

—No. Por lo visto era un forastero, de los que muchos andan en la corte. Porfiaron los dos y Ezpeleta echó mano a la espada y al broquel, el otro hizo lo propio y se trabó la pelea de la que salió acuchillado.

—¿Eso dijo?

—Depuso, amigo mío. Cuando se dice ante la justicia no se dice, se depone —corrigió Carranza, puntilloso—. Sí, eso depuso. Y además depuso que ambos a dos habían reñido en buena lid y que no sabía más sino que el desconocido huyó la calle arriba hacia la Puerta del Campo; y que no tenía más que declarar.

—¿Y el alcalde no le preguntó más?

—Sí. Quiso saber si había reñido antes con algún caballero de la corte o tenía sospecha de que alguna persona lo quisiera mal.

—¿Y qué depuso Ezpeleta?

—Que no tenía enemigos y que la dicha persona que riñó con él lo acuchilló como hombre honrado, en buena lid, y que él fue el primero que metió mano a la espada.

—¿Eso dijo?

—Eso depuso, con esas palabras, más o menos, y se excusó de firmar la deposición alegando que no podía a causa de la flaqueza. Luego sufrió un vahído y se privó de sentido.

—¿Y qué hicieron ante esa contrariedad?

—Lo que cumple hacerse: aplazamos la declaración para otro día y nos repartimos por las iglesias y conventos de la ciudad a averiguar si había algún retraído a sagrado reciente. Eso hicimos y también preguntamos a los cirujanos si habían curado alguna persona herida de pendencia.

—¿Averiguaron algo sus mercedes?

—Nada. No sacamos nada en limpio. Parece que el heridor se había evaporado en el aire. Con eso tornamos a pensar si sería alguien de la casa a cuya puerta ocurrió la reyerta. Mientras hacíamos esas diligencias, andando las horas, la concurrencia se cansó de esperar nuevas, se disolvieron los corrillos y fuese cada cual a su posada quedando al cuido del doliente las dichas señoras doña Luisa y doña Magdalena.

4

De las averiguaciones que practicó Villarroel y de la prisión de don Miguel de Cervantes

En esa conversación andaban don Teodoro y el alguacil cuando Carranza cortó el hilo de su relato para preguntar:

—¿Vos habéis cenado, amigo? Lo pregunto porque yo no soy camaleón que me alimente del aire, y debido a la hora voy sintiendo cierto regomello de tripas que no parece sino que ese olorcillo de tocino asado que viene de la cocina me las está encrespando.

Entendió don Teodoro por dónde iban los tiros y llamando a Catalinilla, que desde que usó con ella de la primera gentileza no le quitaba ojo de encima, le pidió un plato de torreznos.

—Que sean con sus tropiezos de morcilla, que entran mejor —añadió el alguacil.

Delante del plato y de una nueva jarra de vino prosiguieron la conversación.

—El otro día, martes veintiocho de junio (me acuerdo por ser el santo de mi coima, la Gerosa), amanecimos los corchetes Francisco Vicente, Diego García y yo en la casa del alcaide Villarroel para proseguir las indagaciones. Salió el alcalde de villa y corte, le dimos las novedades de la ronda nocturna, como es costumbre, y nuevamente lo acompañamos a la casa de las Cervantas. Don Gaspar de Ezpeleta yacía, más pálido que la víspera, en el mismo colchón donde lo acomodaron. Villarroel arrimó una banqueta al lecho del doliente y sin más preámbulos tornó a preguntarle quién lo había herido, apercibiéndole, como es costumbre en estos casos, «dijese la verdad sobre este negocio, y que mirase que convenía a la administración de la justicia, para que semejante delito fuese castigado».

—¿Y don Gaspar qué dijo?

—Se mantuvo en sus trece: que no había conocido ni sabía quién le hubiese herido, como tenía declarado ante su merced y el presente escribano.

Luego aprovechó la presencia del escribano para testar «enfermo de cuerpo y en su juicio y entendimiento natural», como suele decirse,

aunque el escribano, por no fatigar al declarante, al que reconocía como cristiano notorio y caballero del hábito de Santiago, se saltó las cláusulas declaratorias de la profesión de fe, encomendación del alma, e invocación a intercesores, pasando a las cláusulas decisorias, tocantes a elección de sepultura, sufragios y albaceas.

—O sea, que no sacaron nada en claro sobre el matador —resumió don Teodoro.

—De las negaciones también se saca en claro, amigo mío —le corrigió Carranza mientras rebañaba con una sopa de pan prieto la pringue del plato. Lo hizo con tanto ahínco que don Teodoro temió que se envenenara si el vidriado era de plomo.

»Fue el último requerimiento que pudimos hacerle —prosiguió el alguacil—, porque don Gaspar de Ezpeleta falleció a las seis de la mañana del día veintinueve, miércoles, sin decir palabra alguna que esclareciera su muerte. En el artículo mortis le rogó el cura que descargase su conciencia y mirase que se moría, y él se atuvo a que no sabía quién lo hirió ni lo quería saber y que no lo cansáramos, que no tenía más que declarar ni decir de lo que tenía dicho, y con esto expiró hallándose presentes doña Luisa de Montoya, don Luis, su hijo sacerdote, la beata doña Magdalena de Sotomayor, y Sebastián Macías, el cirujano.

Don Teodoro suspiró profundamente.

—O sea, que los justicias quedaron tan a oscuras como al principio.

—De lo depuesto por el finado, sí, pero nosotros seguimos nuestras averiguaciones. Fuimos a la posada de Ezpeleta, que vivía en el pupilaje de la viuda Juana Ruiz, en la calle de los Manteros, y tras registrar el aposento del finado embargamos sus bienes y dejamos por depositaria de ellos a la misma Juana Ruiz.

—¿Muchos bienes?

—Pocos. No más que algunas prendas de vestir y un pistolete, la hacienda de un soldado no muy próspero. Prosiguiendo con la averiguación, interrogamos a los testigos de la casa y de la vecindad sobre lo que habían visto u oído el día de autos, así como si conocían a don Gaspar de Ezpeleta antes del suceso. De estas averiguaciones quedó testimoniado —Carranza requirió de nuevo el borrador y leyó a la vacilante luz de la lámpara— «que en las casas nuevas que están enfrente del Rastro de esta ciudad, e particularmente en la casa donde acogieron herido el dicho don Gaspar de Ezpeleta, viven algunas mujeres que admiten visitas de caballeros y de otras personas de día y de noche, lo que es causa de grande escándalo y murmuración en la vecindad y que el propio don Gaspar de Ezpeleta había entrado allí en otras ocasiones».

Levantó la mirada de los papeles y comentó:

—Aquí es donde aparecen las Cervantas y demás compaña. Mi

compadre, el corchete Francisco Vicente, preguntó: «¿Putas *habemus*?», a lo que Diego García, su pareja en armas, comentó: «Coño o dineros, ¿por qué otra cosa se mata en la corte?». Iba yo a añadir algo de mi cosecha cuando el alcalde Villarroel intervino y nos dijo: «Más se mata por cuernos. Y me malicio que por ahí van los tiros».

—Razonable —comentó don Teodoro.

—Por algo es alcalde del rey y corte. Con esa sospecha nos mandó averiguar si la persona que hirió a don Gaspar de Ezpeleta había salido de la casa o si la riña fue por causa de alguna de las mujeres que vivían en ella, así como esclarecer de qué se mantenían las dichas señoras, por si fuera del comercio con hombres. No es por denigrar a las Cervantas, pero habéis de saber que en la corte hay más putas encubiertas que mosquitos en el Esgueva.

—¿Y esclarecisteis algo?

—Mucho, amigo mío. Los recelos de Villarroel vinieron a confirmarse en la declaración de Isabel de Ayala, avecindada en la buhardilla. Esta mujer, de rectitud probada por ser beata de la iglesia de San Francisco, se precia de vigilar las conductas torcidas del vecindario para honra de la decencia y de la Religión, por cuyo celo no se habla con persona alguna de la casa.

—¿Y esa mala vecindad de dónde nace?

—Os lo acabo de decir: nace de que a todas mantiene vigiladas por escándalo de la mala vida en que viven.

—¿Eso declaró?

—Y aún más: dijo que aquella casa no parece sino mancebía, aunque no cuelguen ramas verdes a la puerta. Y muy sueltamente y, según ella, sin más motivo que el descargo de su conciencia dio indicios que pudieran ayudar a la justicia.

—¿Podéis leerlo del auto?

—¿No he de poder? —Carranza volvió a los papeles y leyó—: «La susodicha depone que con don Miguel de Cervantes viven una hija, dos hermanas y una sobrina, y que allí hay algunas conversaciones de gentes».

—¿Conversaciones dice?

—Y se entiende que entran y salen caballeros que la dicha testigo no conoce, sobre lo que se levanta escándalo y murmuración en el vecindario. El más asiduo de la casa dijo ser un Simón Méndez, portugués, que es público y notorio que está amancebado con la hija del dicho Miguel de Cervantes, Isabel.

—¿No pudiera ser ese Simón Méndez el matador de Ezpeleta? —preguntó don Teodoro—. Por rivalidad sobre la tal Isabel, digo.

—Yo la tengo bien medida a Isabel y no es como para matar por ella —adujo Carranza—, más bien la encuentro pasable, pero nunca se sabe, porque por mayores desperdicios se han matado los verracos

cuando entran celos y rivalidad. No hace falta ser Casandra para montar la guerra de Troya.

—Elena, alguacil, la de la guerra de Troya fue Elena —corrigió don Teodoro.

Carranza apuró su cubilete y miró el fondo con ojos turbios.

—Bueno, sea quien sea —ceceó como borracho—, la beata añadió que tenía reprendido muchas veces al dicho Simón Méndez cuando se lo topaba en la escalera y le reprochaba que fuera a pecar a aquella casa.

—¿Y qué decía él?

—Decía que no entraba sino por buena amistad que tenía con don Miguel de Cervantes.

—Podía ser muy bien.

—¡Quia! A otro perro con ese hueso. Sabemos que antes le regaló a la dicha Isabel de Cervantes un faldellín de más de doscientos ducados. Eso no hace hombre con mujer si no se está acostando con ella.

Convino don Teodoro en que la sospecha podía parecer razonable a primera vista.

—También depuso la beata que la viuda doña María Ramírez, del cuarto segundo izquierda, está amancebada con don Diego de Miranda, como es público y notorio habiendo estado presos por ello. Y que al segundo izquierda, donde vive la viuda doña Juana Gaitán, «entran de contino señores con pajes, gente muy principal».

—O sea, no dejó títere sin descabezar.

—La beata tiene una lengua como una espada, amigo —reconoció Carranza—. ¿Prosigo con el auto o ya tenéis bastante?

—Hacedme esa merced y terminemos presto, porque el negocio se está enredando más que un laberinto —dijo don Teodoro.

Tornó el alguacil a los papeles y leyó:

—«Vistas estas averiguaciones, el señor alcalde de la villa y corte mandó se prendan y lleven a la cárcel real a los susodichos Miguel de Cervantes, a doña Isabel, su hija, a su hermana doña Andrea y a doña Constanza, hija desta, y al dicho Simón Méndez y a doña Juana Gaitán, doña María de Argomedo y su hermana y sobrina, y doña María Ramírez y don Diego de Miranda. Ansí lo proveyó e mandó».

—Muy riguroso me parece llevar a prisión a un hidalgo tan honorable como don Miguel por tan ligeras sospechas —comentó don Teodoro.

—Señor, ya entiendo que servís a un amo que quiere proteger al Cervantes —dijo Carranza—, pero sabed que don Miguel ni es honorable ni tan de fiar como creéis. Aparte de haber sido soldado, en cuyo oficio entra saber matar, habéis de saber que tiene probados antecedentes: hace treinta y pico años, siendo mozo de escasa barba,

ya tuvo que salir por pies y escapar de España por hurtarse a una sentencia.

—¿Pues qué hizo?

—En los apuntes de la causa está —aseguró Carranza volviendo a los papeles—: «Dada el quince de septiembre de 1569 por las heridas que infligió a Antonio Sigura, se condena a Miguel de Cervantes, vecino de esta villa, a la pena de vergüenza pública, amputación de la mano derecha y destierro por diez años». El truhán huyó, como digo, y al poco tiempo su padre solicitó prueba de limpieza de sangre por elevarlo a la categoría de hidalgo. Ya sabéis que los hidalgos están exentos de penas corporales por la Novísima Recopilación de las Leyes de España de Felipe II, al que Dios tenga en su gloria.

Pensó don Teodoro que no había mucho más que sacar del alguacil, así que levantó el guante para que Carranza cogiera las monedas, lo que el servidor de la ley hizo con presteza de prestidigitador.

—Ahora tendréis que excusarme —dijo don Teodoro levantándose—. Encuentro vuestra conversación de lo más interesante, pero me temo que no estoy hecho a trasnochar.

El alguacil fijaba su mirada espesa en el vaso de plata que don Teodoro apenas había tocado. Entendió el caballero que era por el vino y lo vació en el cubilete del alguacil antes de cerrarlo y devolverlo a la faltriquera. Luego se tocó el ala del chambergo y se despidió.

—Ya sabéis dónde quedo a vuestro servicio —acertó a pronunciar Carranza en su lengua gorda de beodo.

5

En el que conoceremos a doña Isabel de Ayala, beata, inquisidora de honras y vecina de las Cervantas

Otro día de mañana doña Dorotea bajó al patinillo y tras asearse y perfumarse con fresca agua del pozo y jabón de olor tornó al aposento y se puso un vestido de raso verde prensado con su capotillo a juego, un velo fino que le preservara el rostro de las moscas sin quitarle el aire, un sombrero con plumas verdes y cintillo de oro y chapines calados en los pies, con lo que pareció la más gentil dama que imaginar podamos. Así salió a la calle antes de que las grandes calores estorbaran y se dirigió al palacio de Arjona, donde doña Teresa la esperaba.

Las dos amigas se acomodaron en la galería fresca del patio y desayunaron panecillos espolvoreados con canela, clavo de olor y azafrán que mojaron en sendas jícaras de chocolate amargo del que regalan a sus benefactores las monjas de la Encarnación. Levantados los manteles e ida la criada Sanchica a otros servicios, doña Dorotea relató a la duquesa cuanto había averiguado la víspera del alguacil Carranza.

—Así que la enredadora fue esa beata, doña Isabel de Ayala —dijo la duquesa.

—Eso parece, Teresa —admitió doña Dorotea—, y por ella quisiera seguir mi indagación.

Agitó doña Teresa una campanilla de plata y acudió Ambrosio, el criado viejo que cuidaba la mayordomía de la casa.

—Decidme, Ambrosio, dónde puede mi amiga encontrar a la beata Isabel de Ayala.

—¿La que dice ser viuda de un médico? —preguntó Ambrosio—. ¿La de la cuesta de los Carneros?

—Esa misma.

—Señora, a esa mujer la encontraréis de seguro en la iglesia de San Francisco, donde pasa el verano no ciertamente por devoción verdadera sino buscando el frescor, porque el palomar donde vive es un horno de la mañana a la noche.

Llevaba el sol recorrido más de la mitad de su celestial camino

cuando doña Dorotea se dirigió a la iglesia de San Francisco en busca de la beata por cuya maledicencia habían apresado a don Miguel y a las Cervantas.

Es el caso que llegó al templo en el delicado momento en que los corchetes detenían a la regatona Matilde Rubias, una mujeruca desgreñada y sucia que vendía salchichas a la puerta de las carnicerías sin pagar la tasa.

—¿Y si se acoge a sagrado? —habían preguntado los alguaciles a Villarroel.

—¡Cuerpo de Dios! —respondió el alcalde—. ¿Qué se me da a mí que se acoja a sagrado? Vosotros la prendéis aunque se refugie debajo de los hábitos de su ilustrísima el señor cardenal arzobispo y se le agarre a los cojones.

Con esta licencia entraron los corchetes en la iglesia en busca de la sentenciada y ella, como la sacaban a empellones, profería grandes alaridos desenterrando los muertos del alcalde que aquel atropello mandaba e informando, para ilustración de la concurrencia, de quiénes fueron las madres de los alguaciles que la detenían y las devociones que habían tenido. Pasó el alboroto y, aquietado el templo, doña Dorotea preguntó a un soplavelas por la beata en cuestión.

—Allí la encontrará, señora, en la capilla de San Antonio el Pobre, y no le compre oraciones, que todas son embustes suyos, ni le fíe secreto alguno, que sería como darle dos cuartos al pregonero.

Agradeció la advertencia doña Dorotea y fue a la capilla de San Antonio, la más fresquita del templo, en cuya penumbra, apenas disipada por unas candelicas que ardían a los pies del santo, halló el bulto de una mujer sobradamente gorda vestida con el hábito francisco y echada en las losas como en lo crudo del invierno se suele hacer por penitencia. Tenía la señora en la mano un rosario aparatoso de cuentas de madera y, aunque de lejos parecía que oraba, de cerca se descubría que se había traspuesto y dormía muy a sabor relamiéndose de algún sueño agradable, la boca entreabierta mostrando algunos dientes desparejados y un hilillo de saliva que le goteaba sobre el escapulario. Era carirredonda y chata, aunque la mengua nasal la compensaba sobradamente con una verruga pilosa en la aleta de la nariz. En la sotabarba lucía una gran papada blanda y temblona que le descansaba sobre el pecho.

—Madre Isabel —le dijo doña Dorotea tocándola en el hombro con delicadeza—, perdonadme que os distraiga de vuestras devociones.

—¿Qué pasa, hija? —respondió la beata, despertando al punto—. ¿Van a sacar al Santísimo?

—No, madre, es que soy forastera y me han dicho que usted conoce una oración muy buena contra el mal de ijada.

Notó la beata los vestidos lujosos de doña Dorotea y los chapines de

mucho precio.

—Sí, hija —le dijo—. Yo por la bondad de Dios tengo oraciones muy salutíferas, y si no estuviera tan desfallecida por mis muchos ayunos, te diría la que necesitas.

—¿Pues no habrá aquí cerca un refrigerio donde madre pueda reponerse de su flaqueza?

6

Donde la beata Isabel de Ayala desuella la honra de las Cervantas

La beata llevó a su benefactora al obrador y despacho de una famosa confitería de la plaza de las Brígidas. Allí, acomodadas en sendos cojines de tafetán, la beata dio cuenta de media docena de bizcochos mojados en chocolate antes de decir palabra. Luego quiso llamar a un escribiente de cartas de los que bajo los soportales ponen pupitre, y como doña Dorotea le dijera que no era menester puesto que ella sabía escribir, torció el gesto y dijo:

—No me huelgo de oírlo, señora, que ya os estoy tomando aprecio y no quería descubrir en vos tacha alguna.

—¿Es tacha saber escribir, madre? —preguntó doña Dorotea, asombrada—. Siempre creí que la mujer puede y debe alcanzar las mismas potencias del hombre.

—Mal os lo enseñaron, señora —replicó la beata—. ¿Dónde se ha visto extravagancia semejante? ¿Escribir y leer una mujer? Tacha es, y de las grandes. Tuve yo un pariente que llegó a alcalde de Duranzo, Humillos por nombre, varón de mucho caletre y sentencioso que decía que el saber leer lleva a los hombres al brasero y a las mujeres a la casa llana. Y puesto que en ello estamos, os diré que las Cervantas, siendo mujeres de poco asiento, saben todas leer y escribir desde chicas como si ya desde que salieron de las mantillas estuviesen predestinadas al puterío. No va por vos, señora, que en toda regla ha de caber excepción, pero yo os certifico, por lo que sé de la vida, que una mujer cuanto menos sepa, mejor. Una mujer decente debe estar en casa, pariendo hijos, limpiando culos, lavando pañales, haciendo coladas, barriendo y fregando y cuidando de la olla y del recreo del marido sin meterse en más bachillerías ni enseñanzas que las que dan los púlpitos de nuestra Santa Iglesia. En fin, puesto que sabéis escribir no será menester darle un real al escribiente sino que vos misma haréis su oficio. Pidamos recado de escribir a la confitera, que ella nos lo dará de buena gana.

Así hicieron, y tomando papel y pluma doña Dorotea, la beata le dictó la oración contra el mal de ijada, encomendándola mucho que la

recitara en presencia de alguna santa reliquia y tras azotarse la espalda con una docena o dos de disciplinas con una cuerda gruesa por acrecentar su efecto.

Doña Dorotea dijo entonces:

—Madre Isabel, doy gracias al cielo por haberos encontrado y hago pensamiento de favoreceros mucho. Me habían prevenido que en la corte había gran maldad y disolución y reyertas cotidianas con muerte de reñidores, y ahora veo que no hay sino gente buena.

—También hay gente mala y mucho vicio —dijo la beata rebañando con el último mojicón el fondo de la jícara.

—¿Es verdad lo que oí en una venta, que han prendido por muerte a don Miguel de Cervantes, el que escribió esa historia tan graciosa de don Quijote que anda en boca de las gentes por su donaire y enseñanza?

Dejó la beata la jícara vacía y, mirando severamente a doña Dorotea, contestó:

—Señora mía, juro a su excelencia por las llagas de María Santísima y por los dolores de Cristo en la Santa Cruz que sin verlo, por conocer la mano de la que salió, será un libro pecaminoso. Recordad, señora, que de toda palabra ociosa dará el alma cuenta rigurosa. No hay nada más ocioso que saber de las chaladuras de ese loco que este logrero ha imaginado para distraer a los cristianos de sus devociones. Solo por eso debiera quemarlo el Santo Oficio y al que lo escribió con él. Esos entretenimientos de gente ociosa son el pasaporte por el que se nos cuela el diablo, y créame, señora, que sé lo que digo, que lo tengo bien vigilado, a él y a sus parientas, como que vivimos en la misma casa.

—¿Puede eso ser? —se admiró doña Dorotea—. ¿En vuestra propia casa? ¿Es cierto que su descalabro fue por un asunto de cuernos como se dice?

La beata miró la jícara vacía que tenía delante y la bandeja sin dulces como diciendo «si quieres daca, dame antes toma». Así lo entendió la discreta doña Dorotea y miró a la confitera para indicarle que trajera más munición, lo que ella hizo con presteza. Ante la nueva remesa de manjares, doña Isabel volvió a soltar la lengua.

—Sabed, señora, que a las parientas del señor don Miguel de Cervantes las llaman las Cervantas, y que quitando a una que es beata falsa y sacaliñas de iglesias, las demás, chicas y grandes, se ganan la vida con el coño.

—¿Es posible? —dijo doña Dorotea haciendo un aspaviento.

Asintió la beata cerrando los ojos como si fuera cosa probada.

—De casta le viene al galgo, como se dice —prosiguió—. Es lo que las Cervantas han hecho de toda la vida de Dios. Por eso, aunque alguna se pregone de viuda, ninguna accedió al matrimonio, sino que todas han vivido en público concubinato ora con uno, ora con otro,

cambiando de hombre como se cambia de camisa, con gran escándalo y desedificación de todos. Aquí bien nos conocemos y tenemos la vida de las Cervantas como en crónica.

Tomó un nuevo mojicón la beata, lo mojó en la taza y quedó mirando al vacío, como ordenando sus pensamientos. Luego dijo:

—El linaje empieza por el abuelo Juan de Cervantes, un licenciado más diestro en juegos que saberes, un enredador que no hallando acomodo en Córdoba fue de un lado a otro, como titiritero de aldea, hasta posar en Guadalajara, donde entró al servicio de don Diego Hurtado de Mendoza.

—¿El duque del Infantado?

—El mismo. Allí su hija María de Cervantes, de cuya belleza se hacían muchas alabanzas, se amancebó con el hijo bastardo del duque, de nombre Martín de Mendoza, aunque lo conocían más por Mendoza el Gitano.

—¿El Gitano?

—Sí, señora, porque era hijo de una gitana, manceba del duque.

—Ahora lo entiendo. ¿Y cómo es que llevaba el apellido de la casa ducal si era ilegítimo?

—Porque el duque lo había legitimado y lo había hecho arcediano de la catedral, con lo que la tal María de Cervantes, al hacerse su barragana, añadió al pecado de lujuria el de sacrilegio, como todo el que yace con persona sagrada. Pues sabed que el tal arcediano era hombre de mucho regalo y hacienda y muy carnal. Notado eso por María de Cervantes, cuando él le demandaba favores, se hacía la remilgosa y se cerraba como perla. Con esta estratagema le sacó cuanto quiso de joyas, vestidos y regalos y le hizo firmar obligaciones por descargo de su conciencia. Cuando el arcediano se cansó de ella y quiso cambiarla por otra barragana más joven, el padre Juan de Cervantes solo tuvo que llevar los papeles a la justicia y, haciendo uso de las mañas de su oficio, lo denunció al Supremo Consejo bajo el embuste de que el Gitano le había dado a su hija promesa de matrimonio. Se prolongó el proceso, como todos, pero al final le sacaron al duque una suculenta dote reparadora, dicen que seiscientos mil maravedís, aparte de los vestidos, joyeles y oros que la barragana tenía cobrados. Esa fortuna les dio para trasladarse a Alcalá, donde compraron dos casas para acomodar a la casta sin castas.

—¿La casta?

—Quiero decir las Cervantas con toda su ralea, en las cuales no hallarás a una que sea casta.

—Ahora lo entiendo, madre —dijo doña Dorotea.

—Había otro hijo del licenciado Juan de Cervantes —prosiguió la beata—, don Rodrigo de Cervantes, barbero sangrador, y no de los mejores del oficio, sino más bien un mentecato. Este tuvo seis hijos,

tres hembras y tres varones. Las hembras, como digo, se han dedicado al puterío siguiendo el ejemplo de la tía María, aunque con menos fortuna, y los varones a la milicia, donde termina todo el que no se sabe ganar la vida honradamente. Dos de ellos, Miguel y Rodrigo, con tan torpe ejecutoria que cayeron presos del turco y hubo que rescatarlos de Argel. Para mí tengo que las Cervantas tuvieron que pagar con pecados capitales la obra de misericordia.

—Eso no lo entiendo, madre Isabel —repuso doña Dorotea.

—Quiero decir que del ejercicio del pecado de la lujuria sacaron los dineros para la obra de misericordia que manda redimir al cautivo.

7

DONDE CONOCEMOS AL ESFORZADO CHIQUIZNAQUE Y SE DA NOTICIA DE SU NATURALEZA Y PROFESIÓN

Mientras discurría esta plática entre la beata y doña Dorotea, en la ribera del Esgueva, no lejos del matadero, en una casilla baja con el tejado medio hundido y la puerta de tablas mal ajustadas, el valiente Chiquiznaque, después de atusarse el mostacho con aceite robado en una lamparica de iglesia y enderezar la mustia pluma del chambergo, se aprestaba para salir a su oficio echando mil pesias y reniegos de su mala fortuna.

—¡Por los cuernos del capado Calvino y los higadillos del bujarrón de Lutero que se comerán a entrambos las alimañas del infierno! —se quejaba—. ¡Diez reales por un jabeque de diez puntos de sutura! Ved a qué triste estado me conduce mi infortunio. En Sevilla no hubiera bajado de cinco ducados por ese trabajo. ¿Puede un hombre de mi condición sufrir tanto menoscabo?

Mientras así decía se metió unos calzones anchos hasta media pierna, con pretina y bragueta, y por falta de camisa se ajustó sobre sus propios cueros, que tenía muy remendados de heridas viejas, un gastado coleto de búfalo que por las señales había recibido más de una cuchillada. Así vestido se calzó unas botas altas, vueltas en las rodillas, que de no verse tan remendadas y dadas de sí hubieran pasado por elegantes. Hecho esto descolgó de un clavo de la pared el ancho tahalí y se terció al costado izquierdo el espadón y al derecho, metida en el cinto, una daga ancha y un pistolete, tras de lo cual quitó de otro clavo el amplio chambergo emplumado y se lo encasquetó en la cabeza algo echado para atrás, a guisa de valiente. De otro clavo descolgó una capa parda, remendada, que echó sobre los hombros con el mismo donaire que hubiera usado con un herreruelo de seda.

Esos tres clavos, una colchoneta echada en el suelo y un candil de palo era todo el ajuar de la miserable morada de Chiquiznaque, el que en otros tiempos más ilustres mantuvo en Triana casa alhajada de aparadores y arcón.

Era Chiquiznaque valentón a sueldo, lo que es decir universal remedio y tribunal de justicia para el desdichado que no puede

alcanzar la del rey, para el marido que sufre mal los cuernos, para el padre afrentado que lleva sobre el semblante la honra de su hija burlada, todos los que por falta de redaños propios o porque les convenga discreción se conforman con delegar en otros el cumplimiento de sus venganzas, según la variable tarifa de cada lugar, sea homicidio, lisiadura, chirle de mejilla, jabeque de rostro, tronzamiento de miembros, nublado de palos o mera clavazón de cuernos en puertas y ventanas.

No hacía mucho que Chiquiznaque se había mudado de Sevilla, donde por cuestioncillas con la justicia tenía la cabeza pregonada después de que el verdugo hubiera colgado a su compadre Maniferro y hubiera paseado por el Arenal, vuelta del revés sobre un jumento, encorozada, las tetas al aire y las espaldas trabajadas a ronzalazos, a su coima la Gananciosa.

Buscando mejor fortuna y el amparo de la corte, Chiquiznaque se había mudado a Valladolid, donde las tarifas de su oficio eran tan módicas que apenas ganaba para comer caliente.

Con estas consideraciones salió el valentón a la calle, echó la llave con muchas vueltas, como si en la casa quedara algo que guardar, y, metiéndola en la vacía faltriquera, se colocó la mano en la cintura, ahuecando la capa, a fuer de elegante y de este modo, con andar lento y reposado, tomó el camino del Prado donde, por acudir muchas mujeres, se juntan muchedumbres de hombres aojadores y peritos sin más ocupación que la procura de carnes vivas donde hundir las suyas. No es esta empresa fácil, que antes hay que burlar los estorbos de rodrigonas, escuderos y maridos celosos que perderían la flota de Indias antes que desamparar lo más suyo.

La parte contratante, que no era otra que el sacristán Andrés Soguijo, de la iglesia de San Pablo, le había señalado por destinatario del jabeque a un barquillero apuesto que le requebraba a la mujer. Atendiendo a las señas que le había dado, ojeó Chiquiznaque toda la ribera del Pisuerga entre el Pradillo de San Sebastián y la Huerta del Rey, un paseo tan ameno, verde y vicioso que daba frescor andarlo y contento mirarlo.

Es de notar que, en cuanto pasaban las horas del calor, las gentes de Valladolid, tanto principales como menudos, bajaban a gozar de esta ribera apacible entre las huertas frutales, las alamedas y las arboledas silvestres, y habiendo también setos con plantas de menos porte y flores, muy propicios para ocultar pecados, acudían también a su negocio muchas mujeres de la vida que no siendo marcas godeñas se acomodan a ejercerlo en cualquier parte.

Quizá el lector se pregunte qué es una marca godeña. Así llaman acá a las rameras de postín, mujeres de partes tan buenas y celebradas que por convidarlas a meriendas ayunan los galanes; por vestirlas se

desnudan caballeros y duques; por adornarlas, los abades desuellan las paredes de sus conventos, y por tenerlas contentas los priores escupirían sobre la sangre de Nuestro Señor Jesucristo si ellas lo solicitaran, que por buenas cristianas no llegan a tanto y se conforman con los sufragios de la Santa Cruzada, con la piedra del anillo de un obispo y el marco de plata de esta o aquella reliquia.

Encontró Chiquiznaque a un compadre de su cuerda y le dijo:

—¡Por Belcebú capado que ando buscando a un barquillero y me está pareciendo que hay un ciento en estas riberas!

—¿No tenéis otras señales? —preguntó el pícaro.

—Uno que se trajina a las mujeres de otros.

—De esas señas conozco a dos —dijo y le indicó dónde solían ponerse.

Chiquiznaque fue a uno y después al otro y no se determinaba sobre cuál de los dos sería el que maltrataba el honor del sacristán Soguijo. Dudoso entre cuál elegir y no queriendo dilatar el negocio, tan necesitado de dineros estaba, escogió al que le pareció más galán y fue siguiéndolo por sus pasos hasta que lo tuvo en una tupida arboleda entre dos huertas, donde por la peste del cieno que allí se juntaba apenas había gente. Se acercó a él como si fuera a comprarle un canuto, el chambergo echado para delante por ocultar un poco el rostro y, sin mediar palabra, le cruzó la cara con una cachicuerna mellada que usaba en estos trances, la que hería de torcido, dejando cicatriz.

De allí se ausentó antes que a los ayes y a los lamentos del ofendido acudieran gentes, después de tomarle la bolsa con las ganancias del día, y fue a cobrar lo suyo al humilladero del Campo Grande como había acordado con el sacristán.

Allí estaba el cornudo fingiendo que arreglaba las velas y candelicas del Crucificado.

Chiquiznaque se arrodilló delante del Cristo y movía los labios como rezando.

—¿Has hecho el encargo? —le preguntó el cornudo.

—Con mucha perfección —respondió—: Allá queda el galán sangrando como un cochino en san Martín y con un jabeque de lo menos quince reales.

Se sonrió el sacristán vengado, como si le pesaran menos los cuernos.

—Yo te daré doce y con eso quedaremos los dos contentos —dijo.

—Señor sacristán: ¿es razón que un hombre de hígados se juegue el gaznate por esa miseria? —preguntó el matón.

—Podíais haber escogido otro oficio —adujo el sacristán.

—Sabed que estoy contento con el que tengo y que no lo hay más honroso —replicó el valentón—. No hay vergüenza en pertenecer a los

cofrades de la cherinola, los que habiéndonos desfavorecido la fortuna hemos de vivir de las migajas caídas de la mesa del rico y de la caridad del justo. Nosotros somos los bienaventurados que por purgar las culpas de otros padecemos persecución por la justicia, con todo lo cual, sin embargo, no cesaré de alabarla y de reconocer que es muy necesaria al buen orden de la república, como cosa salida y sustentada de las propias carnes de esta pobrería, pues sin nosotros no comerían corchetes ni alguaciles, ni tendrían sus granjerías y acomodos jueces ni procuradores, ni triunfarían las leyes del rey en el escarmiento y sujeción de los reinos.

—Eso está muy puesto en razón, amigo —dijo el sacristán—. Ahí tienes los doce reales. Hoy se ha hecho justicia y me huelgo en ello.

8

Donde se sigue el desuello de las Cervantas por la beata de San Francisco

Había pedido doña Dorotea el segundo plato de mojicones y la tercera jícara de chocolate con cuyo regalo la beata Isabel de Ayala soltaba la lengua. La desuellahonras siguió diciendo:

—Pues sabed que la familia cervanta se mudó a Valladolid hará medio siglo y acá se estableció con grande fasto y gasto, aderezados con muchas sedas y atavíos, buenos caballos y fantasías, de lo que derivó que al final, comidos de deudas, les embargaron hasta los muebles y al padre lo llevaron a la cárcel por moroso. Porfiaba él en que era gran atropello por ser de linaje hidalgo, pero al final solo le valió untar las manos de la justicia, le dieron por buena la ejecutoria de hidalguía y salió de la cárcel con tanta vergüenza que se mudó a Córdoba con toda la caterva, al amparo del abuelo, Juan de Cervantes, el cual cuando vivían en Alcalá, donde nacieron sus hijos, había dejado a su mujer legítima para amancebarse con otra en Córdoba.

—Muy enterada os veo —dijo doña Dorotea.

—Es que, señora, en la corte hay mucho trasiego de gentes, y aunque yo no soy nada amiga de habladurías y procuro no salirme de mis devociones, algo se oye y mucho se ve.

—Proseguid, os lo ruego.

—El caso es que buscando mejor acomodo en la vida después se mudaron a Sevilla, el puerto de las Indias, el arcaduz por donde manan en los reinos hispanos el oro, la plata, las perlas y cuantas mielecillas producen las Indias.

—Es legítimo mudar de lugar en busca de mejor acomodo —observó doña Dorotea.

—¡Ay, señora! —dijo la beata—, pero con mudar de lugar no mudaron de costumbres. Allí la hija mayor, Andrea, siguió el ejemplo de la tía María y se juntó en público concubinato con un gentilhombre, don Nicolás de Ovando, del cual parió a su hija Constanza. Las dos, Andrea y Constanza, viven ahora con Miguel de Cervantes y han ido a la cárcel con él por implicadas en el alboroto del otro día. A don Nicolás de Ovando le sacaron una crecida suma de

dineros y el reconocimiento de la bastarda que ahora lleva su apellido.

—¿Por promesa de matrimonio?

—Pues claro, ¿cómo si no? Y moviendo pleito para sacarle los cuartos según traían aprendido de la tía abuela, la tía María, que fue la que empezó la dinastía, solo que sus discípulas y descendientes no han picado tan alto como para preñarse de un duque del Infantado, sino de hidalgos corrientes y molientes que les han dado para un buen pasar, pero no las ha hecho ricas.

—Me hago cargo —dijo doña Dorotea.

Prosiguió la beata:

—Pues cambiando el domicilio a Madrid, huyendo de más deudas y deshonras, la tal Andrea, siempre picando alto, vino a amancebarse con un rico mercader genovés, de nombre Francesco Locadelo, al que también, usando de la vieja treta, le sacaron una crecida reparación. Luego de este escándalo se metieron en otro mayor la dicha Andrea y su hermana Magdalena, que fue hacerse amantes de los hijos de don Pedro Portocarrero, capitán general de La Goleta de Túnez, pero esta vez se les torció el artificio, pues los tribunales, conocida la fama de arrastradas de entrambas damas, los favorecieron a ellos y no reconocieron reparación alguna.

—Se me hace difícil pensar que las parientes de tan gran ingenio como don Miguel hayan vivido de exigir reparaciones a caballeros solventes —repuso doña Dorotea.

La beata se estaba llevando un mojicón a la boca. Detuvo en el aire la mano y miró severamente a su interlocutora.

—Lo que os digo es público y notorio, señora; ¿de dónde, si no, lo iba a saber yo, que vivo a espaldas de los negocios del mundo, sin prestar oídos a murmuraciones y entregada solo a mis devociones?

—Proseguid, os lo ruego.

—Pues esta Andrea vivió como suelen las Cervantas, de echar las piernas por alto, y solo ahora que es vieja y nadie la mira ha sentado cabeza en el oficio de costurera, por el que todavía entra en casas principales bajo el embuste de ser viuda de un general, de nombre Álvaro Mendaño, y dicen que aún tiene arrestos para recibir a algunos hombres, pues donde hubo llama siempre queda rescoldo.

—Y Magdalena de Sotomayor, la otra hermana de don Miguel de Cervantes, ¿qué fue de ella? —preguntó doña Dorotea.

—Pues Magdalena, después de entretenerse con los hijos de Portocarrero sin conseguir estrujarlos, se amancebó primero con un hidalgo madrileño, don Fernando de Lodeña, y después con un hidalgo vasco, don Juan Pérez de Alcega, siempre bajo la capa de promesas de matrimonio que una parte y otra bien sabían que no se habrían de cumplir. A este Alcega le sacó el compromiso de trescientos ducados, que aún no ha cobrado ni creo que cobre. Pleiteando sobre ello andan.

—¿Pues no es beata? —replicó doña Dorotea.
—A Dios rogando y con el mazo dando —dijo la beata desuellahonras—. Tengo para mí que esta Magdalena, que tiene nombre de pecadora, no se ha arrepentido como la santa y es la peor Cervanta, sepulcro blanqueado, como dicen las escrituras. Ella anda en la condición de beata y tengo para mí que es desdoro de las de mi clase, que entre todas humildemente sostenemos la religión y las buenas costumbres.
—¿Pues cómo puede ser beata y mala?
—Juzgad vos misma. El caballero Ezpeleta le ha dejado en su testamento un vestido de seda «por el amor que le tiene», con esas palabras lo dijo, y así lo asentó el escribano. Decidme vos cómo le puede tener amor a una beata que la ha visto la vez primera cuando estaba herido de muerte, y para qué le sirve un vestido de seda a una mujer que por ser beata solo viste de jerga.
—No sé —respondió doña Dorotea—. He oído que ella lo cuidó y lo asistió hasta morir. A lo mejor por agradecimiento.
La beata rio entre dientes, desagradable.
—¿Boba sois, señora? Le hubiera dejado otra cosa, pero a una beata que se consagra a Dios no se le deja un vestido, si no hay segunda intención con la beata o con alguna otra de las Cervantas que haya querido encubrir, puesto que la única que tuvo trato con él mientras se moría fue la beata. A lo mejor Ezpeleta rondaba a Isabel, la hija de don Miguel, o a Constanza, la de Andrea, o a las dos juntas. Mayores escándalos se han visto.
Había terminado la beata los mojicones y miraba melancólica la jícara vacía. Doña Dorotea, conociendo que pronto se le terminaría la cuerda, tornó a preguntar.
—¿No decíais que eran tres hermanas? ¿Qué fue de la otra?
—¿Luisa? Esta no salió puta como las otras, sino que anda en el empeño de ganarse el cielo.
—No os entiendo —dijo doña Dorotea.
—¿Boba sois? Quiero decir que no queriendo llevar la vida licenciosa de la parentela se retrajo del siglo y se metió a monja. Ha profesado en el Carmelo de Alcalá bajo el nombre de sor Luisa de Belén. Allí ora por las perdidas en compañía de sor Jerónima de las Llagas, sor Angustias de la Agonía y sor Inés de la Expiración, mujeres de mucha santidad que yo bien conozco, por tener oraciones suyas que por poco sabidas de gentes son de mucho provecho.
—Bien está que haya una Cervanta santa —suspiró doña Dorotea.
—No he terminado con las putas —advirtió la beata con mucha viveza—. Aún me quedan la hija de Andrea, Constanza de Ovando, e Isabel de Saavedra, la hija bastarda de don Miguel. Constanza es la más guapa de todas, con unos ojos azules que entontecen a los

hombres e incluso dicen malas lenguas que su tío Miguel la quiere más de lo que se quiere a una sobrina, si me entendéis. Esta Constanza se entendió con el hidalgo aragonés Pedro de Lanuza, al que tras cuatro años de público concubinato sacó en limpio mil cuatrocientos ducados, por quebrantar la palabra de matrimonio. En cuanto a Isabel de Saavedra, esa es la peor de todas, un pozo de rencores y de malos propósitos, una regañona que no se lleva bien con nadie, ni con su padre. ¿Sabéis de quién es hija?

Doña Dorotea negó.

La beata le puso la mano en el brazo y asintió solemnemente.

—Hija del pecado, del adulterio con una casada, una tal Ana de Villafranca de Rojas, que tenía taberna en la calle Tudescos de Madrid. Por lo que me han contado es un antro donde suelen parar los cómicos y los que les escriben las comedias, gente toda de mucho pecado y de poca virtud, y de esa frecuentación vino el roce y del roce el adulterio, porque la tal Ana Franca estaba casada con un pobre hombre que antes había criado vacas y se la pegaba con la parroquia de la taberna. El caso es que a don Miguel le silbaron un par de comedias, de eso yo no entiendo porque jamás he ido a ninguna, y él cuando vio que la adúltera quedaba preñada, no queriendo saber nada del fruto de su pecado, puso pies en polvorosa y fue a casarse con una labradora de Esquivias pensando que viviría de su hacienda, unas pocas olivas, unas vides y unas hazas de pan llevar, pero por lo visto no le han salido las cuentas y sigue misereando y haciendo corretajes para buscarse la vida.

—¿Y cómo es que Isabel vive con él?

—Porque murieron la tabernera y el bendito del marido, y viendo a su hija huérfana a los tiernos trece años, la hermana monja que estaba al cabo de todo lo obligó a recogerla. Con esto, él la llevó a vivir con la familia bajo la especie de criada de Magdalena, la falsa beata, que sospecho que es la más regalona de todas, con lo que ingresó en la mala escuela de las Cervantas y en cuanto tuvo edad, puteó como ellas.

—Y el otro hermano de don Miguel, Rodrigo, ¿qué fue de él? —preguntó doña Dorotea.

La beata se encogió de hombros.

—Ese siguió de soldado y hace seis años que lo mataron en Flandes.

9

En el que la beata Isabel de Ayala malogra la siesta del alcalde Villarroel con otras noticias de enjundia no menor

En esta conversación pasó la hora del ángelus, que sonó en las esquilas de los conventos sin que la beata hiciera seña de signarse ni rezarlo, tan embebida estaba en desollar a las Cervantas. Se acercaba la hora del almuerzo y el local se fue colmando con los olores del horno donde se hacían pasteles de carne y empanadas y hojaldres.

—¡Ay, tanto hablar me ha dado un poco de desconsuelo en el estómago! —dijo la beata.

Doña Dorotea entendió bien la intención que la convidara, pero considerando que la beata había desembuchado ya todo el veneno, replicó:

—¡Ay, madre, bien me quedaría con vos un rato más, que sois de conversación muy sabia y edificante, si no tuviera que tornar a la posada con mis parientes! Quedad con Dios.

—¿No me daréis alguna limosna para los pobres de San Francisco, que llevo muchos a mi cargo?

Doña Teodora abrió la faltriquera y puso sobre la mesa una moneda de medio cuarto. La beata la cubrió con la mano y preguntó:

—¿Y para las lamparicas de las Ánimas, no me daréis con qué les compre aceite?

Doña Dorotea añadió una blanca y, antes que la beata desenvainara otra devoción, le dijo:

—Quedad con Dios, madre Isabel, que yo me voy a mis obligaciones.

Mientras salía aún escuchó que la beata le decía:

—Ya sabéis dónde me podéis encontrar, en San Francisco, que os he tomado mucha afición aunque sepáis escribir.

Salió doña Dorotea al sol y al calor de la calle y aún escuchó la voz de la vieja que la perseguía:

—Y sé otras oraciones de mucha virtud.

Por la acera de la sombra doña Dorotea regresó al palacio de la duquesa, donde almorzaría. Pasando los soportales de la Plaza Mayor,

quedó muy admirada de la muchedumbre de solicitantes que a aquella hora se agolpaba delante de las mesas de los amanuenses para que les redactaran peticiones, memoriales, cartas y cédulas. Pasando entre ellos y notando que pocos la miraban por estar tan embebidos en sus quehaceres, pensó cuántos pobretes no estarían enredados en pleitos y procuras que les consumirían las haciendas y les gastarían las vidas.

No supo doña Dorotea que la beata había salido tras ella por averiguar dónde paraba, y así la siguió todo el camino, apresurándose, sudorosa, hasta verla entrar en la casa del jardín de la duquesa. Después, regresó a la pastelería y se gastó el medio cuarto en una empanada de carne y la blanca en una jarrica de vino, de los que comió y bebió con tales ansias que no parecía sino que llevaba dos días en ayunas. Recogidas las últimas migajas, que barrió de la mesa con el canto de la mano antes de echárselas a la boca, eructó cumplidamente y, alzándose de la banqueta con alguna pesadumbre, dijo adiós a la pastelera.

En todo Valladolid, a esta hora, no había más movimiento que el suave balanceo de los esquifes sobre las movidas aguas del Pisuerga, entre espejeos de fugaces medias lunas. Nada sonaba fuera de las chicharras, que en los huertos de los conventos pacientemente serraban en el aire denso y quieto.

La beata tomó por la calle de las Cocinas y la de Cazalla, donde moraba el alcalde Villarroel, y llegando a su casa dio tres golpes en el llamador de la puerta.

Salió una criada a ver quién importunaba tan a deshora y, conociéndola como confidente de su amo, pensó que traería algún recado importante, con lo que la pasó al aposento de respeto, donde la beata se acomodó en un almohadón y aguardó a que el alcalde compareciera.

—¿Qué es esto, doña Isabel? —dijo él entrando por la puerta—. ¿Son horas de andar con sus grosuras por medio de las calores a punto que le dé un tabardillo?

Era el alcalde un hombre de mediana edad, más bajo que alto, un poco gordo, la barba arroalada por una cicatriz y con el pelo del color de Judas.

—Por el servicio de vuesa merced lo hago —respondió la beata—, que todas horas son buenas para informar a un amigo cuando se le llevan noticias cumplideras de su interés.

—A ver, desembucha.

—Una forastera de nombre doña Dorotea que sale a la calle sin paje ni custodia me ha estado preguntando por las Cervantas y por don Miguel. La he seguido y la he visto entrar con llave propia en la casilla de los duques de Arjona, la que da espaldas al palacio.

Villarroel se rascó el colodrillo.

—¿Y tú qué le has contado?

—La verdad: que son todas unas putas (que me perdone la monja) y que él vive a salto de mata con más hambres que harturas.

Villarroel asintió.

—Vete y tenme al tanto de lo que sepas. A Cervantes y a las Cervantas los sacaremos mañana de los grillos por falta de probanza.

Fuese la beata y regresó el alcalde a su siesta, pero ya no pudo conciliar el sueño entre rumiar el caso de Ezpeleta y la dificultosa digestión del almuerzo que según precisan los cronistas de esta verdadera historia consistió en un potaje de turmas de cabrito cocidas con laurel y tomillo, yemas de huevo y mejorana, lo que según la escuela médica de Sorrento es remedio de gran virtud contra la impotencia *coeundi, erigendi* y *generandi*, y pone la natura viril de tal guisa que se llega a contentar a la mujer veinte veces en una noche. Con esta voluntad don Cristóbal demandaba matrimonio a su paciente esposa, aunque luego desmayaba en medio de la cabalgada sin jamás consumar, porque la fuerza de la cocción quedaba en la vía digestiva sin pasar a la venérea.

Nada que merezca especial nota ocurrió ese día sino que, en cayendo la tarde, se puso el sol como cotidianamente acaece, cerraron sus tiendas los toneleros, cordeleros, juboneros, barqueros, bizcocheros, aguadores, plateros, chapineros, boneteros y tintoreros, clausuraron los párrocos sus sacristías, cerraron las almonas los jaboneros, dejaron los confesores sus garitas de atalayar miserias humanas, taparon los tinteros los escribientes, las suripantas desampararon sus esquinas, abandonaron sus plazuelas los esportilleros, ganapanes y mozos de cuerda, y antes que se hiciera de noche empezaron a salir los vallisoletanos de sus casas como los gusanos salen de las manzanas cuando el calor del astro rey declina.

Fue cosa de ver cómo las calles de la ciudad se animaron con gentes de toda condición, tanto humilde como linajuda. Allá manteos, sotanas, holapandas y herreruelos; allá anguarinas, tabardos y zaragüelles; allá los grandes, los titulados, los prelados, los caballeros, la gente principal criada con roscos de huevos y alfajor de canela, allá los menesterosos criados con hambres y gachas de alforfón, allá los caballeros pellizcones ojeando damas en las que tentar el portillo del gusto; allá las damas gorronas que aguardan la solicitud de un galán para pedirle que las convide a alfajor o aloja, allá los vendedores de esas golosinas u otras, allá también el innumerable vulgo, la gente soez y de baja ralea; allá los que van en coche vestido de tocas negras y tirado de mulas enlutadas; los que estrenan jubón y ropas negras; los que, si a más no les llegaba la bolsa, se arreglan con una cinta de tafetán oscuro por toquilla del sombrero; allá en fin la babilonia toda de la corte, todos a una, a pie, a caballo, en sillas de mano o en

carrozas bajaban a tomar el fresco y a platicar al Prado y a otras riberas del Pisuerga. Fuese entre ellos don Teodoro de Anuso sin notar que un hombre que lo estaba esperando en la esquina de su calle lo seguía a sensata distancia.

La duquesa le había mencionado un mentidero que, por estar cerca sus cuarteles, solían frecuentar los corchetes y alguaciles de la ronda cuando libraban.

—Preguntad a cualquier viandante por las azudas de la Herreruela y os guiarán sobre seguro.

Así lo hizo don Teodoro y sus pasos lo condujeron a un paraje ameno muy arbolado donde los caños que llevan agua a los molinos del río dan mucho frescor. Había un carromato con un alambique de cobre donde la gente abrevaba de ese brebaje que llaman cerveza. Llegando don Teodoro le preguntó a un parroquiano si había algún alguacil entre la gente que tomaba el fresco.

—Aquel que veis calvo con las botas vueltas y sobradamente gordo es Francisco Vicente.

A él se encaminó don Teodoro y, pidiendo licencia para sentarse a su lado, cortesía que el otro apreció, se hizo el nuevo en la ciudad y trabó conversación con él.

—Sabed que esta amarguilla es bebida de reyes y alimenta tanto o más que el vino sin enturbiar tanto el entendimiento —dijo el alguacil bebiendo de la jarra que tenía en la mano—. Mi abuelo fue el primero que la cató en España, porque siendo criado de un caballero veinticuatro de Sevilla viajó a Bruselas con su amo, comisionado por el alcalde, para quejarse ante el emperador Carlos de los abusos que su asistente perpetraba en la ciudad.

—¿Y allí bebían cerveza?

—Más que vino, si lo podéis creer —contestó el alguacil—. Pues, como os decía, el boquirrubio Carlos recibió a la comisión y, después de escuchar sus razonadas demandas, dijo que nones, que mantenía en su puesto al asistente de Sevilla, si bien antes de despedir a los mohínos parlamentarios quiso compensarlos del fatigoso viaje con una ronda de cerveza, y ellos, como nunca habían catado semejante licor, lo encontraron más pareciente a meados de yegua que a bebida de cristianos y tuvieron el convite a burla y escarnio, así que, como se suele decir, regresaron cornudos y apaleados.

Rieron el alguacil y don Teodoro el chasco, y prosiguieron la conversación sobre los graves asuntos de la monarquía, si la moneda de vellón iría a menos, sobre los precios de la libra de carnero, del manojo de rábanos, de la medida de aceitunas aliñadas, la cotización de las perlas, el bochorno que se levanta por la tarde, las inundaciones que se esperan si lloviera el otoño que viene, del corso berberisco que amenaza, los conciertos del turco en Oriente, si la amistad del inglés

era para mucho, el costo de la vara de cinta de aljófar, la nueva moda de los carruajes y otras menudencias.

Aún se hubiera prolongado la conversación hasta las claras del día si don Teodoro no aprovechara el momento en que su conversador guardaba silencio para refrescarse el gaznate y comentar que era aquella una gran ciudad sobradamente merecedora de albergar la corte de España, aunque en Madrid, que estaba dolida por haberla perdido, no se hablaba de otra cosa sino de la muerte misteriosa de un caballero principal, como si en Valladolid no se pudiera salir a la calle de noche.

—En todas partes cuecen habas —dijo el corchete—. Y en cuanto a lo de que el difunto del otro día fuera caballero principal, lo sería para lo que en Madrid acostumbran, porque aquí no era sino un paseante que vivía de la caridad.

—¿Es eso posible? —preguntó don Teodoro.

—Sepa vuesa merced —dijo el representante de la ley— que el tal Gaspar de Ezpeleta era persona de poco asiento, revoltoso y doñeador, galanteador cansinísimo, amigo de juegos y músicas, conqueridor de virgos, perseguidor de viudas, un sujeto, en suma, que teniendo mujer propia en los valles navarros, o eso dicen, andaba requebrando mujeres ajenas y así, como se suele decir, tantas veces va el cántaro a la fuente… pues encontró la horma de su zapato y alguien lo despenó.

—¿Y no se sabe quién ha sido? —inquirió don Teodoro—. Tengo oído que algo tuvo que ver Cervantes, el que escribió esa historia tan graciosa de don Quijote.

El alguacil negó con la cabeza.

—Yo no lo creo —respondió—, porque ese Cervantes es viejo y manco, aunque fue soldado y debe entender de cuchilladas. Para mí tengo que fue otro, pero hay sospechas de que tenga que ver con la gente de la casa y de que sea asunto de faldas, por eso están en la trena. Poco antes de que acuchillaran a don Gaspar, una criadica de la casa, Isabel de Islallana, salió por agua a la fuente que está un poco más arriba y un hombre embozado le salió al paso con requiebros y le pellizcó el culo. Ella apretó el paso y lo mandó al diablo después de conocer que era el dicho Gaspar de Ezpeleta, el pesquisidor de virgos. Llenó el cantarillo y, cuando volvía, vio a un hombre, con una valona blanca sin cuello y la ropilla negra, así como los calzones y la capa caída del hombro. Ese pensamos que fue el matador, pero el único indicio que tenemos es que le pareció de poca barba, recién hecha y un tanto azafranada, y un poco redondo de rostro. Así hay muchos y aquí, por ser corte, continuamente llegan y salen forasteros, así que pudiera ser que el matador hubiera traspuesto y esté ya en los reinos de Portugal o en sabe Dios dónde.

10

De cómo dos matachines le salieron al paso a don Teodoro y de la providencial intervención de Chiquiznaque

Todavía departió un rato don Teodoro con el corchete Vicente. Se quejaba el justicia que del excesivo gasto que se tuvo en las celebraciones y fastos por el nacimiento del heredero y por la venida de los embajadores ingleses, la ciudad estaba más arruinada que de costumbre y que la gente común, y no poca de la ilustre, padecía mucha lacería y hambre, de lo que se seguían incontables robos y no pocos trabajos para la justicia.

A la hora en que la gente se empezaba a retraer, ya el fresco tomado, don Teodoro se despidió del alguacil y se encaminó a su casa. Al llegar a ella, estando la calle a oscuras, con solo una candelica lejana a los pies de la hornacina de un san Roque, de detrás de las sombras de la morera que frente a la casa estaba se destacaron dos bultos que separándose se encaminaron a don Teodoro, negros como la pez, en las capas embozadas, sin más brillo que el de las espadas desnudas. Don Teodoro, que ya se hurgaba en busca de la llave, viéndolos llegar, comprendió que no le daba tiempo a abrir la puerta y ponerse en seguro, por lo que al tiempo que desenvainaba la espada comenzó a dar grandes voces: «¡A mí, socorro, justicia, justicia!», por si la ronda andaba cerca, lo que raramente ocurre pues, como es bien sabido, la ronda nunca está allí donde es menester.

Llegaron pues los dos bultos a don Teodoro, el cual les hizo frente al tiempo que daba con el talón algunas patadas en la puerta como dando a entender que dentro había gente que podría salir a socorrerlo.

Quiso la suerte de nuestro apurado caballero que al tiempo de pedir socorro pasara por la cercana esquina de la calle de las Damas el facineroso Chiquiznaque, que regresaba echando mil pesias de repetir el trabajo del sacristán Soguijo, pues el día de antes se había equivocado de barquillero y le había propinado el jabeque al que no era. Iba el bravo muy desembarazado de pensamientos, como el que después de rajarle la cara al desventurado barquillero ha quedado en paz con el mundo y aún se abunda en que iba tarareando alguna

cancioncilla, punto sobre el que difieren los graves autores consultados: unos aseguran que silbaba el romancillo de la mondonguera; otros, que le ponía música al *Ubi saltatio, ibi, diabolus* de los santos padres, y no faltan los que afirman que lo que más apreciaba era la primera estrofa del *Tantum ergo*, que se le habría pegado de oírlo acogido en alguna iglesia, aunque, como no andaba muy firme de latines, le trastocaba algo la letra y decía:

Tanto negro, tanto negro, veneremos a san Luis…

El caso es que parándose en la esquina escuchó la trifulca y el chocar de espadas, y desenvainando la suya acudió al lugar, más por inclinación impensada del oficio que por ayudar al demandante.

¡Muy a tiempo llegó! No habían cruzado los querellantes las espadas el espacio de un avemaría y ya se veía don Teodoro en el apuro de su vida cuando de las sombras de la calle surgió el sevillano, al galope, con mucho fragor de hierros, y acometiendo a los dos embozados gritó con voz tonante:

—¡Por los pellejos hideputas de san Judas ahorcado, a mí, perillanes, que no es razón de lidiar dos contra uno!

Al decir eso, uno de los matachines que acosaban a don Teodoro se volvió contra el nuevo compareciente a tiempo de pararle una estocada en cuarto de círculo, pero estando a contrapié no le detuvo la siguiente, que le llegó como una flecha, al sobaco, con el brazo extendido y la espada levantada, la que entrándole hasta los bofes dio con él en tierra manando un torrente de sangre por la boca. Viendo a su compañero malherido y que ahora tenía que batirse contra dos, el otro rufián quiso huir, pero Chiquiznaque le cortó el paso y le dijo:

—Quieto acá y tira el pincho a tierra o date por muerto.

—Mal me conoces —contestó entonces el otro y se lanzó a fondo, la espada levantada. Chiquiznaque desvió la estocada con el broquel. El truhán dio un paso a la siniestra y amagó un tajo en raso por ver si su oponente se apartaba y le dejaba un escape, pero Chiquiznaque le encapó la espada al tiempo que acercándose un paso le entraba con la daga entre dos costillas. El herido reculó trastabillando y tarde quiso decir «Confesión», porque a mitad de la palabra recibió una estocada en lo blando de mollejo, bajo el esternón, que dio con él en tierra.

—¿Estáis herido por ventura? —preguntó Chiquiznaque a don Teodoro.

Don Teodoro negó con la cabeza mientras tomaba aliento, más del susto que del esfuerzo.

—Me habéis salvado la vida —dijo cuando acertó a hablar—. ¿Cómo podré pagaros?

Chiquiznaque lo miró y por el atuendo entendió que era noble.

—Con dineros, señor, porque yo vivo de mi espada como vuesa merced habrá notado. Con cinco ducados me sentiré el mejor pagado

del mundo y remediaré el día.

Mientras eso decía estaba registrando a los muertos y en cada bolsillo encontró alguna calderilla y cuatro monedas de plata de ocho reales.

—A estos los han pagado para que os apiolaran —le explicó a don Teodoro mostrando las monedas—. Tomaré esto como parte de la ganancia.

—El caso es —dijo don Teodoro— que no me place que la ronda encuentre dos muertos a mi puerta. No soy amigo de novedades ni de andar declarando a la justicia.

—¡Habláramos para hoy! ¡Acuéstese de día quien no tenga con qué alumbrarse! —exclamó el valentón—. Bien entiendo que no queréis al alcalde de la corte haciendo averiguaciones y a los corchetes entrando y saliendo de vuestra morada, y me huelgo en vuestra discreción porque tampoco yo soy de los que andan pregonando sus destrezas. Dadme con qué remedie mis necesidades, que yo cubriré las de vuesa merced con la discreción que cabe al caso. Mientras vos buscáis con qué socorrerme yo alejaré los muertos y los compondré de manera que parezca que riñeron y se mataron entre ellos.

Entró don Teodoro en la casa, subió a buscar los dineros, las piernas temblando del caso vivido, y cuando salió ya Chiquiznaque había llevado a los difuntos donde dobla la esquina para que no pareciera que riñeron a la puerta.

Don Teodoro reiteró a su valedor su aprecio y reconocimiento y Chiquiznaque se embolsó el premio y se despidió con las cortesías que hacen al caso.

11

Que trata del sermón de fray Jerónimo de Florencia con razones muy edificantes para la lectora de esta historia

Otro día de mañana, cuando las tahonas despiden su fragancia a pan recién horneado y los bodegones y casas de la gula, el estimulante aroma del adobo frito, don Teodoro, que con el sobresalto de la víspera había dormido solamente regular, se encaminó a oír misa en San Miguel y en entrando en el templo se destocó del chambergo dejando ver que cuando andaba en figura de hombre los cabellos femeninos los llevaba recogidos en una redecilla. Puesto atrás, donde suelen ponerse los caballeros, miró a la parte de las mujeres que bajo el púlpito está y buscando con la mirada encontró a la duquesa de Arjona, su amiga, sentada en su cojín en compañía de otras damas de alcurnia, las cuales atendían muy devotamente a la predicación del famoso catequista fray Jerónimo de Florencia, quien con gran vehemencia y moduladas voces, que las bóvedas del templo devolvían aumentadas, clamaba contra la multitud:

—Prácticas verdades, queridísimos hermanos, son las que en los mandamientos se nos enseñan: no matar, no adulterar, no hurtar. ¿Cómo se practica esto? Dios guarde a España, que, aunque está entera en la fe, en lo demás anda tan quebrada y tan lacerada de tanta corrupción de costumbres, ociosidad, glotonería, torpezas, robos, agravios, excesos en trajes, galas, comilonas… Nunca el mundo ha estado peor que ahora; más codicioso, más deshonesto, más loco y altivo. Nunca los señores han sido más disolutos; los caballeros, más cobardes y aun sin honra; nunca los ricos, más crueles y avaros; los mercaderes, más tramposos; los clérigos, más perdidos; los frailes, más derramados; las mujeres, más libres y desvergonzadas; los hijos, más desobedientes; los padres, más remisos; los amos, más insufribles; los criados, más infieles; los hombres todos, más impacientes y enemigos que los toquen ni aun los amarguen con la reprensión. ¿Y los predicadores? Los predicadores no somos mejores: vivimos en sana paz, estimados, queridos, regalados, ofrendados… Nadie nos quiere mal, todos nos ponen sobre la cabeza. ¿Por qué tanto acatamiento?

Porque no hacemos el deber, porque no damos herida ni sacamos sangre.

Hizo un breve silencio mirando en derredor, los ojos como centellas, las manos perchadas sobre la barandilla cubierta de bayeta, y tomando una honda inspiración, con voz más mesurada y acento herido, siguió disertando sobre los muchos vicios de la corte, en particular la desvergüenza con que se producía el fornicio entre hombres y mujeres, para lo que acudió a eruditas alusiones a Sodoma, a Gomorra y a Babilonia, la pecadora.

—Tomad enseñanza y guardadla en vuestro corazón, amadas hijas mías —prosiguió, revistando con la mirada los pies del púlpito donde se acomodaban las mujeres—. Como Luis Vives declara en su *Institutio foeminae christianae*: «Si la mujer es buena, le está mejor quedarse en su casa y no ser de otros conocida. En las juntas permanezca con los ojos bajos, vergonzosa y callada, de forma que la vean, sí, algunos, pero que no la oiga nadie. Por eso, puesto que la mujer es un ser flaco y no muy seguro de juicio y expuesto al engaño», guárdese y obedezca al varón, esposo, padre, hermano o confesor que la guarda, pues no hay vaso más endeble y presto al rompimiento que su virtud, ni seda más sutil que con poco se manche indeleblemente, ni flor más desmayada que la más ligera ráfaga de viento agoste. Como dice fray Hernando de Zárate en su *Discurso de la paciencia cristiana:* «Habiendo de ser la mujer sujeta al marido por voluntad y sentencia del mismo Dios, y habiéndola en significación de esto criado de la costilla, y no de hueso derecho, sino encorvado, como algunos doctores notan, para dar a entender su perpetua sujeción; siendo el marido la cabeza de una mujer como Cristo lo es de la Iglesia, no habrá salvación para ella fuera de la perpetua sujeción al varón, sea padre, sea hermano, sea marido. Que así sea, Amén».

Terminó el sermón, volvió la misa y, cuando el cura dijo el *Ite misa est*, la duquesa aún se entretuvo en rezar ciertas devociones de rosarios y jaculatorias en los altares de Santa Lucía y Santa Rita y las Santas Ánimas del Purgatorio, de las que era muy devota, antes de salir a la calle donde don Teodoro la aguardaba y, tras intercambiar respetuosos saludos, departieron muy francamente sobre las cosas cumplideras a sus asuntos mientras Sanchilla, la criada, esperaba a unos pasos donde no escuchara la conversación. Refirió don Teodoro a la duquesa el sangriento lance de la víspera, del que todo el mundo se hacía hablillas en Valladolid como si hubiera sido riña de dos maleantes, y ella le prometió averiguar quién fuera el benefactor que tan oportunamente había resuelto la querella. Mencionó también la conveniencia de que doña Dorotea visitara a las Cervantas en prisión y les prometiera que aquel mismo día salían, pues la víspera había untado las manos de la justicia para que pudieran cumplir la prisión

en su propia casa y no en un lugar tan incómodo.

Con esto se despidieron y la duquesa marchó a su palacio y don Teodoro a su casa, donde, tras refrescarse con el agua del pozo, se vistió las galas de doña Dorotea y fue a donde la duquesa.

—Ahora iré a ver a don Miguel y a sus hermanas, como quedamos —dijo.

—Pues aguardad que os acompañe Sanchica, que les llevará una cesta de bastimentos de boca para que al menos no tengan que comer la bazofia que allí dan.

Bajó Sanchica a las cocinas y subió con una cesta en la que llevaba una olla con dos libras de carnero estofadas y una empanada de conejo y tocino.

Salieron las dos mujeres a la calle y se dirigieron a la de Santiago, donde estaba la cárcel real, cuya proximidad se anunciaba desde la calle de los Hojalateros, donde la algarabía y el estrépito de los presos casi acallaba el martilleo de los batihojas.

La cárcel real, un casón de granito que ocupaba una de las manzanas más extensas de Valladolid, tenía una portada muy monumental, con dos leones de piedra sosteniendo las armas del segundo Felipe.

Llamó Sanchica en el grueso llamador que representaba una sierpe y el corchete de guardia abrió el postigo y, reconociendo visita por la cesta, hizo pasar a las dos mujeres al apeadero de los carros, que subía una cuestecilla empedrada con grandes losas y terminaba en una reja de gruesos hierros, junto a la que había un poyete en el que dos corchetes jugaban a la taba. Viendo la visita, uno de ellos fue a la puerta frontera a avisar al alguacil mayor.

Estaba el dicho alguacil en la cámara de los libros, donde se guardaban las vidas y las miserias de tanta gente como pasaba por la cárcel real, desparramado sobre un sillón frailero realzado con dos cojines y rodeado de llaves y grilletes por todas partes, las contraventanas entornadas, en penumbra propiciadora de siesta del carnero, que a media mañana la recomienda Hipócrates y es alabada por Galeno y recetada por la escuela de Palermo.

—¿Una dama de calidad, dices? —preguntó al corchete mientras con dificultad bajaba los pies de la mesa.

—Eso me ha parecido. Trae criadica y una cesta de comida.

—A ver que la vea.

Apareció el alguacil y, apreciando a la dama por los buenos vestidos, le hizo un par de reverencias y fue a avisar al alcaide, el cual salió de su cuarto y venteando ganancia dijo:

—Señora, ponedme a vuestros pies y ordenad, que lo que esté en mi mano, de no perturbar el orden del rey que rige estas prisiones, ya lo tenéis concedido.

—No quiero sino visitar a don Miguel de Cervantes y a sus hermanas y sobrinas y traerles algún mantenimiento.

Salió en aquel momento de los aposentos del alcaide un niño como de cuatro años, descalzo, vestido solo de camisa, la pilila al aire, churretoso, los mocos verdes bajando de la naricilla, y se asió de las calzas del alcaide, su padre.

—¿Y este niño tan bonito? —preguntó doña Dorotea con notable ofensa de la verdad.

—Andrés, saluda a la señora —ordenó el alcaide.

El niño hizo una reverencia con la mano como si se destocara y fue a besar la mano de doña Dorotea, cumplimento que ella se esforzó en no rehuir a pesar de los mocos.

Luego, como prudente metió la mano en la faltriquera y sacó dos reales de a ocho que dio al niño. Al alcaide se le alegraron los ojos como pajarillas, redobló las cortesías y finezas y, sin meterse en averiguaciones de si la visita a los presos era por familia o por cumplir el precepto de la religión que manda consolar al afligido, llamó a un corchete de los de dentro que abriera la reja y dejara pasar a aquellas mujeres. El alguacil obedeció y dando paso a las visitantes volvió a cerrar detrás de ellas.

—Cuando vuesas mercedes quieran salir, tañen esta campanica —dijo señalando la que pendía de una viga del techo junto a la reja.

12

En el que doña Dorotea conoce a don Miguel de Cervantes y a sus mujeres

Pasó doña Dorotea seguida de Sanchica con la cesta a donde un corpulento alguacil de vara, de los que andan entre los presos mediando que haya paz, las condujo por una ancha crujía en la cual bullía una ruidosa muchedumbre así de visitantes como de reclusos, los unos paseando, los otros encaminándose a sus quehaceres, los otros platicando en corros de pie o sentados en el suelo, arrimados a las paredes, los más de ellos sueltos y sin grillos. Algunos se volvían a ver pasar a las mujeres y, aunque ellas iban con tocas tapadas y echarpes por la cabeza que solo dejaban ver un ojo, con las lenguas chasqueaban y con el cuerpo hacían gestos obscenos, aunque no pasaban de eso por respeto a la vara del alguacil.

Notó doña Dorotea que, en aquel gentío, los asquerosos desharrapados y en vivas carnes superaban con mucho a los decentemente vestidos, lo que unido al hedor que los cuerpos desprendían, a la confusión y al vocerío de las conversaciones que tanta aglomeración levantaba componía un cuadro espantable que más que de humana concurrencia parecía verdaderamente representación del infierno sobre la tierra.

—Disculpad cuanto veis, señora —iba diciendo el alguacil—, que otro camino no hay a la parte de los mansos sino por medio de estos perdidos de la mano de Dios.

Pasaron a otra crujía donde una reja separaba las salas y abriéndola el corchete de la llave entraron donde los presos mansos, los que estaban allí por deudas y pecadillos menores. Estos andaban sueltos y podían pasar de unos aposentos a otros a platicar con amigos o a jugar, el común entretenimiento de los que están privados de libertad.

—Aquel es Cervantes —dijo el alguacil señalando a un hombre de aspecto abatido y taciturno que, sentado en el poyete de una ventana larga, contemplaba el cielo a través de las rejas. Se paró doña Dorotea a mirarlo y en su corazón le pareció que tenía delante a don Quijote cuando hizo las penitencias de Sierra Morena, solo que cuerdo y melancólico, según lo vio de enteco y desmejorado.

Era don Miguel, a estas alturas de su vida, un perito en prisiones. Había padecido cinco años de cautiverio en Argel, amén de algunos meses en la cárcel real de Sevilla y varias otras mazmorras más menudas pero no menos rigurosas en pueblos y lugarejos donde no fue bien recibido por recaudar las tasas y bastimentos del rey.

Don Miguel había hecho un hábito de escapar de sus prisiones con la imaginación, ya que de otra forma no podía, y daba en conjeturar las trazas de su vida si la fortuna le sonriera y la suerte se enmendase. Es el caso que en los crudos tiempos de Argel, cuando por castigo yacía sepultado en una mazmorra oscura hasta un mes de corrido, sin saber de noches ni de días ni ver ni hablar con nadie, de lo que muchos cautivos se volvían locos, él trazó la manera de conservarse cuerdo y ocupaba su mente, para quitarla de desvaríos, en pensar largas historias e imaginar sucesos en los que él mismo era el principal personaje, y en novelar su vida como le hubiera gustado que fuera. Con lo cual, repartiendo papeles a sus conocidos según grados de amistad o aversión, unos eran sus camaradas y otros sus envidiosos enemigos, y al final quedaban recompensados los unos y castigados y burlados los otros. En este juego daba unas veces en pensar que era el soldado que en Lepanto mató al almirante turco Alí Pachá, al que se representaba gordo y bermejo, y él le cortaba la cabeza y la arrojaba al agua con turbante y todo. El cual turbante era de seda azul en unos sueños y en otros, bermeja, siempre adornado por un joyel como un huevo que valdría un patrimonio. Por esta hazaña don Juan de Austria le daba ejecutoria de hidalguía y lo nombraba caballero distinguido de su servicio, ascendiéndolo a capitán de la galera *Marquesa*, con la que, en poco tiempo, hacía tales hechos y hazañas que el rey lo llamaba a su corte y lo cubría de honores y noblezas. En este paso veía las caras de los envidiosos, los conocidos o los por conocer, todas tales como si les hubieran introducido una guindilla rabiosa por salva sea la parte, y luego tornaba al rostro severo y afable del rey y a su discurso solemne que tomaba en el punto en que le encomendaba el mando de trescientas galeras con las que conquistaba Túnez y daba libertad a los cautivos, parte que vivía desdoblado en dos personas, por más emoción, de cautivo y de general victorioso. Otras veces variaba la historia y sin favor del rey ni de nadie que no fuera Jesucristo Nuestro Señor, escapaba de Túnez, matando a tres guardas y degollando al pachá de Trapisonda, estante allí a la sazón en visita de cortesía, y robando en el puerto un falucho liberaba a los remeros cautivos y a doncellas que se le rendían de amor y se hacía corsario, oficio en el que, por sus propias fuerzas, sin ayuda de rey alguno, por estratagemas y ardides, a cual más ingenioso, y batallas sin cuento donde probaba su valor y su piedad, se apoderaba de Túnez

igualmente y lo ponía a los pies de su señor el rey Felipe, el cual, en agradecimiento, lo levantaba a las mayores noblezas y lo casaba con una sobrina suya, una morenaza de potentes caderas, muy reidora, o con una princesa de Flandes, trigueña, también hermosa, aunque un punto melancólica.

Estuvo, digo, doña Dorotea una buena pieza contemplando a don Miguel sin osar sacarlo de sus pensamientos, y mientras lo hacía lo miraba con ojos de mujer y lo encontraba de buen talle, aunque enjuto de carnes, y no mal parecido. Tenía nuestro hombre la barba entrecana y bien recortada, el pelo gris y escaso; la frente amplia; la nariz aguileña, la boca delgada, las orejas finas, señales todas de agudeza. La mirada tenía viva, que es marca de inteligencia, y algo vidriosa, que es indicio seguro de natural melancólico.

Doña Dorotea se descubrió el rostro y se acercó a Cervantes.

—Don Miguel —se presentó—, sabed que soy una devota de vuestras obras y estando de paso para Galicia me he detenido en Valladolid por conocerlo y servirlo en lo que se le ofrezca. De parte de mi amiga la duquesa de Arjona, que lo quiere bien, he traído algunos bastimentos para vuesa merced y su familia.

Salió don Miguel de sus pensamientos y miró a la muchacha con sus ojos mustios orlados de ojeras cárdenas.

—Beso vuestras caritativas manos y las de la señora duquesa —dijo—, pero no se me alcanza qué mérito tenga yo para merecer tal galardón.

—Don Quijote anda en bocas de la fama —respondió doña Dorotea—. Aún no hace medio año que salió al mundo y ya ha conquistado el corazón de las gentes. Se lee en las sacristías, en las universidades, en los cuarteles y hasta en los talleres de bordadores. Sus ocurrencias y aventuras hacen reír a los reinos de España, tan necesitados ahora de ánimo y contento, señor don Miguel, y mucha gente como yo lo bendice porque con ese pasatiempo sobrellevan mejor las lacerías de la vida, las bancarrotas, tribulaciones, sequías y calamidades.

—Me huelgo de oír que ese pobre fruto de mi imaginación sirve de algo —dijo don Miguel—, aunque más me gustará oírlo en mi casa o paseando por la Plaza Mayor que no en la cárcel, donde las manzanas podridas traen a las sanas para que se agusanen como ellas en la general vileza. También me hago cargo que pocas veces o ninguna viene el contento puro y sencillo sin ser acompañado o seguido de algún mal que lo turbe o sobresalte, y después de todo ya he aprendido a tener paciencia en las adversidades. Mucho os agradezco que me traigáis las albricias de este pobre hijo de mi entendimiento. Ya me lo han advertido algunos y hasta creo que el librillo anda de mano en mano, aunque otros me lo critican mucho porque la pérdida del rucio no queda clara. Pero pasad, señora, y conoced a mi familia.

Precedidas por don Miguel, doña Dorotea y Sanchica entraron en otro cuarto espacioso donde posaban hasta veinte mujeres de diversas edades sentadas en esteras cerca de las ventanas. Cesaron la conversación al ver llegar a don Miguel acompañado de una dama que por las trazas mostraba ser de abolengo. El escritor presentó a doña Dorotea a sus familiares y a las otras buenas mujeres, sus vecinas, que allí estaban por la muerte de Ezpeleta, doña María Ramírez y doña Juana Gaitán. Después de comer con mucho deleite las empanadas, pasteles y brevas que Sanchica traía en la cesta, de lo que también convidaron a las otras presas del aposento, estuvieron gran pieza conversando todas sentadas en esteras en derredor de la ventana mientras declinaba el día e iban menguando las luces con cuya conversación dejó doña Dorotea muy admiradas a todas y a don Miguel así de su discreción como de su belleza.

En eso estaban cuando vino a verlos el alcalde mayor acompañado de dos corchetes con la buena nueva de que el juez Villarroel mandaba liberarlos en fiado para que esa noche durmieran en su casa, bajo la condición de que cambiaran la prisión del rey por la doméstica, sin salir de ella hasta que se esclareciera la muerte de Ezpeleta y el alcalde mayor de la corte diera licencia.

Antes de desapartarse, doña Constanza de Ovando, la sobrina de don Miguel, que por ser de la edad aproximada de doña Dorotea se comunicaba mejor con ella, le tomó las manos para besárselas entre lágrimas y doña Dorotea no lo impidió, sino que abrazándola le dio dos besos en las mejillas. Con ello las dos mujeres, doña Dorotea y Sanchica, regresaron al palacio de la duquesa a holgarla con la noticia de la libertad de don Miguel y de sus hermanas.

Con mucha alegría y recomendaciones de salud se despidieron las Cervantas y don Miguel de las compañeras de cautiverio. En la calle las aguardaba la carroza de la duquesa de Arjona, que la discreta doña Dorotea les enviaba para evitarles el bochorno de cruzar Valladolid a pie en la hora de más afluencia, señaladas por los maldicientes de la corte.

13

En el que doña Dorotea visita a don Miguel de Cervantes y él le relata algunos avatares de su vida

Otro día de mañana doña Dorotea fue a ver a la familia de don Miguel en su casa del Rastro de los Carneros, donde la recibieron en la sala de respeto con grandes muestras de cortesía y cariño y la hicieron sentarse en el cojín más mullido, sobre la tarima de las mujeres, y anduvieron preguntándole sobre su patria y condición, a lo que ella declaró ser hija de una familia acomodada de hidalgos de Osuna que viajaba a La Coruña para cuidar de un hermano chico que allí había desembarcado proveniente de las Indias y aquejado de unas fiebres que le impedían viajar. Declaró que, siendo tan devota de los escritos de don Miguel, había decidido tomarse un descanso al pasar por Valladolid para conocerlo y preguntarle por la suerte del asno de Sancho, que no quedaba clara en la novela, así como si don Quijote y su escudero iban a salir de nuevo en otro futuro libro. A lo primero respondió don Miguel que había sido un olvido que ya se estaba subsanando con una adenda para futuras ediciones de la novela; a lo segundo, que estaba muy desanimado de la vida, tras la injusticia que acababa de sufrir, y por ese motivo no pensaba escribir nada más sino dedicarse por entero a ciertos negocios de grano y alcabalas que ahora traía entre manos. De esto tuvo doña Dorotea gran pesar e hizo intención de volver sobre ello en cuanto hubieran pasado un par de días y don Miguel se hubiera sosegado de aquella pesadumbre, lo que se prometía hacer con tanta insistencia como si le fuera la vida en ello.

Don Miguel se mostró a lo primero amable y reservado, pero cuando advirtió la discreción y buena intención de doña Dorotea, le abrió noblemente su corazón y acudieron a su imaginación, en confuso tropel, algunos recuerdos de su vida, que fue narrándole con la mucha familiaridad en que la había acogido. Le contó de su niñez en Alcalá, de su juventud curiosa y malcontenta, de su huida a Italia por apartados caminos escapando de la justicia que lo buscaba por herir a un hombre, su vida de criado del cardenal Acquaviva en Roma, sus paseos por aquella portentosa ciudad, sus lecturas de entonces, en las que fundó su afición a escribir y de ver mundo, sus lances como

soldado en Italia, de los que pasó por alto ciertos desabrimientos y flaquezas y silenció algunas miserias y malos encuentros que lo abonaban de sufrido juntamente con los buenos hechos de bravura, que, saliendo de su boca, podrían ser tenidos por vanagloria. Recordó a las mujeres que habían piadosamente acompañado sus soledades, habló de sus cuarteles, de sus navegaciones en las galeras del rey, de las fatigas pasadas, de las batallas donde había combatido, en Lepanto y Navarino, en Túnez y La Goleta; de las heridas que había sufrido, de una de las cuales había quedado lisiado de la mano izquierda; de las miserias de Argel, donde aprendió paciencia y a conocer y apreciar la vida de otras gentes en los cinco años en que estuvo cautivo en poder de la raza que nada sabe de la bondad humana y mucho de la maldad y rigor propios de quienes andan malcontentos con la vida porque su profeta les prohíbe el cerdo y el vino.

Cuando regresó a España pensó merecer algún oficio de servir al rey en las escribanías de la corte en pago a sus servicios de soldado y en compensación por su cautiverio de Argel, pero halló la corte de Madrid hecha un hormiguero de pretendientes, todos tan certificados como él, pero muchos de ellos con mejores aldabas, y cada cual con su canuto de lata lleno de cédulas y recomendaciones. Nuestro pretendiente no tenía estudios y, aunque la dura escuela de la vida lo había licenciado en desengaños y pesares, no pareció a los que tenían en su mano otorgarle un empleo que sus títulos de soldado heroico y cautivo paciente merecieran más que buenas palabras y vaya usted con Dios que Él lo ampare. Llamó a una puerta, y a otra y luego a otra, hallándolas todas cerradas. Pasaron lentos los días descorazonadores y con ellos los meses y los años. Al cabo de tanto pretender en vacío, desengañado y malcontento, desesperando de hallar acomodo en la corte y harto de cohabitar con la pobreza, pensó en pasar a las Indias, donde, por la mayor incomodidad, los oficios no estaban tan solicitados, pero ni eso le salió a derechas: le devolvieron su instancia con la rutinaria disculpa formularia «Búsquese acá en qué se le haga merced». En fin, que no hallando valedores ni árbol al que arrimarse, don Miguel se acomodó a vivir con estrecheces y a esperar con paciencia, y buscó consuelo en el ejercicio de la literatura. Compuso una novela pastoril, frecuentó los corrillos del teatro y estrenó algunas comedias que le proporcionaron pocos dineros y algo más de nombradía, sin sacarlo de pobre.

Don Miguel le refirió a doña Dorotea muchos extremos de su vida, ocultándole algunos que nosotros no negaremos al lector por tan sabidos desde que andan en crónicas y escritos ciertos. De sus triunfos de amor que tuvieron alguna consecuencia, el primero ocurrió con una Ana Franca de Rojas, mujer casada a la que don Miguel conoció en Madrid, en el mesón de la Tinaja, calle de Tudescos, donde los

cómicos hacían tertulia. Una noche en que don Miguel celebraba el estreno de una obra suya, promediando la tercera jarra de vino, se le enturbió el entendimiento y pasó de la alegría a la pesadumbre y, ajeno al jolgorio que lo rodeaba, se ensimismó y compareció ante sí mismo en la cruda verdad de su alma desnuda, triste, solo y derrotado. Así estando, reparó en la belleza suave de Ana Franca, a la que no conocía, y Ana Franca por acaso lo miraba como si le hubiera leído el alma. En un instante sin palabras se comunicaron la soledad y el vacío de sus vidas. Ella, aunque era la esposa de Alonso Rodríguez, el mesonero, recogió la mirada de don Miguel en el doblado pañizuelo de la suya, dio a una criada el recado que traía y pareció desentenderse o incluso enojarse de la impertinente solicitud con que don Miguel la observaba, pero antes de volverse a sus aposentos tornó la cabeza por si la seguía mirando, sí seguía, y se retiró muy erguida, como la que sabe que le están tasando la hermosura y no se enoja de ello.

Tras este día en que saltó la chispa, sucedieron otros que la prendieron y otros más que soplaron para avivar el fuego que abrasa las almas, de lo cual, después de comunicarse por miradas y breves reverencias durante un tiempo, él paseante de calle y ella ventanera, una fría mañana de domingo se hizo el encontradizo cuando la dama iba a misa y la siguió y habló en la iglesia, de donde meses sobre meses vinieron a mayor intimidad y les nació una hija que se llamó Isabel.

Corriendo el tiempo, cuando hastiado de las inquinas y malas artes que entre gentes de pluma se usan, a las que se acompasaba mal su carácter discreto y tranquilo, pensaba don Miguel en retirarse a vivir a un lugar más sosegado y apacible, las cosas vinieron aparejadas para que hiciera un viaje a la villa de Esquivias, la de los ilustrísimos vinos y los insignes linajes, donde la viuda de su buen amigo Pedro Laínez lo llamaba para tratar sobre la publicación de los versos del difunto. Allí conoció a una vecina de la viuda, Catalina de Salazar, huérfana reciente de un labrador acomodado. Acaso se prendó de sus diecinueve años, él que casi se los doblaba, porque la chica no era agraciada a la edad en que casi todas lo son; quizá fuera que se aficionó o pensó que podría aficionarse a la sencilla vida de la aldea, donde la hacienda de su futura esposa le prometía mediano pasar porque ella tenía algunas tierrecillas, un huerto, algo de olivar y su poquito de viñedos, y hasta un corral con gallinas y gallo. El caso es que dieron en pasear honestamente por el encinar de Ombidales, donde hay una clara fuente en la que él bebió dos o tres veces de las manos de ella y a los dos meses se casaron.

Tres años pasó don Miguel en Esquivias procurando acomodarse a la

vida estrecha de la aldea, juntándose con otros labradores del pueblo a conversar sobre la cosecha de vino o la cosecha de aceite, los precios del trigo o a cómo se cambiaba el celemín de garbanzos; si conviene o no conviene que llueva y dónde se dan las mejores perdices para la caza en puesto. Y los chismes familiares al amor de la lumbre, las noches de invierno, tan frías, él ensimismado en sus pensamientos, viendo arder los troncos mientras la suegra contaba otra vez las mismas cosas que contó la víspera, o componiendo versos en una banqueta delante de la chimenea escasa mientras su esposa, triste y poquita, cosía y suspiraba de vez en cuando quién sabe por qué.

Al cabo, hallando aquella vida enfadosa y estrecha, don Miguel decidió buscar otra vez fortuna y anduvo por el mundo desacomodado hasta que se le aparejó una ocupación que parecía a medida de quien fuera tan sufrido que por servir al rey no le importaran los trabajos, los malos caminos, las peores posadas ni los malos gestos de las gentes.

Es el caso que su católica majestad, el rey Felipe II, que Dios tenga en su gloria, había determinado enviar una armada contra Isabela, la reina de Inglaterra, bajo cuyo amparo tanto se ofendía y robaba a los reinos de España y sus Indias. Diego de Valdivia, secretario del comisario general de la dicha Armada, vino a hospedarse en la posada que tenía en Sevilla Tomás Gutiérrez, buen amigo de don Miguel, el cual, conociendo la necesidad en que nuestro hombre andaba, lo encomendó mucho al comisario alabando su honradez, discreción y otras buenas prendas y saliendo fiador suyo. Con esta recomendación, don Miguel alcanzó un puesto de comisario del rey para el abastecimiento de la Armada y anduvo siete años por los pueblos requisando trigo y aceite.

—¡Siete años! —murmuró don Miguel y, dejando la mirada perdida, en su imaginación se le representaron los arduos trabajos, los barros del invierno, las calores grandes del verano, las malas posadas y peores camas plagadas de chinches, las malditas noches y viles días, el soportar las calumnias de los regidores, los desprecios de los alcaldes, las sospechas de los tinterillos, los enfados de los clérigos, la enemiga de los ricos y el odio de los pobres, solo por servir al rey nuestro señor.

»Vime como llegué —continuó diciendo—, sin ganancia alguna fuera de mi escaso mantenimiento.

—¿No alcanzasteis recompensa por tantos trabajos?

—No, señora, y aún hube de darme por contento de no salir dañado en mi fama o en mi hacienda por los procesos.

Don Miguel se extendió en otras circunstancias de su vida, pero abrevió en los sinsabores de aquel oficio trabajoso, mal pagado e

ingrato, siempre recibiendo malos semblantes y lidiando con censos defectuosos y con embrolladas cuentas, siempre contendiendo con las mermas de los granos intervenidos en los pósitos que los arrieros desalmados robaban en los portes y los almacenistas sisaban y las alimañas y gorgojos ratoneaban. Nada dijo de las dos veces que anduvo excomulgado, por las diócesis de Sevilla y Córdoba, a cuyos canónigos molestaron las expropiaciones. También evitó referir las dos veces que lo procesaron en los tribunales de cuentas, aunque siempre salió absuelto y con fama de honrado mientras a otros los ahorcaron por ladrones.

El tiempo que desempeñó el feo oficio de requisador de la Armada se solía consolar pensando que aquellas bajezas que cada día sufría y hacía se justificaban por el alto fin al que apuntaban y que el quebrantamiento del poder de los enemigos de España y la exaltación del de su católica majestad bien valían el esfuerzo. Cuando peores eran sus pasos, más recias sus noches en posadas infames, comido de parásitos, mal cenado de aguachirles y ladroneado de venteros, cuanto más lo burlaban aldeanos y silbaban mujerzuelas, más se afirmaba en encontrar semejanzas heroicas de su vida pasada que justificaran la ignominia del presente, y así daba en pensar, por consolarse, que si en su juventud combatió en Lepanto, donde arrebató el Mediterráneo a los turcos, ahora, en su madurez, cuando ya su manquedad y sus años no le permitían ejercer las armas, aquel sufrimiento de desabrimientos y sabandijas equivalía a combatir de otros necesarios modos contra el inglés y arrebatarle la mar oceana.

No fue el de la Real Armada oficio de mucha fortuna, pero el siguiente, de recaudador de impuestos para la Real Hacienda, fue peor. El banquero al que confió los caudales quebró y huyó con los depósitos dejando a sus clientes burlados y arruinados.

—Y en medio de la ruina de mi hacienda estaba la del reino toda, que no sé si me dolía más —dijo don Miguel—. Hasta el más lerdo sabía que el dinero de España estaba empeñado en cedulillas y papeles, como lo prueba que el rey nuestro señor diera tres veces en bancarrota, que es tanto como declarar su casa en ruina.

—¿Tan mal estuvo la cosa? —preguntó doña Dorotea.

—Tan mal estuvo y tan mal está —respondió don Miguel—. ¿En qué nos beneficia a los españoles que los galeones de Indias traigan carretadas de plata y esportillas de perlas si luego desaparecen como por magia y ninguno las ve ni las disfruta? La vileza, el abuso y el mal gobierno son, señora, manzanas podridas que malogran las sanas, por eso esta España que las consiente nunca levanta cabeza.

Convino doña Dorotea en que así era y luego, por mudar de conversación, dijo:

—No sabía lo de vuestro cautiverio en Argel. Ya me pareció que

contabais muy vivo el relato del cautivo.

—Has de saber, hija, que el mucho vivir y el departir con gentes variadas es el fundamento del que ha de imaginar historias, pues por mucho que las imagine, los elementos que en ella ponga han de salir forzosamente de su experiencia, así como la tinta con que las escribe sale del tintero.

—Muy cierto es eso, don Miguel —dijo la muchacha.

—Pues prosiguiendo con el relato de mi vida, os diré que regresado a España y viendo la dificultad de ganarme la vida acá, pensé en pasar a las Indias en busca de mejor fortuna, pero me devolvieron el pliego de instancias, como dije. Probé entonces fortuna llamando a otras puertas, lo que incluye las de mi pobre ingenio. Escribí comedias que no gozaron de mucho aplauso, aunque tampoco me las patearon, y finalmente encontré acomodo como comisario de abastecimientos de la armada que el buen rey Felipe II se preparaba contra Inglaterra, yendo por los pueblos comprando o requisando trigo, aceite y otros bastimentos. Fui también recaudador de tercias y alcabalas, oficio más áspero de lo que os podéis suponer, y ahora además de pensar en nuevos trances para el Quijote que tanto me habéis alabado, por si alguna vez me animara a escribirlos, ando en diversos corretajes y negocios con los que intento ganarme la vida y navegar contra los cotidianos infortunios.

—Entonces, ¿no escribís ahora? —preguntó doña Dorotea.

—A ratos escribo dos novelas breves que he titulado *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*, pero si os digo la verdad, no sé si las acabaré. Con estos trabajos y calamidades que nos sobrevienen cunde el desánimo y muchas veces pienso si vale la pena proseguir en el camino de las letras.

Es de lamentar que las otras palabras que don Miguel pronunció no hayan podido ser asentadas por los cronistas de esta verdadera historia, porque en el momento en que las decía dieron en tañer las campanas del cercano hospital de la Resurrección y, llenando el aire con sus claros sones, estorbaron la comunicación de los parlantes, cotidiana molestia de cristianos de la que, como bien se entiende, están horros turcos y moros, aunque gocen de tal comodidad a trueque de la eterna condenación de sus almas.

En esto llegó doña Andrea con una bandeja en la que traía una jarra de aloja con canela y vasos con los que de buena gana se convidaron y refrescaron todos, pues aunque los postigos estaban cerrados y el interior en penumbra, el sol daba de pleno en la fachada y caldeaba los aposentos.

Con la merienda volvió la conversación a cauces más mundanos y don Miguel, a ruegos de su hermana, refirió casos chuscos y movientes a risa en los que había tenido parte u oído.

—En la cárcel de Sevilla presencié cierta conversación entre don Beltrán de Galarza, hombre de algunas letras que estaba preso por abandonar a su mujer, y el escribano Gabriel Vázquez, que lo estaba por el mismo delito, sobre lo cual solían contender y hacerse burlas.

»—Es la esposa accidente insuperable —observaba Galarza.

»—Es lazo tal que, si una vez echáis al cuello, se vuelve nudo gordiano —corroboraba Vázquez.

»—¡Pesada cruz es la del matrimonio! —exclamaba Galarza.

»Y Vázquez, recordando que su amigo estaba casado con una mulata grande y gorda que no bajaría de ocho arrobas, replicaba con donaire:

»—¡Mucho más siendo tan gruesa y de ébano como la de vuesa merced!

14

DE LAS LECTURAS DE DON MIGUEL DE CERVANTES Y DE SUS OPINIONES SOBRE LAS MUJERES

–Puesto que sois aficionada a los libros —dijo Constanza, que había tomado mucha afición a Dorotea por ser de edades y humores parecidos—, si venís me ayudaréis a ordenar los libros y los papeles de mi tío que los corchetes cuando registraron la casa dejaron por los suelos.

—De muy buena gana lo haré —respondió Dorotea—, que andar entre libros me place sobremanera.

Los libros no eran muchos y casi todos estaban fatigados de haber acompañado al escritor buena parte de su vida como su única hacienda y posesión.

—Este es el verdadero tesoro que tengo al final de mis días y lo aprecio más que otro —dijo don Miguel—. Siempre he pensado que quien no lee tampoco alcanza conocimientos, y quien no alcanza conocimientos pasa por la vida como asno con anteojeras, solo siguiendo el camino que le marca el amo. Por el contrario, el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. Conocer nunca estorba y siempre ayuda.

Doña Constanza alcanzó dos libros que estaban en el suelo y se los tendió a don Miguel.

—El *Amadís* y Francisco de Aldana —señaló el escritor—, dos amigos antiguos a los que tanto aprecio. Don Francisco es un espejo sin mancha en el que tantas veces me he mirado, un alto militar y altísimo poeta que murió antes de conseguir la beatitud del filósofo a la que aspiraba: «Entrarme en el secreto de mi pecho / y platicar en él mi interior hombre, / dó va, dó está, si vive, o qué se ha hecho» —recitó.

—No lo conocía y me prometo leerlo —dijo doña Dorotea.

—¡Ah, hijas mías —suspiró don Miguel—, estos poemas de corta vida y obra en pocos versos condensan altas filosofías, candiles son que nos ayudan en el camino iluminándolo y endulzando sus jornadas!

Miró otro libro que doña Dorotea tenía en las manos.

—Ese es Boscán, alto poeta que expresa como ninguno las altezas

del amor y sus simas.

Le tendían las muchachas los libros y él leía los tejuelos y colocaba los volúmenes en su orden preciso en la alacena donde guardaba sus tesoros.

—*Orlando enamorado* del famoso Mateo Boyardo —decía—, pronto volveré a él. ¡Ah, los *Sonetos y canciones* de Petrarca, viejos compañeros de mis años de Italia. Aquí tenemos un amigo reciente, la *Primera parte de las cien novelas* de Giraldo Cinthio. Habéis de saber, amigas mías, que en esta manera de contar historias que llaman la novela se guardan muchos placeres y enseñanzas. Si no peco de inmodestia, creo que soy el primero que ha novelado en lengua castellana.

Tomó otro libro de las manos de doña Dorotea.

—*Dialogi de amore* de León Hebreo, nadie como él trata de amores y sus consecuencias.

El siguiente libro no tenía letra alguna en el tejuelo. Doña Dorotea lo abrió y leyó en la primera página:

—*Examen de ingenios para las sciencias. Donde se muestra la diferencia de habilidades que hay en los hombres, y el género de letras que a cada uno responde en particular.*

—Este es del sabio médico Huarte de San Juan —dijo don Miguel tomándolo—. Aquí se contienen muy sabias enseñanzas con palabras sencillas y claras, portadoras de un pensamiento transparente. Dice don Huarte que cada uno debe ocuparse solo de aquellas tareas para las que está realmente capacitado. Yo tengo este libro en gran estima, aunque también he de decir que tengo desacuerdos en algunas cosas.

—¿En qué cosas, si puede saberse? —preguntó doña Dorotea.

—En el tratamiento que da a las mujeres.

Buscó don Miguel en el libro, halló la página y leyó: «Los padres que quieran gozar de hijos sabios y que tengan habilidad para las letras han de procurar que nazcan varones, porque las hembras no pueden alcanzar ingenio profundo. Solo vemos que hablan con alguna apariencia de habilidad en materias livianas y fáciles, con términos comunes y muy estudiados; pero metidas en letras no pueden aprender más que un poco de latín, y esto por ser obra de la memoria».

—Esta opinión del maestro Huarte siempre he creído que no está lo suficientemente meditada, como correspondería a un sabio —dijo don Miguel—. La mujer si no crece en ingenio es como el árbol esmirriado porque no se riega, y tengo para mí que si educáramos a las hijas con la misma liberalidad y afán con que procuramos educar a los hijos, mejor irían los gobiernos de las familias y de las naciones. Por eso en nuestra familia ha sido costumbre que las mujeres aprendan a leer y a escribir, para que sepan ser libres y valerse.

—Eso tengo por muy sabio, don Miguel —contestó doña Dorotea—. Lo mismo hicieron mis padres conmigo y por eso no soy menos que mis hermanos, sino que cada uno de nosotros tiene las potencias que le dio la naturaleza sin que medie ni estorbe en ello ser hombre ni mujer.

—Me huelgo en oírlo —dijo don Miguel—, porque en nuestra tierra no es muy frecuente. Entre nosotros, en cuanto una niña alcanza uso de razón, la ponen a coser y a hacer vainicas, y si la enseñan a leer es por milagro, que hay padre que tiene por cosa de menos valer que sepan leer y escribir sus hijas, dando por causa que de saberlo son malas. Desgraciadamente hemos hecho de las mujeres unas menores de edad perpetuas y sin prepararlas para nada que no sea tener hijos y regir la casa las hemos titulado como portadoras del honor de la familia, lo que las incapacita para la vida pública y las mantiene encerradas y esclavas primero del padre y luego del marido, sin más remedio de esa situación que meterse a monjas o a putas.

Aún charlaron don Miguel y doña Dorotea sobre el estado de la mujer en las distintas tierras que don Miguel conocía o de las que había oído hablar, y concluyeron que la sujeción de la mujer estaba ligada a la relativa barbarie de cada nación, siendo mayor que en España en tierra de moros, gente celosísima entre la que una mujer no puede ni enseñar el rostro, y menor en Italia, donde hay más conocimiento y la gente es más pulida.

—¡Bien añoro a veces aquellos días en la apacible Roma y la liberalidad que allí usan la Iglesia y los romanos en general! —dijo don Miguel—. Allí ya se han librado de estos severos puntos de honra por los que entre nosotros vive la gente esclava de la opinión ajena, medrosa, llena de sospechas y en fin cautiva de las más erradas y peregrinas opiniones.

—¿De dónde pensáis que proceda ese menosprecio de la mujer? —preguntó doña Dorotea.

—De la costumbre no sometida a examen y de la mala interpretación de los libros santos —explicó don Miguel—. Mirad la historia de Adán y Eva. Por la flaqueza de Eva, engañada por la astucia del demonio, se condena el género humano. De acá se deduce que la mujer sea menos aguda que el hombre, cuando la experiencia nos demuestra que lo es más y que a menudo el buen regimiento de una casa depende de que ella ocultamente timonee la nave familiar aunque parezca que eso hace el hombre. También de la dañosa interpretación de los padres de la iglesia nace el pensar que la mujer no tiene pensamiento propio, sino que se deja arrastrar por el desordenado apetito del placer. De ahí se sigue el tenerlas tan guardadas y vigiladas, porque en su honestidad se ha puesto la honra de la familia.

—Si sabemos que las opiniones son erradas, ¿por qué las mantenemos?

—En eso nos educan no solo los púlpitos santos, sino los profanos.

—¿Hay púlpitos profanos? —se admiró doña Dorotea.

—El púlpito profano en el que la gente común, tanto la alta como la baja, se educa es el teatro. Considerad las comedias de las que tantas vienen a redundar en la exaltación del honor estéril, del heroísmo insensato y de las vanidades mundanas. De esas comedias sacamos modelos extremados que luego nos hacen la vida un camino de abrojos.

—¿Pensáis que el honor nos estorba la vida?

—¡Ay, el honor! —exclamó don Miguel—. ¡Esa pompa de jabón tan delicada con la que hemos de transitar por las inclemencias del mundo, esa pesada cadena que nos entorpece y nos esclaviza! ¿Cabe mayor y más gratuita penitencia que la del honor? ¿Es racional que la reputación de una familia o de una estirpe resida en el virgo de sus mujeres? ¿Cabe mayor desatino que decretar esas prisiones en vida a las que os condenamos a las mujeres considerándoos débiles mentales o directamente pecadoras compulsivas a las que hay que vigilar para que no mancillen el buen nombre de la familia? ¿Cabe mayor pesadumbre que vivir bajo la espada de Damocles de considerar tan flaca y veleidosa a la mujer que cada momento que no tenemos a la esposa o a la hija o a la hermana bajo vigilancia hemos de sospechar que ande dilapidando ese falso tesoro de su integridad? Más libres son mil veces los humildes ganapanes que no curan de honra y así ninguna cosa los afrenta.

—Celebro mucho que lo advirtáis así, don Miguel —contestó doña Dorotea—. Debo decir que ya había notado en vuestros escritos ese beneficio de que las mujeres sean libres y alcancen su propio albedrío sin esa sujeción al hombre que padecemos.

—No solo de las mujeres —objetó don Miguel—. La sujeción de la mujer parece que beneficia al hombre, pero si bien la miráis, perjudica a los dos por igual. A la mujer porque la encarcela en la casa, al hombre porque lo somete a la sujeción del carcelero que ha de estar pendiente de que el preso no escape, lo que sería gran detrimento de su honra. Por eso en mis libros las mujeres escogen libremente marido y buscan por su ingenio de qué valerse en la vida sin ayuda de los hombres. En mi entremés de *El juez de los divorcios*, hay un personaje, Mariana, que habla por mi boca: «En los reinos y en las repúblicas bien ordenadas, había de ser limitado el tiempo de los matrimonios, y de tres años se habían de deshacer, o confirmarse de nuevo, como cosa de arrendamiento, y no que hayan de durar toda la vida, con perpetuo dolor de entrambas partes». A menudo, como hacen otros, pongo en boca de mis personajes mis propias opiniones.

En esto andaban cuando entró doña Andrea a avisar que había llegado una visita para don Miguel, y él se excusó y salió a atenderla dejando a doña Dorotea y Constanza que terminaran de ordenar los libros.

—Ahora entiendo que las mujeres de esta casa seáis libres y no sigáis la común opinión —comentó doña Dorotea.

—Eso nos cuesta andar en boca de todos, como habréis notado —observó Constanza—, pero es el precio que se paga por la manumisión. Desde los tiempos de mi tía abuela María, las Cervantas hemos sido libres para regir nuestras vidas y nuestros gustos, aunque haya sido a fuerza de disgustos.

—¡Gran paradoja es! —dijo doña Dorotea.

—Cuando se gusta de la libertad y de la dignidad que ella trae consigo, no hay sacrificio que parezca desmedido ni afrenta que avergüence. Ellos murmuran y nosotras tenemos lástima de la venda que tienen sobre los ojos y de los grilletes que, sin saberlo, les atan las manos. Huérfanos de caricias y de libres sentimientos, se acomodan a su prisión y viven sin vivir en esas negras amarguras de la honrilla, vigilando la fama de otros que a su vez vigilan la suya, perros del hortelano que no comen ni dejan comer.

Así departían las dos muchachas y contándose muchas menudencias sobre sus vidas descubrieron cuántas coincidencias de parecer y sentimientos las unían en un alma, como si largo tiempo se hubiesen buscado sin encontrarse. De esta manera fue avanzando la tarde sin sentirla y fue declinando la luz hasta que quedaron sumidas en una penumbra que no dejaba bien ver las caras, pero alentaba confidencias. En esta plática, ya a oscuras, prosiguieron la charla más íntima hasta que el crujir de pasos en la escalera, que era de madera, vino a sacarlas del ensimismamiento y doña Constanza, buscando a tientas, encendió una palmatoria, con lo que ya las dos se despidieron hasta otro día, y doña Dorotea regresó a su posada.

15

En el que don Teodoro habla con el paje Francisco Camporredondo sobre algunos extremos tocantes a la muerte de Ezpeleta

Otro día amanecido, doña Dorotea pasó la mañana con mucho solaz en casa de los Cervantes, donde visitó con doña Constanza a su vecina doña Juana Gaitán, viuda del poeta don Pedro Laínez, gran compañero de don Miguel y autor de celebrados versos sobre los engaños y desengaños del amor.

Doña Juana Gaitán convidó a las dos muchachas a su sala del estrado donde, acomodadas en sendos cojines, departieron de mil menudencias y cortesanías de las que la viuda estaba bien enterada. Llegando la conversación a los sucesos que recientemente habían conmocionado la casa, dijo doña Juana:

—Tengo para mí que el alcalde Villarroel sabe bien quién fue el matador de Ezpeleta, pero por ser de las alturas prefiere enturbiar el caso implicándonos a todas. —Bebió un sorbo de limonada y prosiguió—: Lo que me duele especialmente es haberle dado pie a esas sospechas, por infundadas que sean, porque hará tres meses recibí la visita de Ezpeleta.

—¿Estuvo Ezpeleta aquí? —se asombró doña Constanza.

—Sí, hija, pero fue en visita meramente de cumplido, una de tantas que recibí para darme el pésame por la muerte de mi marido.

—¿Él lo conocía? —se interesó doña Dorotea.

—Vagamente —dijo doña Juana—. Mi marido era algo conocido como poeta y muchas personas que apreciaban sus versos y sus escritos vinieron a ofrecerme condolencias. Él, Ezpeleta digo, me vio en la iglesia del Carmen en hábito de viuda, se informó sobre el fallecimiento de mi marido y vino con la disculpa de darme el pésame, aunque ahora entiendo, después de conocer la mala fama de doñeador y galán que arrastraba, que el verdadero motivo de la visita pudo ser por acercarse a mi sobrina Catalina, que conmigo vive, y ver si se aparejaba ocasión de cortejarla.

Dijo también doña Juana ser notorio que el caballero Ezpeleta

andaba mal de dineros, aunque no por ello dejaba de mostrarse con pajes y criados y buenos caballos, todo de prestado porque su amigo, el marqués de Falces, lo socorría. Uno de sus criados, de nombre Francisco Camporredondo, vagaba en la Plaza Mayor con una esportilla al hombro buscando acomodo, y nadie lo quería ajustar porque con este eran dos los amos que se le morían en el mismo año, no fuera a traer mal fario.

En estas y otras conversaciones se fue la mañana, y llegada la hora de almorzar, don Miguel convidaba a doña Dorotea, pero ella, como discreta, por excusar gastos a las Cervantas, dijo que la esperaban en otra parte y se despidió de sus nuevas amigas con muchas muestras de cariño y la promesa de regresar a otro día.

Por la tarde, después de la siesta salió don Teodoro a pasear por la Plaza Mayor, común albergue y hospicio de mendigos y desocupados, y preguntó por el dicho paje Francisco Camporredondo. Se lo señalaron y vio que era un mozo de dieciséis años o poco más que, sentado en su esportilla a la sombra de los soportales, aguardaba quien lo empleara aquel día. Llegándose a él le dijo el caballero:

—¿Tienes amo hoy, muchacho?

—No, señor, que estoy libre como los pájaros —respondió levantándose con buena crianza—. Y digo esto, señor, lo de los pájaros, porque a falta de quehacer llevo el día meditando sobre los Santos Evangelios.

—¿Cómo es eso? —preguntó don Teodoro.

—Aquel pasaje que dice: «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta», y luego pondera que los cristianos somos mucho mejores que ellas. Pues con todo y con eso yo, señor, ni como ni el Señor me alimenta.

Celebró don Teodoro la agudeza del paje y viendo que era despierto y perspicaz no quiso andarse con rodeos que notándosele pudieran estropear su negocio, así que yendo por derecho le dijo:

—Yo te compensaré y te haré bueno el día solo porque me hables de tu difunto amo don Gaspar de Ezpeleta.

—¿Sois su pariente por ventura? —preguntó el muchacho.

—No, pero por mis propios motivos quiero esclarecer su muerte.

—Os advierto que ya lo conté todo a los justicias.

—Y así obraste como hombre de bien. Ahora cuéntame a mí lo que tu amo, que en paz descanse, hizo ese día sin excusar pormenor ni dejarte detalle en el tintero, para que yo me haga mi propia idea del caso.

En eso le sonaron al muchacho las tripas y el caballero, entendiendo que el hambre enturbia el entendimiento, le dijo:

—Llévame a donde puedas comer y pueda yo refrescarme.

—Si vuesa merced gusta —contestó el muchacho—, podemos ir al pupilaje de Manuela García, *la Güevera*, que es mujer con fama de limpia. Allá se hospedan estudiantes de familias respetables y los guisos son de mucha confianza.

—¿Está lejos?

—No, sino a dos calles de aquí, donde la Valseca hace esquina con la Rinconada.

Fueron al pupilaje de la Güevera y apartando la cortinilla de cañas encordadas que cubría la entrada para evitar las moscas y el sol, hallaron una sala capaz con mesas corridas y bancos. A esa hora no había más huésped que un estudiante que sesteaba tendido en un poyo, con su manteo doblado por almohada.

Don Teodoro se acomodó en un banco apartado y aguardó a que Camporredondo tornara de la cocina, lo que hizo con una porción de empanada de cabrito y tocino y un cuartillo de blanco de Rueda.

—Recién horneado —dijo hincándole el diente al hojaldre—. ¡Merced de Dios, que lo ha mandado a vuesa merced para que me saque el vientre de mal año!

—Me huelgo de veros con tan buenas ganas —comentó don Teodoro —. Volviendo a lo de Ezpeleta…

—Sabed que mi amo manducó aquel día carnero y gallina con el marqués de Falces, su amigo, en cuya casa solía almorzar y cenar casi todos los días —explicó el mozo mientras engullía el pastel—. ¿Quién le iba a decir que aquella era su última comida, la del verdugo, como dicen?

—¿Eran muy amigos tu amo y el marqués?

—Señor, si no hubiera sido por la largueza de Falces, que lo amparaba y hasta las camisas le daba, don Gaspar de Ezpeleta no se habría mantenido ni un día en Valladolid, porque bienes de fortuna no tenía ningunos y vivía en la calle de los Manteros, en el pupilaje de Juana Ruiz, que ni siquiera es de los más caros.

—Cuéntame lo que pasó aquel día.

—Pues serían las cuatro o las cinco de la tarde cuando, después de departir largamente con el marqués de Falces, don Gaspar de Ezpeleta marchó a su posada, donde durmió la siesta hasta las seis. A esta hora me llamó, yo estaba en el patio aguardándolo, y regresamos a casa del marqués. Hablaron otra pieza de algún asunto que traían entre manos y, llamándome, me mandó a despachar una libranza de quinientos ducados.

—¿A quién se dirigía la libranza?

—A un Diego Calañas, que vive en la calle de Santiago. A mi parecer es mercader adinerado porque tiene mucho gasto, según veo por la carroza y los caballos que luce, sin tener tienda que se vea ni otro negocio aparente.

Apreció don Teodoro la listura del mozo, que en tales detalles reparaba, y tomando la jarra le llenó el cubilete de vino.

—Prosigue.

—Pues cuando regresé del mandado, me envió a su posada para que le trajera el espadín de noche y el broquel.

—¿Es que pensaba batirse?

—Eso no lo sé, pero cuando salía de noche solía acompañarse de tales armas. Lo que me extrañó es que me diera su ferreruelo y tomara mi capa, que es de bayeta parda, bien pobre y remendada, como si quisiera pasar por otro.

—¿Hacía eso más veces?

—Nunca desde que yo estuve a su servicio. Era muy atildado cuando iba a mujeres.

—¿Qué más pasó?

—Esa fue la última vez que vi a mi amo. Volví a la posada, me eché a dormir y así estuve hasta que un criado del marqués de Falces vino a despertarme con la noticia de que lo habían matado. Fui con los de Falces a la casa de las Cervantas, donde agonizaba, y el alcalde Cristóbal de Villarroel me tomó declaración, en la que conté cuanto os cuento.

—¿Cuál crees que fue la causa de la pendencia?

—Para mí tengo que don Gaspar requebraba a una mujer principal y que de ahí le vino el daño, pues el marido de la señora se ausentaba de Valladolid por negocios y ellos pasaban esas noches juntos en la casa de ella, lo cual sería conocido por los criados del cornudo como era conocido y notorio entre los del propio don Gaspar.

Don Teodoro aún prosiguió la conversación larga pieza y anduvo indagando en detalles que omitimos por no ser cumplideros al meollo de esta historia. Después de buen rato le dio al mozo un real de a cuatro y lo despidió con promesa de buscarlo si tuviera necesidad de un criado en sus días de Valladolid.

16

De la conversación que doña Dorotea mantuvo con doña Juana Ruiz, por la que vino a conocer indicios que sirvieron para el esclarecimiento del caso

Seis de julio, don Miguel y sus hermanas, las Cervantas, junto con las otras mujeres de la casa encerradas en ella por cárcel particular, elevaron una instancia a la autoridad alegando que «en cosa ninguna, como a vuesa señoría es notorio, no tienen culpa, por lo cual suplicaban se les alzase la carcelería soltándolos libremente».

Ese día doña Dorotea salió de su morada muy de mañana y fue a hablar con Juana Ruiz, la patrona en cuya casa vivió en pupilaje el difunto don Gaspar de Ezpeleta.

—¿Vos sois pariente? —le preguntó Juana Ruiz cuando supo la razón de la visita.

—No, señora mía, sino amiga de don Miguel de Cervantes, sobre el que están cayendo las molestias del caso. Soy pesquisidora por encargo de la duquesa de Arjona, que siendo muy aficionada a los escritos de don Miguel quiere sacarlo de sospechas y aclarar el caso. Si ayudáis tengo para mí que la duquesa sabrá recompensaros.

Juana Ruiz asintió con gesto grave, como si ella también entendiera la necesidad de hacer justicia o como si calculara el montante de la recompensa.

Tenía la casa un patio angosto con pozo y emparrado a cuya sombra se sentaron en dos cojines de badana. Dijo doña Juana:

—Cuentan en los mentideros que el matador a lo mejor fue don Miguel por lavar el honor de su hija o de su sobrina, pero yo no lo creo.

—¿También pensáis que don Miguel es inocente? —preguntó doña Dorotea, esperanzada al oír que desagraviaban a su maestro.

—Eso pienso —dijo la calumniadora— porque en esa casa hay poco honor que lavar, ya que, sin faltar a nadie ni entrar en comidillas, las Cervantas notoriamente reciben hombres y de eso viven, como es universalmente sabido. Y don Miguel se acomoda a esa rufianería de muy buena gana. Por otra parte, si fuera de conciencia más estrecha y diera en lavar el honor de aquella casa, tendría que batirse con media

corte y medio Valladolid, lo que no está en sus alcances ni en sus cálculos.

La comadre vertió aún muchos otros infundios sobre las Cervantas que aseguraba ser voz común en la corte, y aun descendió a pormenores que excuso reproducir en este cuento por no salirme de los límites de lo decente. El caso es que doña Dorotea disimuló su incomodidad y la escuchó sin contrariarla por acopiar detalles que pudieran servir a su propósito. Tan solo cuando le pareció que la chismosa había desembuchado su saco de malicias, regresó al tema de Ezpeleta y le preguntó:

—Pues entonces, si don Miguel no es persona de lances honorables, ¿quién creéis que fue el matador del caballero?

La hospedera levantó las manos como si le hubieran preguntado por los hijos del Gran Turco.

—¿Quién puede saberlo? Mire vuesa merced, en los tres meses que vivió en esta casa, don Gaspar persiguió a muchas mujeres, tanto solteras como casadas, y aun a monjas de clausura.

—¿Tantas?

—Tantas son pocas —afirmó la huéspeda—. Yo os puedo certificar que sin contar con las de fuera, bajo este techo conculcó más honras que la soldadesca en el saco de Roma. ¡Si una hablara! Un día, hará un mes poco más o menos, se presentó aquí una mujer tapada a la que acompañaban dos criadas también tapadas y preguntó por el aposento de don Gaspar y si estaba en él. Le dije que se hallaba ausente porque había ido de caza a una finca del marqués de Falces, y ella me rogó que le enseñara dónde mi huésped dormía. Bueno, me dio un real de a ocho y con eso me movió a satisfacerla, puesto que por hacerle ver el cuarto mi huésped no perdía nada. En ello estábamos cuando al ver la cama se me echó a llorar y comenzó a decir: «¡Oh, aposento de mis deshonras y de mis desventuras! ¡Oh, traidor, qué mal pago me has dado! ¡Vive Dios que me lo tienes de pagar, aunque sea de aquí a cien años, y que me tengo de vengar de ti!».

—¿Eso dijo? —preguntó doña Dorotea, esperanzada de dar con el cabo por el que desenredaría el ovillo.

—Con esas mismas palabras —afirmó la huéspeda—. A todo esto, seguía llorando con muestras de mucho dolor y compunción y profería grandes suspiros. Yo le dije: «Señora, no tome pesadumbre; dígame quién es, que yo le prometo, como mujer honrada, que si algo puedo remediar, lo he de hacer». Porfié para que me contara la causa de su aflicción por si en mi mano estuviera remediarla, y ella se serenó un poco y se avino a contarme que su burlador, don Gaspar, le había tomado en prendas de amor dos sortijas de oro, una de diamantes y la otra con esmeraldas, las cuales sortijas le pedía su marido que se las mostrase porque andaba en sospechas de que las tenía un enamorado,

y como ella no se las mostraba le daba mala vida y la amenazaba de muerte. Decía entre hipidos la señora que se había de vengar del burlador y otros mil desaciertos de persona muy herida y fuera de juicio.

—¿Y tenéis sospecha de quién podía ser? —preguntó doña Dorotea.

—No sospecha, sino certeza, porque ella misma apartando la toca se manifestó y me lo dijo: era Inés Hernández, la mujer del escribano don Melchor Galván que tiene oficio junto a San Salvador, a la que muchas veces he visto pasear en carroza por el Prado y otras a pie en los comercios de la Plaza Mayor, curioseando mercaderías y probándose cuantos regalos hay de tocas, brinquiños, paños finos, adobos de diversos olores, mercería y otros ornatos. Es persona tal que solo vive para acicalarse y darse caprichos, y con polvos de albayalde y cuatro puntadas de aguja se hace señora encopetada como si no supiésemos que hasta ayer fue pellejo de la mancebía de Segovia y la más arrastrada de aquel berreadero.

—Pues ¿qué fue de los anillos? —inquirió doña Dorotea.

—A otro día, ya don Gaspar en casa, vinieron a verlo dos frailes franciscanos y estuvieron departiendo con él largo rato y al cabo él les dio las dos sortijas que le pedían.

—¿Cómo sabéis todo eso? —preguntó doña Dorotea.

—¡Ay, señora! ¿Cómo lo he de saber? Porque todo lo estuve oyendo y viendo por el ojo de la cerradura. Así que los frailes se fueron con las sortijas a remediar a la escribana y yo ya no supe más en qué paró el negocio hasta el mismo día en que murió Ezpeleta.

—¿Pues qué paso ese día? —quiso saber doña Dorotea.

—Que se me presentaron de nuevo la dicha mujer del escribano Galván y las dos criadas, las tres tapadas, y con más extremos de consternación que la otra vez me suplicó con promesa de grandes recompensas que le buscara entre las cosas de don Gaspar las dichas sortijas de diamantes y esmeraldas.

—¿Cómo? —exclamó doña Dorotea—. ¿Es que nuevamente se las había entregado?

La huéspeda afirmó solemnemente, entrecerrados los ojos.

—Ya lo veis, señora. Así de tontas nos volvemos las mujeres cuando bebemos los vientos por un hombre. También es verdad que él se lo ganaba de sus sudores, porque la doña Inés y el galán yogaban hasta tres y cuatro veces en cada encuentro, y solventado el negocio, ella quedaba como si la hubiesen tomado jenízaros turcos, sudorosa, despeinada, cocida en sus jugos, jadeante y muy cumplida, y él de la misma guisa, hecho un Sansón rapado, tan sin fuerzas para levantar la tizona que, ida ella, aún había de guardar cama otro buen rato, restituyéndose con vino y picatostes.

—Excusad pormenores, os lo ruego —pidió doña Dorotea.

—No son pormenores, señora —se excusó la huéspeda—. Antes que el celoso escribano echara en falta las sortijas vino a sospechar que su santa esposa tenía algún enredo por ciertos cárdenos indicios de entusiasmo garañón, de los que comúnmente se cobran en campos de pluma.

—No os entiendo —dijo doña Dorotea.

—Digo, señora, que a menudo le encontraba acardenalados los muslos y los brazos, amén de mordiscos en el pescuezo que él no recordaba habérselos dado nunca ni las medidas de los dientes señalados eran las suyas.

—¿Y hallasteis las sortijas?

—No, señora, pero luego vine a saber, cuando el alcalde Villarroel me interrogó, que él mismo las había hallado en una bolsilla que encontraron al registrar al muerto, así que finalmente la Galvana recuperó sus prendas, aunque no sé si el marido la habrá molido a palos.

Poco más hablaron y nada de sustancia que ayudara a esclarecer quién pudo matar a don Gaspar de Ezpeleta. Doña Dorotea se despidió de la huéspeda y tornó al palacio de los duques de Arjona, donde departió largamente con la duquesa.

—¡Ay, amiga! —le dijo—. Tantos cabos tiene el asunto que no sé cómo desenredar la madeja. El difunto Ezpeleta tenía por amante a la mujer del escribano Melchor Galván, lo que pudiera indicar que la muerte le vino de ese lado.

—Mucho lo dudo —contestó la duquesa—. Si la muerte le sobrevino por ese negocio, no sería por la mano de Galván, que es hombre de pluma, pálido y rasurado, blando de gestos, más gusano que persona, como quien nunca sale de su covacha y se alimenta solamente de papel de tasa y tintahollín y no sabe de armas.

—¿Insinuáis que se valió de tercera persona?

—No insinúo. Lo afirmo con la misma certeza que tengo en que tras la muerte nos aguarda el Juicio Final y el Purgatorio si antes no media la misericordia divina. El que ultimó a Ezpeleta hubo de ser algún valentón de los que alquilan la espada y matan de encargo.

17

De las razones que hubo entre doña Dorotea y doña Andrea sobre la mujer del escribano Galván

–¿La Galvana? —dijo doña Andrea de Cervantes—. Bien la conozco. Es una mosquita muerta que por ser mujer del escribano iba antes muy encopetada, en carroza de tiro y mirando desde las alturas a las comunes como nosotras, pero desde que se pregonó en el catálogo del persa ha dado en hacerse la santa, que no parece sino que va a sentar plaza de beata en San Salvador.

—¿Qué es eso del catálogo del persa? —preguntó doña Dorotea.

—¡Ay, hija, no lo sabes porque hace poco que has llegado a la corte! Pues hará un mes o así mataron al embajador don Juan de Persia, lo que fue un gran escándalo, como puedes figurarte.

—No sabía que hubiera un embajador de Persia en la corte de Su Majestad —se admiró doña Dorotea.

—Sí, hija, porque al ser Persia lindera con el turco por la otra parte, su rey, al que en su lengua llaman «el sha», ha amistado con el nuestro para combatir a esos mahometanos enemigos del género humano. Pues bien, como digo, al embajador lo mató un primo suyo, Juan de Persia, también persona muy principal, en el calor de una discusión. Esta muerte fue muy sentida en la corte porque el embajador estaba a punto de convertirse al catolicismo y hacía reverencia a las imágenes de santos que veía por la calle y era muy enamorado y bien vestido, siempre al estilo de su tierra, con lujo de telas y joyas. La vergüenza fue que al no ser cristiano todavía no pudo enterrarse en sagrado y así lo llevaron por las calles al barranco de los ahorcados, como llaman al balate donde se arrojan los desperdicios de la ciudad, en un carro del mercado, entre los cestos, sin dignidad ninguna, con más de doscientos chiquillos detrás destapándolo y gritando pesias a Mahoma. Llegados al barranco medio lo sepultaron dejando el cadáver tan somero que los perros lo desenterraron y le comieron las piernas, negligencia que a todos nos pareció lastimosa e impropia de cristianos si no fuera porque, al registrar la justicia sus enseres, se halló un libro de ítem donde anotaba los nombres y señales de las mujeres que había poseído desde que llegó a la corte, que eran más de ciento treinta.

—¿Qué me decís? —se admiró doña Dorotea—. ¿Un catálogo de mujeres gozadas? ¿Cabe mayor desvergüenza?

—Pues sí, amiga mía, el buen señor anotaba sus conquistas con pelos y señales: día tal de tal mes gocé a la señora fulana esposa de mengano por tantos dineros y se lo hice en tales posturas, y ella tiene buenas pantorrillas y tal señal en la teta derecha y venía vestida de tales prendas y debajo de tales medias y me dijo así o me hizo esto y lo otro. Todo contado con pelos y señales y tan a las claras que haría sonrojarse a la pelleja más perdida de la mancebía.

—Y en ese libro venía la mujer del escribano Galván —dedujo doña Dorotea.

Doña Andrea asintió.

—Eso es, hija. El libro se lo llevaron al rey y él lo estuvo hojeando por encima en presencia de fray Diego Mardones, su confesor, y hasta se santiguó un par de veces de las enormidades que leía. Al final dispuso que se quemara, pero ya para entonces había pasado por algunas manos o por muchas y algunos le habían hecho copias y en las copias de las copias algunos malintencionados habían metido a mujeres que no estaban en el libro original, de manera que hinchando el censo muy pronto calculo yo que quedarán por putas cuantas mujeres hay en la corte.

—Ved en qué dañosa sociedad vivimos —reflexionó doña Dorotea —. Con razón dice don Miguel que es una cesta de manzanas podridas.

—Lo que yo os puedo certificar es que vi una copia del libro, de las primeras que se hicieron —prosiguió doña Andrea—, y que en ella figuraba doña Inés Hernández, la mujer del escribano don Melchor Galván, y traía por señas ser muy velluda de sus partes y crecerle los pezones en la excitación del acto hasta semejar aceitunas gordales. Quiero con esto deciros que la tal Inés está muy pregonada en la corte y, aunque ahora parece más acogida a la religión y devota de muchas novenas, tengo para mí que se entregara también a don Gaspar de Ezpeleta como lo hizo con muchos otros. Lo que ignoro es si, como sospecháis, el escribano pudo pagar a un matador para que asesinara a Ezpeleta, porque de llevar sus celos a ese extremo tendría que pagar para matar a la mitad de los galanes de esta corte.

18

Del coloquio que mantuvo don Teodoro con el escribano Galván y otros extremos tocantes a esta verdadera historia

Doña Dorotea se volvió a su morada, y vistiendo las galas de don Teodoro, espada al cinto y sombrero con cintilla y pluma, se encaminó a la oficina del escribano Galván, en la que un secretario le confirmó que el funcionario había salido para atender un testamento en la calle del Oso. Fuese allí don Teodoro y vio una mula de mucho porte atada a la puerta de una casa principal, por lo que conoció que allí estaría Galván. Llegando a la casa vio salir a un hidalgo que vestía jubón de gamuza pespuntado de seda azul, cuello de Cambray y zapatos de Flandes con hebillas de plata, lo que le pareció hábito de escribano, con lo que yéndose a él le dijo:

—Señor don Melchor, os suplico que me permitáis hablar en privado un momento con vuesa merced.

Miró el escribano al joven caballero tasando su calidad por las ropas que vestía y pensando que podía traerle ganancia le dijo:

—Estoy a la disposición de vuesa merced, joven caballero. Mandaré a mi paje delante con la mula y si os place daremos un paseo hasta el Salvador, donde tengo el oficio.

—Que me place —respondió don Teodoro.

Echaron a andar calle adelante esquivando boñigas y desperdicios y el muchacho le decía estas razones:

—Sabed que me llamo don Teodoro de Anuso, de una familia hidalga de Sevilla, emparentada con la duquesa de Arjona. He venido a veros porque importa mucho a cierta causa mía esclarecer la muerte de don Gaspar de Ezpeleta.

El escribano Galván se detuvo en seco y, dominando malamente su enfado, dijo:

—Habéis equivocado el hombre. ¿Qué tengo yo que ver en ese suceso?

—Vos por vuestra profesión conocéis que nada ennoblece más al hombre que lavar su honor con sangre si fuera menester, pero también recompensar al que lo merece —contestó don Teodoro sin inmutarse

—. Vos, al lavar vuestro honor, os habéis adelantado a mí, que venía comisionado por mi padre para lavar el de mi casa. Dejadme deciros, os lo ruego, que el dicho Ezpeleta antes de venir a la corte había deshonrado a una hermana mía en Sevilla y a una sobrina de mi propio linaje en Córdoba, amén de huir con una criada doncella a la que abandonó en Jaén.

Pareció que el escribano se apaciguaba algo con la noticia, de manera que dijo:

—Tal parece que el maldito Ezpeleta iba dejando en su camino honras escindidas como el caracol deja la baba.

Asintió don Teodoro con la gravedad que hacía al caso antes de proseguir:

—Yo traía recado de mi padre y de otros venerables varones de mi familia de hallar quien mandara al infierno a ese desalmado y, al llegar a la corte, me encuentro con que alguien se me adelantó. He hecho indagaciones y por razonables sospechas de que sea vuesa merced me he atrevido a dirigirme a vos por ser persona honorable.

El escribano miró si alguien venía tras ellos que pudiera oírlos y, hallándose a salvo de indiscretas orejas, dijo:

—Sabed que la cornamenta es recia cosa que no se puede llevar con paciencia —afirmó bajando la voz—. Por eso yo hice un libramiento de cincuenta ducados para quien acuchilló al bellaco. Os lo comunico en confianza, para que vayáis en paz y vengado, pero ante cualquiera otro lo negaré.

—Yo traía algunos escudos para pagar a quien nos cumpliera el designio.

Galván aguzó las orejas al conocer que había ducados de por medio.

—Quien lo hizo ya está bien pagado —dijo—, pero si queréis recompensar a quien lo mandó hacer dadme esos escudos a mí que yo se los haré llegar.

—Entenderéis que quiera asegurarme —objetó don Teodoro.

—Y vos entenderéis que yo me asegure también de lo que bajo el secreto de mi oficio se me confió —se encrespó el escribano, al ver evaporarse la ganancia—. Y con esto dejemos estar el negocio, que ya hemos hablado bastante. Id con Dios y no importunéis más.

Así dijo el escribano no sin cierta ira y, apartándose de don Teodoro, prosiguió su camino dejándolo con la palabra en la boca.

Estaban ya en la costanilla de la Galera, frente a San Salvador, donde Galván tenía su oficina. Había allí, a la sombra del alero de la casa de Postas, un bodegón de puntapié que vendía sopa de ajos y menudillos guisados con habas y cebollas hervidas. Pidió don Teodoro una taza de sopa y mientras sorbía de ella, mirando al otro lado de la plaza, vio salir con prisa al criado del escribano Galván que antes le había llevado el mulo. Don Teodoro llamó a uno de los pilluelos que

en la plaza entretenían el hambre jugando al pañuelo y le dijo:
—¿Quieres ganarte una blanca?
—Natural, señor. Y por un maravedí me tiraría de cabeza a un pozo —contestó el muchacho.
—¿Cómo te llamas?
—Pedro del Rincón, señor.
—Muy bien, Pedro, a ver si eres bien mandado. ¿Ves aquel hombre que toma por la calle frontera?
—Lo veo, señor.
—Pues tan solo has de seguirlo y ver dónde va, con quién habla y qué hace, y cuando lo sepas vienes a comunicármelo a la iglesia de San Lorenzo a la hora nona, cuando las campanas toquen a Misericordia, donde me encontrarás paseando por el claustro.
A la hora dicha apareció Rincón por el claustro a dar la novedad a don Teodoro.
—Señor, el hombre que me dijiste se fue derechamente al sitio de las Tenerías, bajo el Espolón Viejo, a una casilla baja con el tejado medio hundido donde llamó, le abrieron la puerta, entró y estaría dentro el espacio de como un padrenuestro. Luego salió y se fue arroyo abajo a donde la Blanquilla, y allá estuvo algo más, como tres o cuatro credos, y en despachándose salió y volvió a donde el escribano Galván.
—¿Tú conoces los sitios donde estuvo?
—¿No los he de conocer si me he criado aquí, más en la calle que bajo techo? En el primero vive la Verendena con su Melchor Malla y el otro es un berreadero del barato donde por medio real puede desbarrigar vuesa merced con una coima.
—¿Y esa Verendena quién es?
—Es una mujer vistosa que el dicho Malla quitó del oficio para que lo atienda y sirva en cuanto una mujer puede servir a un hombre.
—¿Y Malla?
—Bien se ve, señor, que sois forastero. Melchor Malla vive de ser valiente, mata toros cuando hay corridas y cuando no, mata otras criaturas, o las señala o las escarmienta, aunque él dirá que es tratante de puercos y capador de cochinos, como dicen que era su padre.
—Has hecho bien tu mandado —dijo don Teodoro—. Aquí tienes tu blanca, pero en ese mismo precio entra que me cumplas otro encargo.
—Lo que sea —respondió Rincón.
—¿Conoces a ese tal Chiquiznaque que anda por las plazas?
—Sí, señor, esta misma mañana lo vi ayudando a bajar de un carro a unas dueñas.
—Lo buscas y le dices que don Teodoro quiere hablar con él.
—Eso está hecho.

19

De la conversación que don Teodoro mantuvo con el rufián Chiquiznaque, de la que derivaron enseñanzas útiles para el esclarecimiento del caso

Chiquiznaque, que había estado esperando en la plaza, a un trecho de la iglesia de San Lorenzo, aguardó a que don Teodoro se despidiera de la duquesa de Arjona y de otras damas respetables antes de acercársele.

—¡Voto a Belcebú y a los muertos pisoteados de Melanchón y a las carnes de los leones de Ocaña! —dijo a guisa de saludo—. Veo, señor don Teodoro, que amistáis con lo más alto, y me huelgo en ello. La duquesa de Arjona, además de su grandeza y hermosura personal que están a la vista, tiene por lo que dicen otras gracias. En su palacio se dice que hay cofres de perlas y no sé cuántas otras riquezas, y yo, sin desear, como buen cristiano, los bienes ajenos, me huelgo de tener tan buen amigo de un amigo suyo. ¿Qué negocio era ese para el que me habíais citado?

Pensó don Teodoro que a las luces del día su salvador ratificaba con su aspecto la fiereza que le había demostrado la víspera. Desembarazado de la capa, que por los calores llevaba a la espalda colgando de un cordón, el bravo se cubría el torso con su deslucido coleto de piel de búfalo. A un costado, pendiente de ancho tahalí, cargaba la espada ropera, un poco más larga de la norma, con gavilanes tan largos que parecía que iban a echar a volar, y dos conchas como para peregrinar a Santiago. Al otro costado, no menos fiera, llevaba una daga de vela, ancha como tres dedos, y colgando a su lado un broquel que, a juzgar por las uñadas de las que iba sobrescrito, había detenido más de una puñalada. No entusiasmó a don Teodoro que lo vieran en aquella compañía en medio de la plaza, de manera que dijo:

—Amigo mío, ¿no habrá por aquí un figón donde sirvan un vino pasable?

—Lo hay muy bueno en el bodegón de la Raspa —dijo Chiquiznaque mostrando entusiasmo—. ¡Tan cierto como falsos son los milagros de Mahoma y como que yo traigo el gaznate seco como

estopa y preciso refrescármelo con un azumbre de vino!

Fueron donde Chiquiznaque proponía, para lo cual hubieron de pasar por el berreadero de la ciudad, en lo que gastaron algún tiempo, pues Chiquiznaque se paraba a cada paso a saludar a rufianes y coimas que a sus puertas esperaban ocupación, de las cuales unas charlaban y otras se despiojaban a la sombra de los toldos que protegían del mucho sol.

—¿Y ese mocito, no querrá algún trato con servidora? —preguntaba una viendo tan compuesto a don Teodoro.

—¿El caballero precisa que le cambie el agua al canario? —decía otra.

Llegaron por fin al bodegón y don Teodoro halló un local espacioso aunque un poco oscuro. Sobre toscas mesas de pino de ocho plazas, ya ennegrecidas por los numerosos viñedos que habían perecido sobre ellas, muchos tratantes en grano y garbanzos se desayunaban con aguardiente y torreznos, hablando a voces y emitiendo grandes risotadas, con asaz molestia de vecinos, como se estila en estos reinos.

Tomaron asiento los recién llegados y como tardara en atenderlos el bodegonero no más que el tiempo de santiguarse, Chiquiznaque dio grandes palmadas y alborotó el patio sobre si se ha de sufrir esta infamia ¡por la soga de Judas y la perdición del bujarrón don Opas!, a ver dónde, ¡por siete santos!, se mete el puto mesonero, ¡por los cojones de Satanás que el arcángel cercena!, ¿dónde se mete el mesonero al que San Dios confunda?, que no soy hombre de sufrir que una sabandija me haga esperar por lo que de mi dinero pago.

Llegó pues el mesonero, apurado, saltando por encima de las mesas, y Chiquiznaque mirándolo severo dijo:

—¿Dónde te metes, truhán? Ya nos estás trayendo una jarra de vino pagano, sin bautizar, y un plato de torreznillos curruscantes, y ahora ándate más ligero.

Trajo el mesonero lo que pedían, sirvió don Teodoro los cubiletes y después de que Chiquiznaque se refrescara la garganta vaciando el suyo un par de veces con mucho chasqueo de lengua, farfulló algo sobre que venía sequito porque se había desayunado arenques en sal, se escanció otro cubilete y lo bebió hasta la mitad, tras de lo cual, después de limpiarse los bigotes con el revés de la manga, eructó con la mayor gentileza que supo y, echando un ojo amable a su anfitrión, dijo:

—Su excelencia dirá el recado que trae, que debe ser muy importante para sacarme tan temprano de mis negocios y ocupaciones.

Contestó don Teodoro:

—Tengo para mí que Dios nuestro señor os puso en mi camino de manera que me salvasteis la vida, por lo que antes que nada quisiera reiterar mi agradecimiento.

—¡Bien puede decirlo vuesa merced, por los cojones cagados de san Pedro! —respondió Chiquiznaque—, que de no haber mediado yo a estas horas andaríais en el resquiescatinpace. Eso dicho, he de reconocer que también a vos os puso algún santo en mi camino, que andaba muy necesitado de dineros y me habéis repuesto la bolsa de un mal año, así que bien le podéis poner una vela a san Dimas por la doble caridad que nos hizo.

—Es el caso —prosiguió don Teodoro— que una persona principal me ha encomendado la averiguación de la muerte de don Gaspar de Ezpeleta, el hidalgo que fue muerto el otro día en el Rastro de los Carneros. Hasta la presente tengo casi averiguado que el que pagó por la muerte fue el escribano Melchor Galván por un asuntillo de cuernos que don Gaspar tenía con su mujer.

—Algo tengo oído de eso.

—¿Cornudo es?

Chiquiznaque entornó los párpados, asintiendo gravemente.

—Más cuernos tiene que el almacén del matadero.

—Y ¿sabéis quién fue el matador que el escribano pagó para que le hiciera el trabajo?

—De cierto que no fui yo —se exculpó Chiquiznaque—. Yo no le hubiera dejado dos sortijas y no sé cuantas más preseas que le encontraron en la ropa, según han referido los corchetes que atendieron el caso.

—Algo habréis oído en los mentideros… —dijo don Teodoro.

—De quién fue no se sabe sino que hizo su trabajo con mucha conciencia, pues echarle el mondongo al aire de una cuchillada era *requiescat in pace* de necesidad.

—Yo tengo ciertas sospechas de que fuera un tal Melchor Malla que dicen que trata en puercos y otras cosas —repuso don Teodoro.

—Más otras cosas que puercos, señor.

—Mirad de preguntar a gente perita y si me lo confirmáis, sabed que os corresponderé con la debida generosidad.

—Empezaré por preguntarle al mismo Malla, que por ser compadre me dará buena razón de ese negocio —dijo Chiquiznaque—. Pero antes habremos de averiguar por dónde anda, si es que no está recogido en alguna iglesia a resguardo de la justicia. Venid conmigo y lo sabremos.

Con esto bajaron la calle Cuadra, donde estaban, y llegando a la Plazuela de los Leones aporreó Chiquiznaque la puerta de una casilla mezquina de las que allí se tienen.

—Hay que esperar un poco porque la Ronquilla está floja de remos y ha de venir del corral donde tiene los hornillos.

Sonaron cerrojos descorriéndose y trancas levantándose, se abrió la puerta no más de un palmo y en el hueco apareció una vieja

desdentada.

—¿Cómo está la madre Ronquilla? —le preguntó Chiquiznaque.

La vieja terminó de abrir la puerta viendo que el demandante era persona de su confianza.

—¡Ay, hijo, ya lo ves, aquí haciendo por la vida mientras rezo mis oraciones por la prosperidad de mis asuntos y los ajenos! —Miró a don Teodoro y añadió—: ¿Y este mancebo tan guapo que me traes? ¿Es nuevo? ¿Le echo la buenaventura a vuesa merced, señor hidalgo?

—Otro día, madre, que hoy vamos con prisa —dijo Chiquiznaque—. Lo que quiero saber es por dónde anda vuestro ahijado, Malla, mi compadre y amigo.

Titubeaba la vieja como si le costara recordar y miraba la faltriquera de don Teodoro, por lo que el avisado caballero notó que había que refrescarle la memoria. Le dio una blanca que traía prevenida en la mano y la vieja besó la moneda y se santiguó con ella antes de embolsársela debajo de las sayas.

—¡Dios te lo pague, hijo, y te alargue la caridad para otra vez! ¿Malla, decís? Ahora está evacuando consultas con cierto esquilador de mulos, pero esta noche irá al tugurio de Osoro si Dios, en cuyas manos estamos, no es servido de disponer otra cosa.

Agradeció Chiquiznaque la información y regresó con don Teodoro a la plaza.

—Esta vieja es la Ronquilla, con la que si piensa vuesa merced permanecer un tiempo en la corte será menester que esté a bien por los señalados servicios que puede hacerle —le iba diciendo—. Sepa vuesa merced que es partera, buhonera, depiladora y recovera en cuyos oficios entra y sale de las mejores casas y palacios de la ciudad, pues a todas la llaman, aquí para una receta de dulces, allá para que lleve reliquia a una parturienta que se le presenta malo, acullá para que alivie con una oración secreta el dolor de muelas del alcalde. Si alguna vez os echáis al amor y la afortunada es casada o doncella resistida, sabed que la Ronquilla es la gran cobijadora de apaños y maestra certificada en tercerías, que en siendo menester convencer a una dama no hay virtud tan berroqueña que su paciente batería no venza. Ella la visitará bajo pretexto de servirla y le irá socavando la virtud con buenas y delgadas razones hasta que la ingrata solo vea por sus ojos y se os abra de extremidades como un compás descompuesto. La Ronquilla es tan persuasiva que puede pintar en el más abominable de los hombres tales prendas y excelencias que la dama pretendida andará perdida con trasudores en el belfo y el abajo encharcado de jugos anhelando el momento de despatarrársele debajo de la collera y dejarse barrenar el almirez con el metisaca, no sé si captáis las metáforas.

—¡Las capto, las capto! —se apresuró a decir don Teodoro

disimulando el sonrojo que en su verdadera femenil naturaleza sentía.

Con esto alcanzaron la plaza, se despidieron y fue cada cual a atender sus asuntos.

Llegó la noche, amparo de todos los vicios y miserias, y Chiquiznaque partió de su humilde morada con aquel noble continente y aquellos andares hidalgos con que sabía pasear. Desatendiendo las solicitudes de las busconas, que a aquella hora salían a echar las redes, fuese derechamente a la casa de conversación del garitero Osoro Muñoz (el mismo que andando el tiempo quemarían por bujarrón) en la calle Quebrada de Santa Clara, donde se reúnen y hacen sociedad los cofrades de la hermandad de los murcios. Estaba la calle desierta y silenciada si no fuera porque en la esquina pedía un ciego, el más andrajoso que cristianos vieran, con un platillo de peltre, pregonando la salmodia de su desgracia. Aunque tenía los ojos nublos y muertos, reconoció al punto a Chiquiznaque y le dio razón de que Malla estaba en casa.

Llamó el valentón con los nudillos al postiguillo del portón y al punto le abrió un cofrade que oficiaba de portero, el cual, conociendo quién era, lo saludó con mucho cumplimiento y cortesía. Entró el bravo como a su casa y atravesando el espacioso zaguán empedrado salió a un patinillo donde una mujeruca abrujada despabilaba un hornillo abanicándolo con su panera de esparto.

—¿Qué decís, tía Remedios? —la saludó el valentón.

—¡Ay, hijo! Aquí me tienes encendiendo el anafe para freír unas morcillas que me han pedido? ¿Querrás tú alguna?

—¿De perro son o de difunto? —inquirió Chiquiznaque con sorna.

—¡Son del puto de tu padre! —replicó la vieja, enfadada.

Chiquiznaque rio y pasó adelante por una crujía llena de albardas, muebles, jubones, espadas, zapatos y otros varios efectos dejados en prenda por jugadores desplumados, de la que pasó a un patio grande con columnas todo alrededor y buenos aposentos tejados, en el cual halló algunas mesas donde hasta cuarenta cristianos de toda condición jugaban al ganapierde o maribulla y a las vueltas del naipe. Con los dados resonaban recios juramentos. De vez en cuando un perdedor echaba dos reniegos, arrojaba sobre la mesa las estampas y se levantaba farfullando que algún mirón lo aojó y le inficionó la dicha.

Allí estaba Melchor Malla jugando a polla y cientos con otros tres compadres, la jaquetona Verendena sentada en su regazo.

—Compadre Malla, cuando os desocupéis quisiera hablaros de un asunto que pudiera ser de vuestra incumbencia —le dijo Chiquiznaque guiñando un ojo para significar que era importante.

Malla recogió el puñado de reales de a cuatro y de a ocho que tenía delante y le propinó a su coima una palmada en el postrero para que levantara el vuelo. Hizo ella un mohín y se fue al fondo de la estancia

donde otras pocas de su condición bailaban la zarabanda, ese baile endiablado con meneos tan torpes y tal bamboleo de tetas y mareo de caderas que perdería en el infierno al casto José si acaeciese vivir en estos tiempos. Con esto el bravo dio barato al pobrete que le tenía la capa y abandonando el garito salió con Chiquiznaque a tomar el fresco y a olfatear pestilencias a la ribera del arroyo.

—Decidme, compadre, ¿qué asunto es ese acucioso que nos distrae de nuestras honestas devociones? —dijo Malla.

—Yendo al grano, compadre: anda por la corte un pisaverde amujerado, para mí que marica, don Teodoro de Anuso se hace llamar, cuyo único negocio parece ser averiguar la muerte de Ezpeleta, aquel hidalgo que apiolaron en el Rastro de los Carneros, y me ha encomendado que averigüe si fuisteis vos por encargo del escribano Galván.

—¿Cuánto paga por saberlo? —inquirió Malla.

—No hemos puesto tarifa, solo quiere saberlo.

—¡Por los cuernos de Belcebú, malos y revueltos tiempos vivimos! —reflexionó Malla—. Así que el cornudo de Galván me encomienda mucho que le guarde el secreto, yo le digo que eso va en nuestro oficio, que no ha menester advertirlo, y luego el cuitado lo va pregonando por ahí para que los justicias me lo apunten en la cuenta de mis milagros. Claro, a él, por ser quién es, no le van a aplicar la soga. ¡Cuerpo de Dios!

—Luego fuisteis vos —dedujo Chiquiznaque.

—No por cierto, compadre y hermano. A vos os confesaré la verdad por el aprecio que os tengo y porque sé que sabréis callarla. El escribano cornudo vino a mí, en efecto, con el consabido achaque de que él se bastaría para ultimar a su ofensor en justo duelo con sus propias manos, que saben bien hacerlo y les sobra arrojo, eso decía el pobrete, pero que teniendo la contra de que Ezpeleta tenía influencias en lo más alto prefería disimular la venganza y que no pareciera que venía de él, con tal de que su honra mancillada se lavara en sangre. Dijo también que bien podría encargar el trabajo a sus criados si no fuera por los entorpecimientos, quebrantos y molestias de alguaciles y Audiencia y justicias reales, Dios los confunda, que se suelen seguir de tales actos.

—O sea, que os lo encomendó —concluyó Chiquiznaque.

—¡Por las almorranas del falso profeta, sí! —reconoció Malla—. Recibí el encargo, y los treinta escudos contantes me los embolsé, pero os diré, en la confianza y hermandad que tenemos y porque os quiero bien, que en el momento en que me estaba cargando de hierros para ir en busca del galán vino un compadre a decirme que ya otro se me había adelantado y lo había apiolado en el Rastro de los Carneros.

—¿Pues qué hicisteis en ese dilema?

—¿Qué iba a hacer? Dejé pasar la noche y a otro día de mañana fui donde el cornudo Galván a que me diera el resto de las albricias, por eso cree que fui yo el matador, pero la verdad es que en esa muerte no tuve más parte que la abadesa del convento de las Descalzas Reales.

En el garito parece que el tiempo no pasa, afuera vuela y el globo gira y va sangrando el día y adentrándolo en las jurisdicciones de la noche. Los dos compadres conversaron un rato más sobre los respectivos negocios, quejándose coincidentes de las vacas flacas que habían sobrevenido después de las abundancias pasadas, cuando los festejos del nacimiento del príncipe y la venida de los ingleses, y después se despidieron con la ceremonia y respetos que se suelen observar entre rufianes.

Retornando a su posada por calles y pasos oscuros donde no se topara con la guardia de los alguaciles, Chiquiznaque meditaba en los misterios de la vida. Como en ronda de naipe —se decía— la suerte de unos se fundamenta en la desgracia de otros y la hartura del que gana en la miseria del que pierde. Con estas altas filosofías, y dos libras de cochino frito y tres cuartillos de vino que despachó en uno de los bodegones que le cogían de camino, se retrajo a dormir.

20

De la conversación que hubo entre Chiquiznaque y don Teodoro con otros sucesos no menos ciertos desta historia

En esta jornada que contamos no sucedió otra cosa digna de recordación. Otro día de mañana Chiquiznaque fue a donde don Teodoro moraba, el cual, cuidando que no los vieran en la calle y no fiándose de meterlo en casa, le dijo que fuera al pupilaje de la Güevera y pidiera una empanada o cualquier otra cosa, que él iría después en cuanto rematara cierto negocio.

Eso hizo Chiquiznaque, y al cabo del rato entró don Teodoro donde la Güevera y encontró al bravo engullendo una pastela de carne con mucha pimienta y un cuenco de torreznillos recién fritos, con sus pelillos sutiles en la corteza.

—Ya os hice el mandado —dijo Chiquiznaque enseñando al hablar lo que estaba masticando—. Habéis de saber que Malla no fue.

—Tengo motivos para sospechar que sí fue —adujo don Teodoro.

Chiquiznaque negó con la cabeza mientras tragaba el bolo que, como le bajara con dificultad, empujó con un buen trago de vino tomado directamente de la jarra.

—Lo que vos sabéis de cierto es que el escribano Galván le pagó por apiolar a Ezpeleta, pero cuando mi compadre acudió a cumplirlo, otro se le había adelantado.

—¿Quién?

—Eso no lo sabe porque el suceso fue de noche y él trabaja mejor por la mañana, con las luces que el Señor nos alumbra —explicó Chiquiznaque echándose a la boca dos magrillas fritas, con su cortecilla cuscurrante.

Quedó don Teodoro en suspenso sin saber qué decir, repasando en sus mientes los pormenores del caso por si se le había escapado algo. Finalmente reparó en un detalle que podría esclarecer el misterio.

—Tengo averiguado que el que lo despenó era de talle mediano, carirredondo, la barba rala y rubia —dijo—. Y debió ser muy diestro con la espada puesto que lo despachó en un santiamén.

El bravo vació otro cubilete de aguardiente, se echó un par de

torreznillos a la boca, los masticó con sus dientes grandes y amarillos sin cuidar mucho de cerrarla y quedando un punto pensativo dijo al cabo:

—Por las señas que me dais, ¡pardiez!, pudiera ser don Muzio Malatesta, el maestro de esgrima que tiene abierta academia en San Leandro. Lo de la barba rala y rubia le cuadra como cirio pascual en coño de abadesa.

—¿Lo conocéis? —inquirió don Teodoro.

—¿No lo he de conocer a ese pavo presumido? —respondió el valentón—. Vino hace cosa de diez años de Génova, en la guardia del embajador Soranzo, pero se aficionó a Madrid, confusión y regocijo de las Españas, y estableció academia de espada y florete para enseñar esa esgrima que llaman «destreza verdadera» a los pisaverdes de la corte. Ahora que Su Majestad Católica ha levantado el hato y se ha venido a Valladolid, él se ha mudado con sus hierros en pos de la clientela.

—Presumo que es muy bueno con la espada, porque Ezpeleta no era manco, según me cuentan —dijo don Teodoro.

—Yo nunca lo he visto desenvainado, pero por ahí dicen que no hay en la corte quien le moje la oreja.

—¿Creéis que alquila su espada para otros oficios?

—No solo lo creo, sino que lo sé de cierto, amigo. En este honorable negocio de tasar pesares todos nos conocemos y los de la cofradía torcemos el gesto cada vez que don Muzio nos quita el trabajo. Habéis de saber que algunas veces acepta faenas bien pagadas por la emoción de ejercitarse de veras y oler la sangre más que por otra cosa. Aparte de que está enviciado en el juego y de vez en cuando se arruina.

Departieron otro rato, al cabo del cual don Teodoro pagó el consumo y se despidió de Chiquiznaque con nuevas muestras de gratitud.

21

QUE TRATA DE LAS AVERIGUACIONES DE DON TEODORO POR CERTIFICAR QUE EL MATADOR FUERA DON MUZIO MALATESTA

–¿Malatesta, decís? —inquirió fray Francisco de Alcocer de las Santas Espinas—. ¿El maestro de espada?

—Ese mismo, reverendo —afirmó la duquesa.

El fraile suspiró profundamente.

—No es persona de muchos rezos y aun no me extrañaría que tuviera sus puntos de hereje, pero, por lo que sé de él, frecuenta la leonera de Pacheco, en la parroquia de San Nicolás.

Estaban en el patio del palacio de la duquesa de Arjona, donde doña Teresa a ruegos de doña Dorotea había convidado a chocolate y picatostes a fray Francisco de Alcocer, del convento de San Francisco, el cual antes de encontrar el camino de la religión había sido gran pecador en el mundo y afamado garitero en la calle del Lobo, cuando la corte estaba en Madrid, donde había desplumado a muchos incautos y aun a otros peritos en el naipe y los dados. Luego de cambiar de bando y entrar en religión había escrito, para edificación y desengaño de jugadores y aviso de incautos, un celebrado manual, el *Tratado del juego*, en el que dividía los juegos en espirituales, humanos y diabólicos y denunciaba las fullerías que en el juego se cometen y los desacatos que de ellas derivan.

—Excusadme, fray Francisco, si no entiendo qué sea leonera —dijo doña Dorotea.

—Esa ignorancia os enaltece, hija mía —contestó el fraile—, porque no es menester que una doncella tan ajena a las tachas del mundo conozca ciertas palabras. No obstante os diré que leonera, mandracho o palomar quiere decir, en la lengua de los hampones, garito, o sea, el lugar donde se juega dinero, en cuya operación se conculca mucho el nombre de Dios con pesias y juramentos, según la propicia o adversa suerte. Ese Malatesta que decís frecuenta la leonera de Pacheco, como os digo, que es la más ilustre, donde se juega de recio y van nobles y los que no son nobles, e incluso tiene un reservado para damas enviciadas en el arte de Vilhán, el demonio del naipe.

Aquella tarde, a la hora en que abren los garitos, que por la mala fortuna de los que en ellos juegan coincide con la hora en que las criadas vacían los orinales y servidores por las ventanas a la calle al grito de «¡Agua va!», don Teodoro se encaminó al garito de Pacheco, que estaba en la calle del Cernadero, parroquia de San Nicolás. Eran dos casas juntas, pintadas las fachadas de azulete por aunarlas y distinguirlas, en las que habían tirado tabiques para agrandar aposentos de manera que en cada uno cupieran tres o cuatro tablas de juego bajo la jurisdicción de un garitero que iba de una a otra vigilando las partidas.

Había a la puerta un matachín corpulento que cuidando la catadura de cada huésped decidía si entraba o no, y a los que no le parecían bien les decía que estaba la casa llena, que fueran en buena hora al garito de la Alfonsa, en la calle de al lado. Don Teodoro, aderezado con un jubón de precio, calzones de tafetán terciopelado y botas vueltas, halló gracia a sus ojos y no conociéndolo de otras veces le dijo:

—¿Nuevo sois, caballero? Pasad a la sala del jardín, atravesando las otras dos, donde está el señor Pacheco y os presentáis a él, que os dará la enhorabuena y os hará sitio en la mesa que gustéis.

Pasó don Teodoro las dos salas que decía el portero, en las que vio gente jugando en torno a tablas grandes y redondas y otros mirado de pie, y en la tercera sala, que por dar al jardín era la más fresca, encontró al coimero Pacheco, un hombre gordo y colorado de aspecto muy apacible y abacial si no lo desmintieran unos ojillos vivos y escrutadores que iban de mesa en mesa retratando la marcha del juego y vaticinando a quién habría que sustituir en cuanto se escarruchara.

Pacheco notó por el atuendo la calidad del hidalgo que acababa de picar en su garito y venteando ganancia redobló con él las cortesías al uso.

—Decime qué juego preferís, caballero, pues mesas tenemos de quince, de malilla, de debesino, de treinta y una y de quínolas.

—Os quedo muy agradecido de vuestra buena disposición, señor Pacheco —dijo don Teodoro—, pero siendo como soy aficionado al naipe, hoy no quiero sino mirar y caldear las ganas, porque acabo de llegar a Valladolid y vengo cansado y no muy despierto para el lance.

—Pues mirad cuanto os plazca y haceos cuenta de que estáis en vuestra casa para lo que mandéis.

Lo agradeció don Teodoro y fue de sala en sala y de mesa en mesa, examinando juegos y jugadores, como aficionado entretenido, y entre los mirones bien conoció a los que eran enganchadores que bajo capa de amistad traían incautos al garito, así como a los pedagogos que se ofrecían para orientar al naipecantano incauto para que dejara en la mesa hasta las pestañas, y a los más humildes de todos, los

despabilavelas, cuyo oficio consiste en cuidar que no falte la luz y en hacer mandados como traer bacinillas en las que orinen los jugadores más empedernidos que no quieren levantarse de la mesa para hacerlo en el corral o en la calle. Entre estos, escogió uno y le dijo:

—¿Queréis ganaros un real de a dos?

—¿Qué hay que hacer, que ya está hecho? —respondió al punto.

—Nada sino salir detrás de mí y seguirme hasta que doble la esquina y responderme a unas cuantas preguntas.

Salió don Teodoro, el rascabolsas detrás de él e hizo lo que se le mandaba. Volviendo la esquina, por no ser notado del portero, don Teodoro le dijo:

—¿Conocéis al maestro de armas don Muzio Malatesta?

—¿No lo he de conocer, que desde hace más de un año viene a esta santa casa no menos que un par de veces por semana?

—¿Y estos días pasados ha venido?

—Como un reloj.

—¿Os acordáis si vino el lunes pasado?

—Me acuerdo bien porque fue el día que sacó la justicia a la regatona Rosa la Ballestera y el verdugo la paseó con azotes por las calles acostumbradas, montada en un burro, desnuda de cintura para arriba y saludándole las espaldas con hasta cincuenta pencazos. Por verla me detuve más de la cuenta y no acudí a vaciar los orinales, por lo que me castigó el garitero a pagarle el primer barato que me dieran, que fue solo de una blanca, pero luego me arrimé a don Muzio, que traía dinero fresco y gastó con liberalidad. A mí me cupo una pieza de dos maravedís, de las reselladas que valen cuatro, por limpiarle las botas, que las traía manchadas de haber despanzurrado a una rata.

—¿Decís que las traía manchadas? —preguntó don Teodoro disimulando la sorpresa.

—Eso digo, señor. Manchadas de sangre porque en el callejón de atrás había despanzurrado a una rata de las que de noche suben del arroyo a hurgar en las basuras, eso nos contó. La gente se las come, pero como hay tantas…

Con esto se despidió don Teodoro y regresó a su posada cuidando de no pisar ninguna porquería de las que vacían los orinales por las ventanas, y por ser ya la hora de recogerse las gentes de orden se acogió al lecho, pero no concilió el sueño escuchando ora los ruidos de la ronda de corchetes que aporreaba las losas con las conteras de sus chuzos, ora los pregones de los animeros que a deshora rezan y piden para el culto, de manera que sumado al calor muchas noches no hay quien pegue ojo. De este modo doña Dorotea permaneció largo rato desvelada, la palmatoria encendida, trazando lo que cumplía hacer para continuar con sus averiguaciones en cuanto amaneciera.

Alzadas las banderas del día, con un sol luminoso que disipó las

nieblas, doña Dorotea se desayunó y, vistiendo una basquiña sencilla sin adornos, fuese a ver a la señora duquesa, que la recibió en el estrado del cariño, bajo la cama alta doselada, como amiga de su intimidad.

—¿Qué noticias me traes, querida?

—Buenas y ciertas. El día que mataron a don Gaspar de Ezpeleta, el maestro de armas que os dije, don Muzio Malatesta, fue a eso de las doce al garito de Pacheco y estuvo liberal con los dineros.

—Eso cuadra con que fuera él el matador —observó la duquesa.

—Más cuadra que llevara las botas manchadas de sangre. Dijo que de una rata que había pateado en la calle.

—No es mal achaque —comentó la duquesa— si no supiésemos lo que sabemos. Como dos y dos son cuatro, no es menester buscar más. Ahí tenemos al matador. Ahora falta saber quién le pagó y qué interés tenía en perjudicar a don Miguel, nuestro amigo, o a las Cervantas.

22

De la plática que hubo entre doña Dorotea y doña Constanza sobre el amor y los secretos del gozo

Pasados los ardores de la siesta, cuando la corte se hunde en la sopa espesa de sus calores, jadean los perros tendidos sobre las losas frías de los zaguanes, sestean los mendigos en las umbrías de las iglesias, dormitan los artesanos en los camastros de sus trastiendas, los frailes en las camas de sus celdas, los presos en las yacijas de sus calabozos, los criados en los poyos de las bodegas y los hortelanos a la sombra de las parras, doña Dorotea abandonó la paz de su casa y por la calle Olleros y el Campillo se encaminó a ver a su amiga doña Constanza como le había prometido, pues hallándola gallarda y grave, discreta y graciosa se holgaba mucho con su conversación y amistad. También lo hacía por acompañarla en su forzoso encierro, pues todavía el alcalde Villarroel no levantaba el arresto de las Cervantas y las otras vecinas inculpadas en el caso.

Estando en paz la morada, con don Miguel tratando con su amigo Simón Méndez en la sala de respeto y las Cervantas cosiendo en el cuarto de doña Juana Gaitán, donde, por ser el piso de arriba, había mejor luz para las labores, quedaron doña Dorotea y doña Constanza a solas y muy a su sabor en el aposento donde don Miguel guardaba sus libros y escribanías. Charlando de naderías y departiendo confidencias de sus respectivas vidas, vinieron, como mozas jóvenes que eran, a tratar de amores y cortejos, en los que doña Constanza mostraba ser más perita que doña Dorotea, así por experiencia como por lecturas.

—Te enseñaré unos papeles secretos que mi tío trajo de su cautiverio en Argel —dijo doña Constanza—. Milagro fue que no los hallaran los corchetes en el registro del otro día, pero por suerte al no saber leer pasaron sobre ellos sin advertir que no eran devocionarios.

Dijo y yéndose al estante apartó dos libros de la fila delantera e introduciendo la mano en el hueco detrás, extrajo un tomito en octavo cosido a mano con pastas de cordobán que en abriéndolo manifestó ser manuscrito de la mano de Cervantes.

—¿De tu tío? —preguntó doña Dorotea con la ilusión de conocer una obra que aún no se había dado a la imprenta.

—No, amiga. Es de un morisco al que mi tío conoció en Argel y con el que trabó buena amistad, porque aunque él era esclavo y el otro libre, el hablar la misma lengua española los unía, y en eso y en ser los dos de ingenio fino obtenían mucho placer acompañándose en los pocos ratos de solaz que a mi tío le consentían sus amos. Este libro era del moro y mi tío lo copió por parecerle que contenía muy buenas razones, y fue el único tesoro y ganancia que trajo después de tantos trabajos y miserias.

—Léeme algún pasaje, te lo ruego —dijo doña Dorotea.

Pasó páginas doña Constanza y, en hallando el pasaje que buscaba, leyó:

—«La mujer puede y debe procurarse gusto cuando se une a un varón». Y no por ello ha de pregonarse de puta, añadiría yo. Muchas que conozco deben fingir que aborrecen la coyunda por parecer más honestas y así, cuando están en ella, disimulan como dolor lo que no son sino gemidos de placer y falsamente procuran mostrarse remisas al débito conyugal cuando el marido lo demanda, siendo la verdad que a menudo están ellas más necesitadas de él que el propio marido.

—De esa consideración de que la mujer honesta no puede ni debe gozar se derivan muchos malos entendimientos en el matrimonio —convino doña Dorotea.

—Bien decís, amiga mía —corroboró doña Constanza—. Es mengua de libertad y falsedad de la que proviene que ni ellas ni ellos tengan confianza para darse en sus cuerpos y apetencias mutuamente sin secretos, de lo que sobrevendría mutuo gozo y mejor entendimiento en los negocios comunes del matrimonio.

—¡Gran sabiduría! —dijo doña Dorotea—. Tengo por gran lástima que estas razones no puedan decirse en nuestra patria sin gran escándalo.

—El Santo Tribunal perseguiría al que lo sustentara —afirmó doña Constanza—. Discretas somos y podemos bien hablar sin tapujos por la buena voluntad que nos profesamos.

—Eso pienso yo —dijo doña Dorotea—. Y me honro mucho con vuestra amistad.

—Bien pensado —prosiguió doña Constanza—, leyendo tales razones adviertes lo equivocados que andamos acá. Castidad llaman a ponerle cadenas a la humana inclinación, con la que nacimos las personas como el resto de las criaturas que pueblan la tierra. Esa inclinación de procurarnos mutuo placer y gusto sin que de ello derive daño a nadie ¿qué tendrá de malo? ¿Qué servicio hace a Dios el freno y la negación de ese placer que Él puso en nosotros? ¿No es tan bendita la natura del hombre o de la mujer como las otras partes del cuerpo, la mano con la que trabajamos, los ojos que miran, la lengua que habla, los labios que besan? ¿Qué de vergüenza habrá en que los

cuerpos se junten si eso alaba más al Creador que en ellos puso la inclinación y el gusto y la perpetuación de la especie que Él bendijo? Ese es el gran error que los clérigos se han impuesto con no casarse y prohibirse el placer de Venus, y por ser tan contra natura hace de ellos personas infelices, atormentadas por el pecado de lujuria, que cargan a los demás sus propias tachas, cuando debiera ser muy al contrario, que ellos fueran casados en obediencia del mandato divino de creced y multiplicaos y tuvieran hijos que educaran cristianamente, dando ejemplo en lugar de escandalizar con sus solicitaciones a cuanta mujer en sazón se acerca a ellos para confesarse.

—¿A ti también te han solicitado? —preguntó doña Dorotea.

—A mí, poco, que siempre busco parroquia lejos de la mía —respondió Constanza— y me confieso con el cura más viejo, y si hubiera dos de la misma provecta edad, con el más sordo.

—¡Cómo me place oírte! —dijo doña Dorotea—, pero hazme la merced de proseguir la lectura del morisco, que me agrada sobremanera.

Buscó otra página doña Constanza y leyó:

—«Es corona del casado tener conformidad con la esposa tratándola con afabilidad y amor, porque las afabilidades engendran amor y las asperezas desamor y deseos de escapar de la cárcel del matrimonio que antes se hace tormento que deleite, y el negocio del hombre con la mujer no debe ser cárcel, sino campo de deleite y puerto de resguardo contra las adversidades de la vida. El casado debe saber que los celos no dan ardimiento al amor, sino que lo matan, y muy a menudo nacen de la poca opinión que ciertos hombres tienen de sí mismos, cuidando que todos los otros son mejores que ellos y más apetecibles para la esposa».

—No se puede decir mejor —repuso doña Dorotea—. Esto me trae a la memoria unos versos de Lope que dicen lo mismo: «Ama si eres Amor, que si procuras / encubrir, con sospechas y recelos, / en mi querido sol nieblas oscuras, / en vano me lastimas con desvelos. / Trate nuestra amistad verdades puras. / No te encubras, Amor. Di que eres celos».

—Versos buenos son, por más que vengan de Lope, que no puede ver a mi tío, ni mi tío a él —reconoció doña Constanza.

—Dios, en su infinita misericordia, sabe cuándo y por qué pone amor en los corazones —dijo doña Dorotea—, y si no fuera porque el diablo, que todo lo enreda, a veces pone también falsos sentimientos que nos parecen amor sin serlo, fuera este el mayor regalo de Dios a sus criaturas para que siempre lo estuviésemos alabando.

—Habláis como la que lo sintió —observó doña Constanza.

—Como la que lo padeció, más bien —suspiró doña Dorotea—. ¡Ay, amiga, de esa saeta ando curada, pero bien quisiera recibir otra vez la

herida!

—Una y mil veces —dijo doña Constanza—. A pesar de los reniegos que sobrellevan los amores pasados, no hay en el mundo cosa mejor que esa dulcísima congoja que no te deja dormir y te angustia y te trae todo el día como en un sobresalto, que te niebla para que no sepas quién eres ni dónde estás.

Mucho más conversaron doña Constanza y doña Dorotea sobre los efectos del amor, así como las clases de hombres que el mundo encierra, plática que con ser interesante no he hallado recogida en autor alguno y por ese motivo no explayo en estas hojas.

Huyendo la tarde con sus ardores, doña Dorotea dijo:

—Prosigue, querida amiga, con el examen del libro morisco, te lo ruego.

—Lo más sabroso que contiene —continuó Constanza— es cuando describe el acto entre hombre y mujer.

—¿A tanto se atreve? —se admiró Dorotea.

—Ved, si no —dijo doña Constanza y leyó—: «La coyunda deleitosa se divide en tres acciones antes del acto, tres en el acto y tres después. La primera de las tres antes del acto es jugar con la mujer con todas las circunstancias del gusto que pueda, besando, abrazando y tentando, para que con esto se contenten y se apresten los corazones y pretensiones, de suerte que, alterados y encendidos en gusto, ella pida a su marido la obra y él la ejecute con denuedo».

—Muy sabio me parece —afirmó doña Dorotea—, que en mi escasa experiencia está que ellos van derechamente al objeto de su gusto sin cuidar del nuestro.

—Y cuando son maridos, son peores —observó doña Constanza—, porque dan por andado lo que anduvieron una vez al principio y pasan directamente al meollo, sin calentar el guiso. Pero dejadme que siga la lectura con la siguiente condición del antes.

—Que me place —dijo doña Dorotea.

—La segunda es el modo de ponerse: «En esto debe hacerse según el gusto de los ejecutantes. La mujer a cuatro pies o ella boca arriba y él encima mirándose las caras, o de lado como compás abierto prendido por el tornillo que une sus partes. Siendo todas las posturas permitidas, el galán discreto usará la que más guste a su enamorada y ella le dará gusto a él con la que sea de su agrado».

—Me parece muy en razón —dijo doña Dorotea—, pues de esa generosidad en lo íntimo se derivarán otras en lo público. Para vos ¿cuál es la posición más placentera?

—Aquella en que miro al benefactor y levanto las piernas para favorecerle la coyunda —contestó doña Constanza—. Aunque ponerme encima, la iglesia sobre el campanario, como dicen, es también muy gustosa.

Doña Dorotea, aunque menos ejercitada, convino en ello.

—Sigo con la lectura —dijo doña Constanza—: «Al tiempo de querer meter el miembro refregarlo en los labios de la raja porque se altere más ella y entonces meterlo con blandura y no con fuerza y con amor ejercitarlo dentro. Esa es la primera manera. La segunda es que se detenga él lo más que pueda antes de derramar hasta que lo hagan los dos a un tiempo, porque procede de esto quererse mucho».

—Muy en razón, también —dijo doña Dorotea.

—Y más adelante mirad lo que dice: «Cuando está a solas con su hombre haga la mujer lo que hace la más disoluta y cuando esté entre las gentes se comporte con extrema honestidad».

—Muy sabio y juicioso lo encuentro —aseguró doña Dorotea—. Lástima que en la cristiandad no tengamos consejos como estos, sino que todo es pecado, corrupción y penitencia.

Las dos mujeres conversaron luengas horas que a ellas se les fueron en un soplo, pero los autores de esta verdadera historia no consignan las otras razones que entre ellas hubo por ser de más delicado negocio ponerlas en palabras.

23

DONDE LA CORTE BAJA A RECREARSE EN LAS FRESCAS Y AMENAS RIBERAS DEL PISUERGA Y CIERTO MAESTRO DE ARMAS SE PRENDA DE DOÑA DOROTEA

Llegada la tarde, cuando Valladolid desciende a las riberas del Pisuerga a tomar el fresco y pasear, doña Dorotea vistió su mejor basquiña azul cielo con mangas perdidas forradas de raso de seda y bajó con la duquesa, su amiga, en carroza de cuatro mulas al paseo que se hace en el Prado, frente al Espolón Nuevo. Allí le habían dicho a la duquesa que solía pasear el maestro Muzio Malatesta con algunos amigos de su nación. Cuando lo vieron, la duquesa envió al cochero a decirle que dos damas preguntaban por él. Acudió solícito Malatesta y mostrando ser muy cortesano se quitó graciosamente el sombrero y barrió el suelo con la pluma que lo adornaba.

—Estoy al servicio de vuestras mercedes, señoras mías —dijo mientras se atusaba el bigote con gesto galán.

La duquesa le sonrió y le dijo:

—¿Sois por ventura el maestro de armas Malatesta?

—Lo soy, *signora.*

—Tengo un hijo de pocos años que quiere aprender la verdadera destreza y he oído que no hay en la corte mejor maestro que vos para enseñarla.

—Muy honrado al oírlo —dijo el espada inclinando la rapada cabeza en señal de modestia.

Notó la discreta doña Dorotea que en todo correspondía al retrato del matador de Ezpeleta: poca barba, recién hecha y un tanto roja, y un poco redondo de rostro, un rostro de tendero manso si no fuera porque los ojos eran dos ascuas vivas que mientras hablaba cortesanías a ella le escrutaban el corpiño apenas disimulando los varoniles afectos.

—Mañana os lo enviaré con el mayordomo y tratáis con él los detalles. ¿Qué hora es buena para vos?

—Las lecciones las comienzo a las once, *signora*, pero si él viene antes, estaremos más tranquilos para que examine al niño y vea su complexión.

—Agradecida —dijo la duquesa. Y tirando de un cordón avisó al cochero que prosiguiera el paseo.

Se puso el coche en movimiento y el maestro de armas se apartó un poco sin dejar de mirar a la hermosa doña Dorotea, a la que había tomado por dama de compañía de la duquesa.

—¿Has notado cómo te miraba? —le preguntó la duquesa muerta de risa cuando se alejaron un poco.

—Así debe mirar a la gente que mata —respondió la discreta doña Dorotea—: Fijo y quemante como si en el mensaje fuera la intención.

—No pienso que os mirara con ojos de matar, sino amorosos, con el ardimiento del deseo —replicó la duquesa.

Doña Dorotea rio en su corazón, pero no dijo nada.

24

QUE TRATA DE LOS POLVOS SECRETOS QUE DOÑA DOROTEA COMPRÓ A LA CURANDERA PALAZONA Y DE LAS DISCRETAS RAZONES QUE ENTRE ELLAS HUBO

Había preguntado don Teodoro a Chiquiznaque las señas de la Palazona, una vieja saludadora y herbolaria cuya ciencia se alababa mucho en Valladolid. Era voz común que con cierta oración sanaba culebrillas y sarpullidos, que con un unto de saliva secaba las verrugas y que con un sahumerio de hierbas mejoraba a las paridas.

Otro día de mañana salió doña Dorotea de su casa con Sanchica al lado y un mozo de estaca, y con tal compaña se encaminó a donde la Palazona, que vivía en una casa ruin del Campo Grande, a la mano derecha según se sale de la Puerta del Carmen, frontera del Hospital General y cerca, por conveniencia, de los patíbulos donde el maestro Ximén, el verdugo de la villa, ahorcaba a los condenados, con cuyo semen, como se sabe, recogido al pie del madero, se preparan ciertos filtros, sin contar con las virtudes que la propia soga contiene.

Iba doña Dorotea, por prudencia, tapada con la toca sobre la cabeza y dejando solo un ojo fuera, pero con todo se aseguró primero de no ser vista por nadie cuando tocó dos veces con el llamador en la puerta de la Palazona.

Abrió la vieja, que era de talle corto y gruesa, y doña Dorotea le dijo:

—Madre Palazona, vengo de parte de Chiquiznaque, que tanto la aprecia, a consultarle un caso.

—Que me place —dijo la vieja y, apartándose, hizo pasar a la dama.

El obrador de la Palazona era un aposento grande de paredes ahumadas, con dos pilares en medio, una chimenea de rincón y dos hornillos de yeso en alto. Se alumbraba tan solo por un tragaluz que daba al corralillo trasero y con muchas lamparicas de sebo y cera puestas aquí y allá, la principal sobre una calavera que la Palazona tenía en mucho aprecio por ser, según dijo, de un santo de la legión tebana. De los muros colgaban muchas ollas, jarras y redomillas de diversas hechuras, así como cedazos, velones de cera, botecicos de vidrio soplado, tenazas, atizadores y un cuchillo de cachas prietas para

los cercos. Del techo y de las vigas pendían manojicos de tomillo, romero, mandrágora e hinojo, así como cecinas de sapos, víboras y salamanquesas. En los estantes se acumulaba una multitud de botes de loza o de cristal con escarabajos, alfileres de porra gorda, orines de negra, figuras de hombres recortadas en lienzo, y toda clase de hierbas para la confección de ungüentos, así como las orcillas de garbanzos, habas, huevos, vino y sal que se ven en una cocina provista.

Conversaron la Palazona y doña Dorotea sobre materias de su patria común en las Andalucías, pues la vieja era nacida en el reino de Córdoba y la moza en el de Sevilla, que son fronteros. Dijo la Palazona:

—Sabed que soy sobrina y discípula de Leonor Rodríguez, la famosa Camacha de Montilla, la más famosa hechicera que hubo en el mundo, de la que se dice que congelaba las nubes cuando quería, cubriendo con ellas la faz del sol, y cuando se le antojaba volvía sereno el más turbado cielo.

—Algo había oído de esos portentos —comentó doña Dorotea—, pero no sabía que una hechicera alcanzara a lograrlos.

—Hacía esas y otras menudencias —prosiguió la Palazona—: Por diciembre tenía rosas frescas en su jardín y por enero segaba trigo. Lo de nacer berros en una artesa era lo menos que ella hacía, ni el hacer ver en un espejo, o en la uña de una criatura, los vivos o los muertos que le pedían que mostrase. Y en asuntos de amor ligaba a los hombres a sus mujeres o los desligaba si ellas así lo pedían; cubría a las viudas de modo que con honestidad fuesen deshonestas; descasaba a las casadas, y casaba las que ella quería.

—Muy útiles veo esas potencias para regimiento de la mujer —dijo doña Dorotea.

—¡Ay, señora! Malas lenguas levantaron la calumnia de que convertía los hombres en animales y que por el arte que llaman tropelía convirtió en asno a un sacristán que le vedaba la entrada en la iglesia y se sirvió de él seis años antes de desencantarlo y volverlo a su iglesia bien escarmentado ya y más suave que guante de terciopelo. Por eso la procesó la Santa Inquisición y no os digo cómo terminó la cuitada porque todo el mundo lo sabe.

—Yo os debo confesar que lo ignoro. ¿Qué fue de vuestra tía? —preguntó doña Dorotea.

—¡Ay, hija, esa parte no la quería contar, pero contigo hay confianza, que nada más verte te he tomado aprecio como si de toda la vida te conociera! El Santo Oficio la penitenció y, puesta en quistión de tormento, confesó de plano cuanto los santos padres dominicos quisieron, que fue ser hechicera invocadora de demonios con lo que compareció en auto público de fe, con su coroza, e insignias de hechicera, y abjuró *de levi.* Otro día de mañana la sacaron por las

calles de Córdoba montada en un asno del revés, y el verdugo Osorio, que de cierto sé que era bujarrón, le iba administrando los cien azotes de la cuenta con un ronzal en las desnudas espaldas, tras de lo cual le dieron otro paseo asnal con otros cien azotes en Montilla y la tuvieron diez años sirviendo en un hospital, en Córdoba. Vi yo que las cosas se aparejaban mal y que siendo yo su sobrina, aunque inocente, la gente me miraba atravesada, y determiné de cambiar de aires y venirme a la corte, donde honradamente me gano la vida con mis hierbas sin sombra de encantamiento ni de hechiceril sospecha.

En estas y otras amenas confidencias llegaron al motivo de la visita.

—Pues sabréis, madre Palazona, que por un negocio que no puedo encomendar a nadie sino a mi propia persona he de estar con un hidalgo sobón a solas en su casa y temo que querrá seducirme, por eso quisiera, en defensa de mi honestidad y albedrío, un bebedizo con tal fuerza que lo duerma y pueda yo salir de su casa tan entera como entré.

—Tengo lo que precisáis, niña mía, y con esto os aseguro que guardaréis vuestra honra como si el Cerbero os acompañara, pues en menos tiempo de un padrenuestro el galán quedará tan profundamente dormido que no lo despertaría un rebato de campanas que tañeran al lado de su oreja.

—¿Pues qué es, madre? —preguntó doña Dorotea.

—Polvos de adormidera adobados con tintura de mandrágora y beneficiados por una oración que me enseñó mi tía la Camacha, que en gloria esté.

Tomó doña Dorotea la redomilla de los polvos y dio a la Palazona dos reales de a ocho, por los que la bruja quedó muy agradecida.

—Hija, aquí tienes tu casa —le dijo al despedirla—, y si de la misma manera que quieres salvarte de ese enamorado quieres que ese u otro no se salve de ti y te quede tan entregado que por hacer tu voluntad desuelle las paredes de su casa, o del convento si fuera fraile, solo tienes que venir que te daré los polvos contrarios que lo mantendrán despierto y tan encalabrinado como un asno en celo.

—Así lo haré, madre —respondió doña Dorotea.

—Sabed también que si perdierais la honra, yo os podré zurcir el virgo con un hilillo de seda encerado y sutiles agujas. En esta corte hay doncellas que por mi industria se han vendido como tales más de sesenta veces, con gran deleite y conformidad de las partes. Y no cuento los virgos honrados que en vísperas de grandes bodas tengo rehechos, de lo que, sin mundana vanidad, me vanaglorio de la contribución de mis discretas artes al sosiego y concierto de los grandes linajes de la ciudad.

Esas y otras razones departieron la bruja y doña Dorotea. Tomó la muchacha como dije los polvos miríficos, satisfizo su precio en reales

de a cuatro y, tras despedirse, volvió a taparse con la toca antes de salir al Campo Grande, donde sus criados la esperaban sentados en el poyo del convento del Carmen Calzado, a buena distancia de la Palazona.

25

QUE TRATA DEL AMOROSO COLOQUIO QUE DOÑA DOROTEA MANTUVO CON DON MUZIO MALATESTA Y DEL IMPENSADO ACABAMIENTO QUE TUVO

Vuelta a su casa mandó doña Dorotea al criado de la duquesa con un recado para Chiquiznaque, el cual acudió al punto.

—Mi hermano don Teodoro me ha hablado muy bien de vos y os está agradecido por cuanto el otro día hicisteis por él —dijo doña Dorotea.

—Me place servir a tan alto caballero, señora —contestó el rufián—, y así como se dice que una mano lava a la otra, vuestro hermano también me sacó de mal año, por cuya generosidad le quedo muy obligado, así como a serviros a vos en lo que mandéis.

—Me place oírlo, señor Chiquiznaque —dijo doña Dorotea—. Ahora quisiera comunicaros un trabajo en el que, si ayudáis, mi hermano os lo agradecerá con la largueza que conocéis.

—Mandadme, señora, y dadlo por hecho.

Cumplido ese recado, doña Dorotea dejó su casa para encaminarse al cuarto donde don Muzio Malatesta vivía. En llegando a su calle se subió la toca de seda fina que llevaba sobre los hombros de manera que puesta sobre la cabeza le tapaba la cara y solo dejaba ver un ojo, que sobre ser de natural bello ella se había alcoholado por acrecentar el misterio y la hondura de su mirada. De esta guisa llamó a la puerta del maestro de armas. Salió él a abrir, ella se destapó fugazmente por mostrarle quién era y él tuvo gran sorpresa y contento de ver que venía a visitarlo. La hizo pasar y, fogoso como era, quiso abrazarla antes de mediar palabra, sin las precedentes galanterías que en estos casos se usan, pero ella lo rechazó cortésmente con estas razones:

—No tan presto, mi señor, que el demasiado ardimiento y la precipitación quitan placer, y yo quisiera tenerlo tan memorable que en todos los días de mi vida no lo olvide. Hagámoslo como yo quiero, que os aseguro que no os arrepentiréis.

—Que así sea, *signora*, pues os habéis adueñado de mi voluntad y esta noche no he dormido pensando en vos —respondió don Muzio.

A lo que doña Dorotea, emitiendo un profundo suspiro, dijo:

—¡Ay, ladrón, sois vos el que me habéis quitado el sueño pensando en mí, como a veces ocurre entre las voluntades enturbiadas por el mismo afán! ¡Ay, desventurada de mí! ¿Qué pensaréis de una pobre mujer que se acerca a vos atraída a su perdición como la polilla llega a la llama? Os juro que no me conozco y que me parece ser otra y no yo la que se ha dejado arrastrar a visitaros, transgrediendo mi natural recato, para ruina de mi honestidad y buen nombre.

Temió don Muzio que aquellos escrúpulos le espantaran la conquista y redoblando zalemas de galán la hizo pasar bajo promesa de no atentar contra su pudor sino agasajarla y mostrarle la buena crianza que entre personas de alcurnia se usa. Con ello, doña Dorotea pareció más convencida y se dejó llevar a través de una sala grande con las paredes adornadas de espadas, floretes, dagas, broqueles y toda suerte de armas así antiguas como nuevas sin que faltaran algunas de extrañas hechuras como las usan los moros y las gentes de allende los océanos, las que a veces traen los padres jesuitas en sus bajeles, por curiosidad más que por comercio. En la sala grande con dos ventanales bajos al trasero jardín asilvestrado, doña Dorotea inquirió:

—¿Es aquí donde enseñáis el arte de la espada?

—Aquí es, *signora* mía.

—Yo lo tengo como la cosa más dificultosa del mundo.

—No para un hombre —dijo Malatesta con alguna petulancia—. La esgrima, *signora* mía, es el arte de dar tocados sin recibirlos. La necesidad de tocar al adversario, evitando sus golpes, hace que el arte de esgrima sea muy complicado y difícil, ya que al ojo que ve y avisa, a la mente que analiza y decide, a la mano que ejecuta es necesario agregar la precisión y rapidez para menear el arma. Eso no se les alcanza a las mujeres, pues de natura no son despiertas en la coordinación de pensamientos y meneos como este arte requiere.

—¿Pensáis entonces, maestro Malatesta, que las mujeres estamos menos capacitadas que los hombres?

—Así lo ha querido la naturaleza, *signora* mía, cuando en ellas puso los adobos necesarios para contentar al hombre que engendre prole en ellas, así como los placeres que sobrevienen cuando un hombre experto pulsa las cuerdas de una mujer.

—¿Y vos sois perito en ese arte? —preguntó Dorotea con picardía avezada.

—Más perito que con la espada, *signora* mía, aunque me este mal el decirlo. Sabed que desde que encañé las barbas, ninguna mujer que yo haya requebrado se ha partido de mí sino plenamente satisfecha y queriendo repetir.

Con estos y otros requiebros y réplicas no menos encendidos, pasaron a una saleta de cumplimiento alhajada con un buen bargueño,

esterillas de palma al suelo, mullidos almohadones de crin donde sentar a las damas, sillas de tijera para los caballeros y tapices de batallas en las paredes. Un ventanal dejaba pasar el sol mañanero y un braserillo de alhucema perfumaba el aire. Don Muzio cerró los postigos por mitigar la luz y dejó la estancia sumida en propicia penumbra, tan solo levemente iluminada por el resplandor que se colaba por las rendijas de las maderas.

Viendo que el galán iba lanzado, como ellos suelen cuando se encalabrinan, la discreta doña Dorotea lo contuvo.

—Señor mío, antes de acceder a mayores confianzas, quisiera tomar algún licor porque no se me acobarde el corazón de este gran atrevimiento en el que me hallo.

—¡Cómo no, ángel del cielo! —exclamó don Muzio viendo al pájaro en la liga—. Os serviré un amarguillo de mi tierra que tiene la virtud de quitar de cuidados y desasosiegos.

—Bien lo necesito, mi señor —dijo doña Dorotea—, porque el desatino de venir a veros arrastrada por mi loco corazón me suspende los pulsos.

—*Signora*, yo desde ahora me pongo a vuestros pies para serviros en lo que demandéis, y os juro por mi honor que lo que entre nosotros haya para mutuo deleite y contentamiento no saldrá de entre estas cuatro paredes. Es discreción que podéis esperar en mi condición de caballero de las primeras casas de Génova, donde tenemos a gala ser tan discretos como experimentados amantes y nunca mencionamos a terceros ni mucho menos ponemos por asiento nuestras afecciones.

Dijo esto Malatesta y saliendo del aposento fue a su despensa y regresó con una bandeja en la que traía una redomilla de amarguillo, el licor que en su patria hacen con vino destilado, almendras y huesos de melocotón, al que por consejo de un boticario amigo, Malatesta añadía azafrán y vainilla para incrementar los designios de Venus.

Escanció el galán los licores y alzando su copa en brindis la apuró de un golpe para que doña Dorotea viera la bondad del brebaje y se animara a beberlo.

Probó doña Dorotea un sorbito y lo encontró sabroso y estimulante, pero disimulando el gusto suspiró y dijo:

—¡Ay, dueño de mi vida! ¡Qué filtro de amor me habéis dado que empiezo a sentir un fuego que me corre por las venas y me abrasa!

A oír estas palabras Malatesta se enardeció pensando que ya se rendía la plaza, pero cuando quiso abrazar a la dama ella interpuso un codo duro como rejón de arado y una queja melosa.

—¡Tened, amado mío, que buscando la perfección de este nuestro primer encuentro quisiera pediros una merced!

Malatesta, aunque ya ardía en deseos de poseer a la dama, compuso un buen semblante y disimulando la contrariedad dijo:

—Decidme, amor, que estoy a vuestro servicio.

—No es sino que encuentro este licor en exceso amargo —explicó doña Dorotea—. ¿No tendréis un palito de canela con el que endulzarlo?

—Oír es obedecer —dijo Malatesta y corrió a la despensa en busca de lo que se le demandaba con las prisas de quitar las trabas que estorbaban la consumación de su deseo. En su ausencia doña Dorotea le añadió a la copa del galanteador una porción generosa de los polvos de adormidera adobados con tintura de mandrágora que llevaba prevenidos en una papelina.

Regresó don Muzio con la canela, la agitó doña Dorotea en su copa y probando el licor de nuevo lo encontró más de su gusto.

—Brindemos entonces —propuso don Muzio y apuró nuevamente su copa de un trago mientras doña Dorotea bebía de la suya no más que un pajarito que levanta el pico en la fuente.

Don Muzio intentó de nuevo abrazarla, pero ella se zafó con femenina destreza mientras decía:

—A saber a cuántas mujeres tan incautas como yo habréis hecho unas perdidas sobre estos almohadones, cuántas honras habrán quedado vencidas entre estas cuatro paredes.

—No a tantas como pensáis —adujo don Muzio con el corazón escindido entre su complacencia por el halago que el reproche encerraba y la impaciencia por gozar de los encantos que la muchacha le ofrecía y le negaba simultáneamente—. Habéis de saber que nunca he sentido por mujer alguna lo que siento por vos y que yo mismo estoy sorprendido de la hondura e intensidad de mi afección.

—Ya, ya… ¿A cuántas habréis vencido y tomado a vuestro placer con esas mismas palabras? —le reprochó doña Dorotea.

Con estas y semejantes razones fue dilatando no digo ya la consumación, sino las meras caricias, hasta que la recia virtud del bebedizo hizo efecto en don Muzio y lo fue adormeciendo entre palabras trabadas y razones cada vez más confusas. Finalmente se rindió al más pesado sueño, con profundos ronquidos, circunstancia que aprovechó la discreta Dorotea para correr a la puerta y meter en la casa a Chiquiznaque, que, mientras tanto, había paseado la calle en espera del aviso.

26

DE LA AVERIGUACIÓN QUE CHIQUIZNAQUE HIZO CON DON MUZIO MALATESTA Y DE LAS ACCIONES QUE SE SIGUIERON DE ELLA

Mediaba la tarde cuando don Muzio empezó a despertar de su profundo sueño con la cabeza confusa y la lengua de trapo balbuciendo frases incongruentes en las que juntaba palabras italianas con otras españolas.

Quiso llevarse la mano a la cara y no pudo. Quiso incorporarse y tampoco. Abrió los ojos y vio las vigas del techo cargadas de telarañas polvorientas. Giró la cabeza y vio canastas y serones viejos, por lo que vino a entender que estaba en los sótanos de su casa, desnudo y atado de pies y manos sobre el dornajo matancero.

—¡Ayuda! —dijo no muy alto, como el que no tiene mucha esperanza de alcanzarla.

Dejó pasar el espacio de un avemaría y viendo que nadie acudía repitió: «¡Ayuda!» con algo más de convicción.

La bodega tenía salida al patio asilvestrado por un tramo de escalera. Don Muzio percibió en los peldaños unos pasos que por lo pesados no eran de doña Dorotea, sino de hombre hecho y derecho. A sus ojos apareció la espantable figura de un valentón con su chambergo ancho echado sobre los ojos.

—Aquí tenéis al único amigo que puede ayudaros —dijo Chiquiznaque acercándose al doliente.

—¿Por qué me tenéis así? —preguntó don Muzio.

—Por vuestros pecados, hermano —contestó Chiquiznaque—. Yo soy el corchete que ha de custodiaros y el tribunal, el juez, el procurador y el escribano que ha de juzgaros. También soy el verdugo que ha de ejecutaros.

Don Muzio tiró de las cuerdas por ver de librarse de ellas, pero los nudos eran firmes, como trabados por mano experta.

—Entre vuestro castigo y vuestra redención solo media que digáis lo que quiero saber de vos —dijo Chiquiznaque.

—¿De qué se trata?

—Sabemos que apiolasteis el otro día a don Gaspar de Ezpeleta.

¿Quién os pagó por ese trabajo?

—Yo no he muerto a nadie —afirmó don Muzio, con gran convicción—. Os habéis equivocado de hombre.

—Os vieron —insistió Chiquiznaque.

—¡Yo no he muerto a nadie! —repitió casi iracundo.

—Y yo soy el archipámpano de las Indias —replicó Chiquiznaque—. Bueno. Os dejaré que meditéis sobre el asunto un par de horas y luego volveré a preguntaros.

Don Muzio aprovechó que lo dejaban solo para tirar de las ligaduras, queriendo zafarse de ellas. En vano: eran tan firmes como el nudo gordiano.

A las dos horas, después de vaciar media despensa del maestro de armas, algo achispado por la conjunción de los vinos y licores consumidos, tornó Chiquiznaque al sótano y prisión de su cautivo.

—Aquí estoy otra vez, amigo —lo saludó alegremente—. ¿Habéis hecho memoria sobre lo dicho? Cuidad que tengo otros asuntos a los que atender y no me gustaría tener que apremiaros con acciones que pudieran enturbiar nuestra amistad y buen entendimiento.

—Ya os he dicho que no tengo nada que ver con la muerte de ese hombre.

—¡Cuerpo de Dios! —se enfureció Chiquiznaque—. ¡Me cago en la puta madre que parió al demonio! ¿Vais a negarlo? Os conocieron, amigo mío. Apiolasteis al pájaro, lo que dicho sea de paso, no fue una gran pérdida para estos reinos, y luego fuisteis con la bolsa llena al garito de Pacheco.

—No sé de qué me habláis. Al garito de Pacheco voy varias veces por semana.

—Mirad que si no cantáis por las buenas, lo haréis por las malas y que yo tengo poca paciencia y me puedo emplear en vos hasta que le ardan a Belcebú los pelos del culo y os arrepintáis de haber nacido.

—¡Os digo que no sé de qué me habláis! —porfiaba Malatesta.

—No se hable más entonces. Ya se ve que no nos vamos a entender —dijo Chiquiznaque—. Pasaremos a la cuestión del tormento. A ver, hagamos memoria, ¿cómo llaman los santos padres inquisidores a cuando le enseñan al reo los garfios, ligas y herramientas que le van a aplicar…? ¡Ah, sí, ahora caigo! Lo llaman *territio*. Bueno, pues en mi *territio* solo os voy a enseñar una herramienta, que aquí, por ser pobres, no disponemos de más finuras… ¿Veis esta cuchilla? —Y diciendo esto le puso delante de los ojos un cachicuerno corto y curvo de los que los capadores usan en su oficio—. Pues con esto os voy a despojar de ese pingajo que os esclaviza y os induce al pecado. Vos quedaréis beneficiado y listo para ingresar en devoción y yo, pecador de mí, alcanzaré las indulgencias que la Santa Iglesia otorga al que aparta a un semejante del pecado y lo enajena de las tentaciones de la

carne. Considerad cuán gran beneficio os prometo: tamaño patrocinio espiritual sin más obstáculo que el que dimana de que a partir de ahora tendréis que mear a mujeriegas, agachado, o mediante una cánula de plata, como dicen que meaba la papisa Juana.

Con este discurso se acercó el valentón a don Muzio, el cual temblaba como azogado, y de su desnudez tomó entre dos dedos, con la misma afección con que tomaría una rata muerta, cierta parte de su naturaleza varonil que, amilanada por la situación, se había retraído y no abultaba más que una bellota.

—¡Por las entrañas de Judas rehogadas en los menudillos del Anticristo! —exclamó el jaque sentencioso—. ¿Esta guarnición presentáis a las damas? ¿Y cómo es que ellas no se ahogan de risa? Ahora echo de ver cómo la naturaleza provee, con ayuda de Dios, para compensar las mermas y carencias que ella misma reparte, pues al haceros rabón os indemnizó con la destreza de la espada.

—¡Teneos, hombre! —suplicó don Muzio retorciéndose cuanto le consentían las ligaduras.

—¿Confesaréis entonces quién os pagó para que retarais a Ezpeleta?

—¡Juro por lo más sagrado que no fui yo! —gimió el cuitado.

—En ese caso no os acosaré más —dijo Chiquiznaque—. Solo que servidor, siendo de poco ingenio, no entiende de sutilezas y en esta tesitura no sé qué camino tomar. El caso es que personas principales de esta corte me han pagado por llevarles el nombre de vuestro patrón o el despojo de vuestra natura, una de las dos, y olvidaron advertirme de lo que tenía que hacer si vos no me podíais dar el nombre, así que me dejo de palabras ociosas y corto. —Y diciendo esto arrimó la cuchilla al miembro para que el otro notara el frío y el filo.

—¡No, por Dios! —suplicó don Muzio con voz quebrada de la angustia—. Os daré cuanto tengo.

—¿Dinero, decís?

—Cuanto tengo —asintió don Muzio.

—No hay trato: ¡nombre o minga! —insistió Chiquiznaque.

A don Muzio se le escapó un sollozo.

—Sosegaos, amigo —le dijo Chiquiznaque—. Sed paciente y considerad la parte ganancioaa del negocio.

—¿Qué parte? —acertó a preguntar el cuitado entre lágrimas, pensando que su verdugo cambiaba de parecer.

—Que cuando os arranque esta joyita que tan desmedidamente apreciáis, además de lecciones de verdadera destreza, podréis regresar a vuestra tierra romana y sentar plaza de cantor capón en la cámara del santo Pontífice. ¡Y eso os lo juro por las barbas de san Pedro que mesó Poncio Herodes!

Don Muzio rompió a llorar y entre sollozos dijo que diría el nombre del que le pagó.

—Decidlo entonces y quedaré contento.

—Grimaldo, el patriarca de los genoveses —declaró don Muzio—. Me encomendó mucho que matara a Ezpeleta a la puerta de las Cervantas y le quitara un papel que llevaría en el seno, solo que el interfecto dio voces viéndose herido, concurrieron gentes y no pude cumplir lo del papel.

—¡Ah, el hideputa, y quién lo iba a sospechar, me cago en las llagas de san Lázaro! —dijo Chiquiznaque soltando su presa. Dobló la navaja y se la guardó en el coleto—. ¿Veis como no era tan difícil decir quién os pagó? Tened paciencia, que ahora avisarán a los justicias para que os vengan a liberar, y le cantáis de plano al alcalde Villarroel quién os pagó o la venidera vez que estéis en este aprieto no os salvará ni todo el Cielo que bajara a abogar por vos.

27

En el que se averiguan nuevos extremos convenientes a la resolución del caso

Chiquiznaque le comunicó lo averiguado a doña Dorotea, que lo recompensó debidamente, y tras despacharlo se fue a ver a la duquesa de Arjona.

—¡Quién lo iba a pensar, Renzo Grimaldo!

—¿Es persona conocida? —preguntó doña Dorotea.

—Y bien conocida. Como que es el cónsul de los banqueros genoveses en la corte —dijo la duquesa—. Lo que me pregunto es qué cuita pudo tener Ezpeleta con tan grande señor para que este ordenara su muerte. Y por qué iba a querer el cónsul que Ezpeleta muriera precisamente a la puerta de las Cervantas.

—¿Pudo ser para que pareciera asunto de celos? —sugirió doña Dorotea.

—Muertes de esas menudean en la corte, amiga mía, sin que importe dónde se encuentra el cadáver. No se me ocurre otra cosa como no sea por malquerencia con don Miguel de Cervantes, pero ¿de dónde vendría ese aborrecimiento si dudo que el genovés sepa siquiera que nuestro don Miguel existe?

—Y sobre ello está el asunto del papel —apuntó doña Dorotea—. Recordad que tenía que llevarse un papel que Ezpeleta guardaba en su seno.

—De eso bien podríamos tener noticia fiable. Aguardad que venga Sanchica —dijo la duquesa y, tomando una campanilla de plata, la hizo sonar.

Un momento después compareció la criadita.

—Hija, decidle a doña Dorotea lo del papel del duque de Frías —le pidió la duquesa.

—Con gusto, señora —contestó Sanchica—. No es sino que un criado del duque de Frías, de nombre Diego, con el que tengo conversación, me contó que el día que mataron a Ezpeleta el duque estuvo despierto a horas desusadas y recibió al alcalde Villarroel, que le entregó un papel, tras de lo cual, ido el alcalde, el duque le pidió a Diego que le trajera una bayeta mojada porque el papel venía

manchado de sangre y después lo despidió. A Diego le extrañó que el duque limpiara el papel con sus propias manos, sin confiarlo a nadie.

—Sí que es sospechoso —afirmó doña Dorotea.

28

En el que Andrea de Cervantes visita a la duquesa y las razones que entre ellas hubo

El licenciado Cristóbal de Villarroel, alcalde de la casa y corte, se despertó en la cama al piar de la pajarería que saludaba el nuevo día juntando sus menudas legiones sobre el tejado. Sentado en la cama, en camisa, se rascó el pecho y bostezó un par de veces mientras en su mente ordenaba las labores del día. Después respiró profundamente y abandonando las ociosas plumas, atendió a su limpieza personal. Tras frotarse los sobacos con una bayeta mojada en la palangana, bajó a la cocina, donde ya las criadas andaban cacharreando, dio los buenos días, palmeó las ancas de la más rolliza y, tras desayunarse con media docena de picatostes mojados en hidromiel, se tiró de las faldas del jubón, sacudióse las migajas, eructó sonoramente, se caló el chambergo, se terció el tahalí con la espada y se echó a la calle con la determinación de poner fin al enojoso asunto de la muerte de Ezpeleta.

Villarroel fue derechamente al figón de la Bernarda, que acaso a esa hora de la mañana estaba despoblado, las banquetas sobre las mesas, y entrando en un reservado corrió la cortina y pidió chocolate. Al rato le vino a ver, según habían acordado la víspera, un criado de la duquesa de Arjona que, sin mediar palabra, depositó sobre la mesa una bolsa de badana en la que sonaban ciertos dineros. El alcalde la cubrió con su sombrero e hizo un gesto displicente como despidiendo al criado.

Abriendo la mañana, el alguacil Francisco Vicente fue a la casa de las Cervantas a comunicar, de parte del alcalde Villarroel, que las prisiones quedaban levantadas.

—¿Es que se sabe ya quién mató a Ezpeleta? —preguntó don Miguel de Cervantes.

—No, señor, pero el alcalde ha juntado indicios suficientes de que no hubo implicación de persona alguna de esta casa y por eso levanta el arresto.

—Entonces, llévense, por Dios, los vestidos del difunto, que me los dejó en custodia y con la mucha sangre que se ha podrido empiezan a heder —dijo don Miguel.

Tomó el alguacil el hatillo que le entregaba doña Andrea y marchó a sus menesteres dejando la casa muy en paz y a la criadita María de Ceballos llorando de alegría.

—Yo sabía que no habían sido sus mercedes —sollozaba entre hipidos—, porque sus mercedes son las personas más virtuosas de la corte y las más cristianas, por más que anden en lenguas envidiosas y malignas, y las más inclinadas al bien por mucho que pregonen en contrario las gentes de duro corazón.

—Sosiégate, Mariquilla, hija —le decía don Miguel—, y hazte cuenta que este suceso no ha sido sino uno de los muchos infortunios que de vez en cuando trae la vida, y no de los peores. Aprendamos paciencia en las adversidades.

—Hermano —lo interrumpió doña Andrea—, creo que es de razón ser agradecidos y ahora que podemos salir de la casa he pensado ir a la duquesa de Arjona, que tanto nos favoreció, a ponerme a sus pies y llevarle algún presente.

—Muy bien pensado, Andrea —aprobó don Miguel.

—Le llevaré un libro de las aventuras de don Quijote, con vuestra firma.

—No sé si tan alta dama apreciará ese pasatiempo —objetó don Miguel—, pero espero que vea en ello que entrego lo que más aprecio.

—¿No lo ha de estimar, hermano? —dijo doña Andrea—. Vuestro libro también está triunfando en la corte y a todo el mundo agrada, los niños lo manosean, los mozos lo leen, los hombres lo entienden y los viejos lo celebran.

Tomó su toca de viuda doña Andrea y se encaminó a donde la duquesa, que al saber quién preguntaba por ella la recibió en su sala del cariño con mucho acatamiento y cortesía.

—¡El libro de las aventuras de don Quijote! —exclamó al ver el regalo—. Sabed, señora, que lo he leído varias veces y que lo tengo entre mis libros más estimados, pero este que me traéis con la firma de don Miguel lo llevaré al propio rey en cuanto tenga ocasión, para que él también se solace con las chuscadas de Sancho y las imprudencias de su amo, estas dos personas que parecen vivir entre nosotros pero también en nosotros, con las que nos reímos al tiempo que las admiramos.

La duquesa ofreció asiento a doña Andrea en los almohadones de su estrado, la convidó a aloja fresca de miel y canela y pasaron la mañana conversando de un asunto y de otro como si de toda la vida se conocieran, desde las fiestas pasadas hasta las habladurías de la corte, pasando por los asuntos de la familia.

Coincidieron las dos mujeres en ser inteligentes y discretas así como amantes de la libertad y el albedrío, con lo que en pocas horas anudaron más amistad de la que comúnmente se espera entre personas

de tan distinto estamento y posición. Venida la conversación a las vanas opiniones del mundo, dijo Andrea:

—¿Para qué nace la mujer sino para esclava del hombre y para su deleite? Para nuestra fortuna las Cervantas tuvimos una maestra sabia, la tía María, que nos enseñó a ser libres y a usar de los hombres cuando ellos quieren usar de nosotras. ¿Sabéis lo que la tía María opinaba, que se lo oí muchas veces decir?

—Me holgaría de oírlo —respondió la duquesa.

—Decía: «Mujeres somos y, como tales, sujetas a la obediencia y a los abusos de los maridos y padres tiranos, pero tenemos dos potencias, una en la cabeza y otra en el coño (y vuesa merced perdone la crudeza), con las que podemos redimirnos de esa servidumbre y hasta llegar a ser señoras de ellos con tal de que no se percaten».

—Muy sabio me parece —dijo la duquesa.

—¡Ay, si la hubierais conocido! Era una mujer enteriza que vivió como quiso, ajena a las murmuraciones y queriendo al hombre que amaba sin por ello someterse a él, antes bien teniendo por cierto que primeramente hay que ser amigos y después amantes, que la amistad dura y es más fundamento de bondad que no el falso amor con el que revestimos el deseo de los cuerpos.

—Eso lo veo yo muy juicioso —afirmó la duquesa.

—Cuando no se tienen bienes de fortuna, señora, la mujer no tiene otro designio sino ser esclava del varón que se casa con ella, y aún peor que esclava me atrevería a decir porque, además, ha de llevar a la cárcel del matrimonio una dote trabajosamente reunida por sus padres, que es como entregar el rescate sin sacar a la cautiva de las manos de su carcelero. Las Cervantas nos hemos resistido a eso aun a costa de andar en boca de la gente, porque también hemos aprendido que la prenda exigente de la honra es la cadena sin hierro que a las mujeres nos mantiene presas y desgraciadas. En nuestra familia, la que quiere, ama libremente y es dueña de sus actos y sigue en ellos su albedrío, y ninguna nos hemos dejado amedrentar por la opinión ajena. Así piensan también nuestros padres y hermanos, que la libertad es el más preciado don de las criaturas racionales y no se debe rendir ante nada ni ante nadie. No me han faltado pretendientes de buena edad y condición, ricos y honrados, y aún ahora que me acerco a las puertas de la vejez tengo todavía pretendientes, incluso de buen linaje. Pero, hablando en confianza, no los quiero. Con la aguja me gano la vida sin depender de nadie. En esa profesión de ser libres, no necesitamos de maridos ni de amigos, antes bien nos servimos de ellos para nuestro deleite si nos apetece.

—Y vuestra hermana la monja, ¿qué ha sido de ella? —preguntó la duquesa.

—Sor Luisa de Belén. Alguna vez nos escribe desde su convento de

Alcalá. Ella era de otra pasta, se cansó de itinerancias familiares y se retrajo a la sombra de nuestro padrino el licenciado Cristóbal Bermúdez, quien por ser hombre muy piadoso la fue introduciendo en conventos y devociones hasta que ella, usando de su libertad, decidió meterse a monja. Es una persona apacible y compasiva, también bondadosa consigo misma y no partidaria de los extremos en los que suelen incurrir las monjas por competir en extravagancias y méritos. Sus compañeras de convento han escogido nombres ostentosos, sor Jerónima de las Llagas, sor Juana de los Tres Clavos, sor Inés de la Expiración, sor Alfonsa de las Puñadas, sor Angustias de la Agonía… Nuestra hermana ha querido llamarse con más simpleza y suavidad: sor Luisa de Belén.

—Lo que me parece juicioso —dijo la duquesa.

—En su comunidad observan las constituciones primitivas, visten el mismo hábito en invierno como en verano y calzan las mismas alpargatas blancas. Luisa sufre con paciencia los sabañones, pero no se mortifica con cilicios ni alardea de despreciar al cuerpo. A su manera es dichosa, sin entrar en las mojigaterías del oficio ni en las camarillas que suelen hacerse en los conventos. La felicidad tiene muchos caminos, pienso yo que cada cual debe seguir el suyo siempre que sea de su gusto y no impuesto. Las otras hermanas escogimos la libertad en el siglo, ella a su manera encontró la suya en ese cautiverio del convento.

En estas y otras conversaciones pasaron la mañana las mujeres y a la hora prudente en que los vapores del guiso ascendían de las cocinas, doña Andrea se despidió de la duquesa, que la acompañó hasta la puerta, donde se abrazaron y desearon toda ventura, quedando las más estrechas amigas del mundo.

29

De la fiesta que el duque de Frías dio en su palacio por celebrar las bodas de su amigo el banquero Simón Sauli

Sucedió que, por causa de la penuria de viviendas que la corte padecía desde que se trasladó a Valladolid, muchos señores principales que se estaban construyendo sus palacios tenían que albergarse o celebrar sus bodas o bautizos en casa ajena.

—¿El duque de Frías? —preguntó doña Constanza—. ¿Es que se casa?

Doña Andrea dobló cuidadosamente su mantón de viuda y lo depositó sobre el arcón.

—¿De qué se va a casar Frías, si no tiene ni para comer caliente? —replicó—. De buena tinta sé que en esa casa encumbrada muchas noches se acuestan sin cenar, más por necesidad que por dieta, y que no les queda más patrimonio que un par de arcones viejos ratonados y vacíos y el venir de los godos. El que se casa es el hijo de Simón Sauli, el banquero, pero las bodas se celebrarán en el palacio de Frías.

—Se lo habrá alquilado —supuso doña Constanza.

—Lo más seguro, pero por guardar apariencias hace creer que se lo ha cedido gentilmente. Sauli quería aplazar las bodas hasta que las obras de su palacio estuvieran terminadas, pero su hijo está impaciente por gozar de la novia.

—¿Y ella, de qué familia es? —preguntó doña Constanza—. Será genovesa.

—A medias. Es una hija natural que el mercader Jerónimo Brizzi de Menchaca trajo de las Indias. Yo la he visto un par de veces, aunque la tienen muy guardada y solo sale a misa con un séquito de tres dueñas y dos criados. Se llama Estrella. Es una mestiza quinterona muy hermosa. No habrá cumplido trece años, pero tiene ya hechuras de mujer.

—Y con el padre rico, ¿qué más se puede pedir? —dijo doña Constanza—. Y de la madre, ¿se sabe algo?

—Quedó en las Indias. Dicen que era una esclava de Brizzi y que la vendió a otro genovés antes de venirse a España.

En eso estaban cuando llegó doña Dorotea, que se había aficionado mucho a la amistad de doña Constanza y la visitaba casi a diario.

—¿Sabéis lo de las bodas de Sauli, el genovés que juega a los naipes con Su Majestad?

—De eso hablábamos.

—La duquesa de Arjona está invitada y quiere llevarnos como damas de compañía.

—¿A quiénes? —preguntó doña Constanza.

—A nosotras, a ti y a mí. Y a vuestro tío y amigo nuestro, don Miguel de Cervantes. Ya sabéis cómo admira sus escritos.

Isabel, la hija de Cervantes, que cosía en silencio junto a la ventana, abandonó la costura y salió del aposento dando un portazo.

—¡Ay, esta niña! Hoy se ha levantado con dolor de cabeza —la disculpó doña Andrea.

Doña Constanza emitió un profundo suspiro.

—Me gustaría ir, pero es que no tengo qué ponerme.

—Ni yo —dijo doña Dorotea—, pero la duquesa nos prestará vestidos de los suyos. Anímate. Después nos llevarán a las huertas en carroza. Habrá luminarias y una fiesta de máscaras.

—Venga. Yo os arreglo los vestidos —animó doña Andrea a su hija —. Tienes que disfrutar antes de que se marchite la juventud. Cuando tengas mi edad, te arrepentirás de haber desaprovechado las ocasiones.

Doña Dorotea y doña Constanza pasaron la tarde probándose vestidos en el palacio de la duquesa. Con los arcones abiertos pasaban de uno a otro sin decidirse, tan hermosos eran todos. Finalmente doña Constanza se asentó con una saya de raso granate acuchillada y forrada en fina holanda, con unos rodetes bordados de gran primor, mientras que el pelo, que tenía castaño y suave como seda, llevaría surcado de levísimas hebras de oro y recogido en adusto moño que dejaría al descubierto, por ir destocada, un cuello gentil. Así se lo prometió la peinadora de la duquesa, que era por su arte de las más solicitadas de la corte. Por su parte doña Dorotea prefirió un justillo muy ceñido, que habría realzado su figura de no ser porque la moda de la corte tendía a ocultarla oprimiendo el pecho con una tablilla, mientras que por abajo el verdugado del vestido ocultaba las formas ampliándolas.

—No sé si podré respirar mucho tiempo dentro de este artilugio o si me pondré a boquear como pez fuera del agua —se quejó doña Dorotea.

—¡Estáis bellísima! —certificó doña Constanza contemplando a su amiga con ojos rientes.

—Las dos estáis para deslumbrar a la corte que acudiera a la boda —dijo doña Andrea, que las había acompañado para ajustarles los

trajes.

—¡Parecéis princesas! —corroboró la duquesa cuando comparecieron ante ella.

—Y vos una reina —le correspondió la galanura doña Constanza.

Y en verdad la duquesa lo parecía en su justillo recamado de perlas con haldetas y mangas acuchilladas y cuello valona cariñana, y en su saya guardainfante, en tejido doble de Cambray rematado por una cinta de terciopelo negro.

Mediada la tarde, a la hora anunciada, fueron llegando los invitados a la corredera de San Pablo, que desde temprano estaba acotada en sendas bocacalles con mozos armados de palos que impidieran el tránsito de mendigos. Sobre el suelo esparcido de juncias y palmas como en Corpus, fueron llegando las carrozas y sillas de mano de los convidados. De ellos, con ser hasta quinientos, si no más, solo pararemos mientes en el alcalde de corte don Cristóbal de Villarroel, el cual desde la mañana se había acicalado para la ocasión, primero perfumado por una esclava negra, gruesa y carrilluda que le espurreó agua de azahar por entre los dientes haciendo nubes de menudas gotas. Vierais al alcalde escoger sus mejores galas y cintas, bruñir medallas y armas, cepillar terciopelos, llamar al barbero que le arreglase el bigotazo y le depilase narices y orejas; vierais al grandísimo truhán vestir su mejor traje, con un tahalí de estreno, y tomar sobre él diversos sahumerios y polvos de olor de guisa que, al salir a la calle, pareció por donde pasaba que había ardido la especiería. Así llegó, importunado de perros hambrientos que al olfato del guiso acudían, y pasando la barrera de los pobretes, que conociendo quién era prestamente se apartaron, y la sucesiva de los mirantes, los cuales estrujándose e importunándose pugnaban por no perderse el espectáculo, entró en los aledaños del palacio de Frías, que bien conocía por sus connivencias con el duque.

No es este lugar para extenderse sobre la gran muchedumbre de pobres y desheredados que en sus distintas categorías, unas más altas que otras, se había congregado allí para mirar el brillo de los ricos y avivar el resquemor tan nuestro de la envidia, que, como rascada en sarna, duele y al mismo tiempo place.

Fue, como suele ocurrir donde se comprime tanta muchedumbre, gran río revuelto para rapadores de bolsa, manos sobonas bajo las basquiñas y rabos de putos. A nada de eso atendió ese día Villarroel como representante de la justicia, sino que, para su propio lucimiento y medro, se unió a los invitados a la boda que de todas partes muy compuestos y aderezados acudían, unos en carroza y otros en mulas encubertadas con ricos paños, todos con gran séquito de criados y pajes de librea, ministriles, cocheros y mozos de mulas y aposento.

Fue ocasión en que volvieron a lucirse las capas de escarlata

forradas de telilla de plata y los sombreros de tafetán verde confeccionados para las pasadas fiestas del natalicio real y de la visita del inglés. En los balcones, ventanas y terrados de la vecindad se agolpaba mucha gente menuda a ver tanta grandeza. Gentilhombres vestidos de ricos jubones y calzones adamascados, con espadas de lucimiento al cinto, se saludaban destocándose de sus sombreros y barriendo el suelo con las plumas en amplio ademán. Pajes de librea auxiliaban a las damas que descendían de las carrozas o de palafrenes enjaezados con riquísimas sillas de plata y guarniciones, unos bordados, otros chapados. Las damas, puesto el pie en el suelo, se miraban unas a otras y competían en sayas enteras de diferentes telas de oro, sus rasos cortados, forrados de velos de oro y plata, y sus bordados con multitud de perlas y menudas joyas.

Pasando la puerta del jardín, cuyo apeadero de grandes losas estaba sembrado de juncia y matas de olor, se veía una avenida de laureles y aligustres que hubiera conducido a la mansión derechamente de no interponerse, en medio de los parterres, una hermosa fuente de piedra con Neptuno cabalgando un tritón, el cual, por la boca, arrojaba un caño de agua que, henchida la concha debajo, se vertía todo alrededor en la siguiente, más grande, y esta en la fuente solera, con admirable concierto.

Era un jardín espacioso, y al fondo la armoniosa fachada del palacio de dos plantas, torreones esquineros y veinte balcones, todos iluminados con hachones encendidos, y adornados de ricas colchas y tapices entre cuyos resquicios se dejaba ver un paramento antiguo que figuraba un rico despiece de sillería almohadillada.

—¡Por Dios que le han lavado bien la cara! —exclamó la duquesa mirando el palacio—. Detrás de esos aparejos, queridas mías, no hay sino desconchaduras de vejez y abandono que muestran las tripas de maderas viejas, ladrillos pintones y cascajo de que está hecho el edificio. Bien se ve que el genovés lo ha arreglado para la ocasión y mucho me huelgo de que el banquete no sea dentro, donde los techos deben de estar a punto de desplomarse.

Pasaron entre los invitados nuestra duquesa y sus damas, y doña Teresa iba saludando a un lado y a otro muy gentilmente. Allí estaba el escribano Galván, pálido y avinagrado, con su mujer, doña Inés Hernández, embutida en un justillo tan ceñido que la pechera le rebosaba hasta cerca de la barbilla.

—En esa flor hay polen suficiente para dos abejas —oyó doña Dorotea que comentaba un galán a su espalda hablando de la escribana.

La prudente doña Dorotea aguardó a que el que lo dijo se alejara y le preguntó a la duquesa.

—Amiga Teresa, ¿quién es aquel buen mozo de verde que por allí va

con otro amigo?

—¡Cuidado con ese! —advirtió la duquesa—. Es don Andrés Fernández de Velasco, el hijo del duque de Frías, un pisaverde sin oficio que a punto de cantar misa para el puesto de beneficiado de la catedral de Segovia, que su tío el obispo le tenía destinado, ahorcó los hábitos y ahora se dedica a coleccionar virgos, aunque tampoco le hace ascos a las casadas. El que lo acompaña es otro que tal baila, don Diego de Mendiña y Acevedo, hijo del duque de Álora, que se precia de tener pistoleadas a más doncellas que días hay en el año, y esa y alguna habilidad en el juego de cañas es el único mérito que atesora. Dos alhajas de las que haréis bien en guardaros.

Doña Constanza los tasó con la mirada. Eran de buena planta, guapos y retrepados, y el de Frías vestía en cuerpo con un jubón bordado muy lujoso, calzas de seda y gorra aderezada con plumas y joyas. El de Acevedo no le iba a la zaga con un jubón de seda escarlata con las mangas acuchilladas que mostraban debajo el forro azul y una gorra de terciopelo del mismo tono.

—No es lo que se dice un buen partido —le murmuró la duquesa al oído—, porque el padre debe más de lo que tiene y el hijo va camino de heredar solo deudas. Ese joyel que luce en la gorra es tan verdadero como la religión de Mahoma.

En esto llegó la novia, lo que produjo un revuelo de aclamaciones y vivas al tiempo que sonaban chirimías, trompetas y atabales y se encendían los fanales que estaban prevenidos para que el paso de la desposada luciera como si fuera de día. Calló la duquesa y se volvieron los ojos hacia la entrada donde se apelotonaban los convidados para aclamar a los novios. Iba primero la novia muy gentil y de buen talle, ancheta de caderas, tetada, tostadita de piel, guapa de cara, en un traje de corte con valona cariñana al cuello que por arriba se adaptaba al busto, resaltando la estrecha cintura, y por abajo se ensanchaba hasta los pies en un verdugado redondo de lama y brocado con relieves dorados y fondo carmesí en el que habían bordado menudas joyas de manera que resplandecía bajo la luz de los hachones con el efecto de aclararle la morenez del rostro. Detrás de ella, a cinco pasos, llegaba el novio vestido de damasco carmesí con jubón de tela blanca cuajado de pasamanos de plata, muy galán, haciendo saludos cortesanos con el sombrero, y seguido de cuatro pajes con vaqueros de raso encarnado.

—Nunca se vio brillar tanto estrella tan oscura —comentó un galanteador a la espalda de doña Constanza.

Ella vio por el rabillo del ojo que era el hijo del duque de Frías y notó su aliento cálido en el colodrillo como si le aspirara el perfume. Sintió un repeluco y se inclinó al oído de doña Dorotea para decirle: «Cuidad que tenemos aquí a los enamorados».

Las dos rieron, cómplices, y atendieron solo a medias a la ceremonia.

Los novios se habían casado la víspera en Santa María delante del obispo de Segovia, su pariente, pero aún no se había firmado el contrato de esponsales. Llegaron con los testigos a la mesa donde el escribano Galván los esperaba y firmaron los documentos, el novio con mucho garabato, como el que está acostumbrado a manejar la pluma, la novia con mayor dificultad, sacando aplicadamente el ápice de la lengua, mientras dibujaba las letras de su nombre, Estrella.

Por excusar las calores propias de la estación habían dispuesto el banquete en los jardines. De las treinta mesas largas, sobre caballetes, con manteles blancos, las seis que rodeaban la fuente central, por gozar de su frescor, se reservaban a los convidados de alcurnia y otras veinte más alejadas, para los de menos calidad. El mayordomo sentó a doña Teresa en la de los novios y a sus damas de compañía las llevó a las mesas segundas. Antes de que empezara el banquete los convidados admiraron mucho de la disposición, riqueza y cantidad, del servicio, con vasos, saleros y piezas de diversas hechuras, y los aparadores de botillerías, en los que había tal recado de cuanto pudiera ser menester que casi tapaban el mantel, todo puesto con gran orden y policía.

Regidos por el maestresala ocuparon los convidados sus lugares y se mostraban unos a otros con gran algazara los tenedores de tres púas que junto al plato tenían dispuestos, siendo este cubierto una novedad en España. El duque de Puñonrostro se encaró con el Neptuno de la fuente y mostrándole su tenedor le dijo: «¡Pardiez que en tridente me superáis, pero en otras prendas más tapadas no!», lo que fue muy celebrado por sus parientes y algo menos por el resto de la mesa.

—Y eso que todavía no ha bebido —murmuró la duquesa, con un gesto de resignación, a su dama frontera.

Pasada la novedad de los tenedores, a una señal del padre del novio, los sumilleres del vino y las viandas batieron palmas para que los servidores y pajes de librea que estaban prevenidos en el apeadero de palacio comenzaran a servir los sustentos.

30

EN EL QUE DON MIGUEL DE CERVANTES DEPARTE CON UN MERCADER DE LIBROS VENECIANO Y DE LAS RAZONES QUE ENTRE ELLOS HUBO

Era el padre del novio hombre curioso y de algunas letras, y conociendo por la duquesa de Arjona que el autor de don Quijote, con cuya lectura tantos buenos ratos pasaba, vivía en Valladolid, quiso, con su conocida liberalidad, invitarlo a la boda. Don Miguel al principio intentó excusarse por parecerle que no tendría un jubón ni una capa decente con las que comparecer, pero el propio padre del novio, don Simón Sauli, porfió en que hombre de tan alto ingenio parecería bien en hábito sencillo y que los oros y los oropeles van bien a los que otras virtudes no tienen sino el ser ricos, con lo que don Miguel, agradecido también a la duquesa de Arjona, que le insistía en que había de venir a la boda, cedió y asistió a ella, aunque por su modestia procuró acomodarse en lo más apartado del banquete. Quiso la suerte que allí coincidiera en la misma mesa en la que el aposentador había acomodado al alcalde Villarroel, el cual, al verlo, dijo:

—No me sentaré yo en compañía de personas que huelan a cárcel.

Escuchó esas palabras el maestresala de don Simón Sauli, que era un romano de gran fineza, y dijo a don Miguel:

—Señor, debo excusarme porque el aposentador os ha traído a una mesa que no corresponde a vuestro rango, sino que don Simón Sauli me encareció que os pusiera con sus familiares y amigos más estrechos, donde también conoceréis a la duquesa de Arjona, que tanto os admira.

Con lo cual quedó Villarroel muy corrido, como si el honor debido a don Miguel de Cervantes redundara en deshonra suya, tan suspicaces son los funcionarios y cortesanos en esta tierra.

Acompañó el maestresala a don Miguel a la mesa principal y, sabiendo que sería de su gusto, lo acomodó junto a un mercader de libros milanés, de nombre Juan Bautista Vidello, con el que departió muy gustosamente toda la cena sobre las modas de Italia y los nuevos libros que allá las prensas imprimían.

Quiso saber el milanés la diferencia entre honor y honra, palabras con las que topaba muy a menudo desde su estancia en España.

—Honor y honra son materias distintas —explicó don Miguel tras reflexionar sobre ello—. A los nobles se les supone la honra, que es alteza de linaje. Los plebeyos no tienen honra pero tienen honor, que es limpieza de sangre sin tacha de moro o judío o hereje.

—Siendo así, el honor viene a ser la nobleza del pobre —dijo Vidello.

—Algo así —corroboró don Miguel—. Podríamos decir que la honra es la nobleza del cielo, así como el honor es la nobleza de la tierra. La honra se alcanza con hazañas guerreras en servicio del rey; el honor, no: el honor ya lo tiene uno al nacer. Solamente debe conservarlo y no perderlo. El honor es el desquite del pobre y su único patrimonio.

—Entonces, si todos lo tienen al nacer, todos son iguales —dijo el milanés.

—Ahí está el daño, que no todos son iguales. El que desciende de judíos o herejes nace sin honor. Y muchos nobles tienen abuelas o bisabuelas judías, lo que no ocurre con los plebeyos. Al que nada tiene, le consuela mucho tener honor y trabaja por mostrarlo.

—¿Cómo puede mostrar tal cosa?

—El que tiene honra no trabaja porque el trabajo deshonra.

—¿Qué me decís, que el trabajo deshonra? —se admiró el milanés.

—Así lo creen ellos —asintió don Miguel con un punto de tristeza—. Un noble pierde su nobleza si cabalga en un asno, por ejemplo, porque es cabalgadura propia de villanos. Al noble le corresponde el caballo o una buena mula. También la pierde si trabaja con sus manos en algo que no sea la guerra, la caza o los juegos de fuerza y tino.

—¿Y puede esta gran nación sustentarse sin el esfuerzo de sus linajes? —se admiró Vidello.

—Aún se mantiene en sus apariencias, pero no sabemos por cuánto tiempo —repuso don Miguel esparciendo la mirada por las manzanas agusanadas que en derredor lucían riquezas y alcurnias—. La holganza, amigo mío, es indicio de sangre limpia porque los moros y judíos eran gente muy laboriosa y hasta siendo ricos vestían sencillamente por acrecentar patrimonio. ¿No habéis visto este derroche en terciopelos, brocados y joyeles que nos rodea? Es porque el que es algo tiene que echárselo encima y mostrarlo. Vivimos de apariencias. Del mismo modo el cristiano viejo debe mostrar desprecio al trabajo y amor al lujo, que se vea que las inclinaciones de su sangre son muy contrarias a las de la mala raza judía. Estas vanidades, amigo mío, son causa de la decadencia del reino. La fascinación del honor ha engendrado una república de hombres encantados que viven fuera del orden natural. Cualquier menester distinto al de las armas o al religioso puede ser tenido por indicio de sangre impura, de ahí que se

abomine el comercio y la banca por ser cosa de judíos y de las labores del campo, que son propias de moriscos.

—Ciertamente me sorprende que tan grande nación se halle tan despoblada y pobre —dijo el milanés.

—Vos que venís de fuera lo notáis y muchos de dentro también, pero nadie le pondrá remedio —se lamentó don Miguel—. Cada día que pasa España se empobrece más por la mengua del trabajo y el desgobierno de los que dan en seguir la vana honra del mundo, pues entre ricos que huelgan, religiosos que solo atienden a los asuntos del Cielo, humildes que visten la pereza bajo capa de pobreza y labradores que con el más fútil pretexto declaran día feriado, nadie trabaja. Los oficios se reputan como innobles e indignos de hombres libres, por cuya causa abundan tanto los holgazanes y las malas mujeres, además de los vicios que a la ociosidad acompañan. El noble quiere vivir de sus rentas; el pechero que nada tiene, queriendo subir de estado, abandona el campo y viene a la ciudad, donde se hace criado de boca y mesa y pierde la vergüenza que en su aldea, por ser conocido, solía tener. Así se están, sin hacer nada, todo el día siguiendo al amo como el rabo sigue al perro, por tristes salarios, en oficios de pajes, de esportilleros, de lacayos, de escuderos, de triperos, de mozos de espuela, de rascamulas, de galopines, de pinches, de pasteleros o de apagavelas, de aguadores, de especieros, mientras que las otras mil labores que debieran enriquecer al país quedan vacantes, sin nadie que las atienda. Incluso los que trabajando mejoran, en cuanto juntan suficientes dineros compran hidalguías y casan a sus hijos con nobles de más linaje para que sus nietos no tengan que trabajar, y así, en cuanto pueden, liquidan los negocios para vivir noblemente de las rentas.

—Me espanta lo que decís —dijo el milanés—. Ya había notado que mucho campo bueno está improductivo.

—En eso tiene alguna parte la Iglesia —contestó don Miguel bajando la voz—. Hay tantas novenas, procesiones, octavas, autos de fe, canonizaciones, Semanas Santas, fiestas de patrones y otros mil pretextos píos de holganza que los días laborables no alcanzan a la tercera parte del año. Por milagro se encuentra alguien que con su trabajo sustente a los otros, de lo que se derivan los grandes males de hoy y se aparejan los mucho peores del mañana. Por otra parte, en esta casa fatigosa nuestra de España hay tan gran suma de hijosdalgo, monasterios, clérigos y otras personas de orden, libres de pagar tributos, que necesariamente todo el peso del mantenimiento del reino descansa sobre los débiles lomos de unos pocos, los cuales lo tienen a maldición y solo sueñan con pasarse al número de los que viven de rentas y no pagan al fisco. De ahí procede la miseria y despoblamiento del campo y la decadencia de los talleres, el aumento de los precios y

las compras de cédulas y letras que arruinan las ferias.

31

Donde se cuentan otros extremos pertenecientes a las bodas de la hermosa Estrella y de las escogidas viandas que en ellas se consumieron

El banquete era a la moda borgoñona, como en la corte española se acostumbra, con siete platos en cada servicio y cuatro servicios sucesivos. Llegado el momento, que indicó el maestresala con una venia, abrieron los maestros de mesa los candados que cerraban los cubrefuentes y pucheros y los pajes comenzaron a servir los platos principiando por los invitados de mayor calidad.

—¿Qué novedad es esta de traer la vianda presa con candados? —preguntó a doña Dorotea el convidado que tenía al lado, un anciano caballero recién llegado de Génova y poco ducho en las costumbres de la tierra.

—Señor, es por evitar que los mozos que los traen coman de ello en el camino de las cocinas a la mesa.

El caballero no pudo sino alabar el buen juicio de aquella prevención.

—¿Es que en Génova no usáis candados? —inquirió doña Dorotea.

—No, *signora* mía, pero puedo aseguraros que en cuanto regrese a mi tierra llamaré al platero y pondré cubrefuentes a todos los servicios de mi mesa. Cada día se aprende algo. No hay estudio ni universidad como viajar y ver.

Comenzó la comida con tantas y tan diversas viandas escogidas y delicadas que fue cosa maravillosa. En las mesas principales sirvieron manjar blanco de pechugas de pollo y azúcar, perniles cocidos, carnero asado, capones hervidos con almendra y ajedrea, empanadas de ternera con pimienta y otras de gazapos en masa dulce, perdices asadas, gigotes de capones sobre sopas de natas, bollos maimones y pavos reales asados que los sumilleres adornaban con sus plumas antes de llevar a la mesa. Tampoco faltaron perniles asados y pavos en salsa, gallinas de Arjona y pastelillos saboyanos de ternera, hojaldrados y pichones, las empanadillas que llaman artaletes, así como capirotada de salchichas y perdices de Matallana, unas asadas en salsa de limón y otras tapadas con guisado de huevos, ajo y hierbas. Los vinos, por su

calidad y abundancia, anduvieron parejos con los yantares, amén de limonada y mazapanes de monja, ponche de huevo o pestiños de anís, que convivieron para abarcar todos los gustos con el hipocrás, los sorbetes de nieve, las almendrucas y pasteles, las chufas y acerolas y las garrapiñas y golosinas de dama.

En la mesa más humilde de doña Dorotea y doña Constanza el servicio fue de albóndigas con pimienta, torreznos asados, salchichones de lechones enteros, empanadas calientes y conejo en salsa de sauzgatillo, que pica como la pimienta y es más barato por venir de nuestros montes. Era de ver cómo los galanes daban a sus enamoradas cual una rodaja de morcón, cual una morcilla garrapiñada, cual un torreznillo asado en miel y otros refrigerios porcinos que en los bodegones se estilan.

—¡Carnero tenemos! —exclamó un comensal que por falta de costumbre no lo distinguía del cerdo—. ¡Celebremos la vianda que por su natural complexión saca del cerebro melancolías y quita gota y pesares a los que padecen mal de amores!

Concurrieron también otros cien platos, si no tan famosos, no menos nutritivos y deleitosos, en los que se cebó la muchedumbre de convidados y aún sobró para los criados y cocheros, que eran legión. Baste decir que de lo que estos dejaron comieron varios días los pobres del hospital.

Era de ver como entre los servicios se acercaban pajes con aguamaniles de plata y toallas de lino para que los comensales se lavaran los dedos manchados de salsa, pues muchos habían renunciado al tenedor después de lastimarse los labios o la lengua y preferían comer con los dedos, lo de toda la vida. Como dijo el propio obispo de Segovia, y fue por ello muy celebrado: «Permitidme, señorías, que no utilice este *furcifer*, que parece la herramienta con que el diablo agrede a las almas en el infierno, y recurra a los cinco mandamientos —y aquí mostraba la mano regordeta y anillada—, y, si la tajada se resistiera, a los diez mandamientos», y mostraba las dos manos.

Llegando a los postres, al tiempo se quitaron los primeros manteles, en un momento se vieron la mesas llenas de grandísima diversidad de confituras y conservas almojábanas, frutas escarchadas, natillas y quesos azucarados, así como aceitunas de diversas hechuras y adobos, gordales y cornicabras con ajo, hinojo, tomillo y corteza de naranja en tanto grado que causó gran maravilla. Y aun detrás de los postres hubo agua de canela, de azahar y limonada, así como un liberal refrigerio de agua de nieve y chocolate, sorbetes y golosinas.

Terminada la comida, que duró hasta la noche entrada, los criados se llevaron los tableros y caballetes y dejaron espacio para los actos de alegría comunes y ordinarios, cuales suelen ser músicas y bailes,

danzas y regocijos, que habían de venir.

32

Del galanteo de las Cervantas y de la burla de sus presuntos amadores, con el no menos esclarecedor escrutinio de los libros salaces del duque de Frías

Había en los dos extremos del jardín sendos tabernáculos donde se dispusieron músicos con chirimías, atabales y toda clase de instrumentos que tañían acompasadamente a la moda italiana.

Don Miguel de Cervantes, por tener el vino melancólico, se retrajo lejos del bullicio y fue a sentarse en un apartado cenador, adonde apenas llegaba el rumor de la fiesta. Doña Dorotea y doña Constanza volvieron al lado de la duquesa, en su mesa principal, donde los dos pisaverdes las buscaron y, con gesto ensayado y galán, se quitaron los sombreros y barrieron el suelo con sus plumas en cortesana reverencia, acabando el arco del brazo, según mandan los cánones, sobre la cadera izquierda.

—Señora duquesa —dijo don Andrés—, respetuosamente nos ponemos a sus pies y solicitamos de vuesa merced que estas joyas beldades puestas bajo su protección sean nuestras parejas en la honesta pavana que comienzan a tocar los músicos.

Las dos amigas se miraron y miraron a la duquesa. Doña Teresa asintió con el gesto y las animó a ir.

—Quitad cuidado que conmigo misma estoy bien servida —dijo— y me huelgo de veros tan amigas y contentas.

Las dos mujeres tendieron cortesanamente las manos, que los galanes tomaron en alto y así solemnemente las llevaron hasta el claro que en torno a la fuente de Neptuno se hacía, donde ya danzaban otras parejas la acompasada pavana.

—¿Vuestra gracia? —preguntó la pareja de doña Dorotea a las vueltas de la danza.

—Dorotea de Osuna, ¿y vos?

—Andrés Fernández de Velasco —dijo él—. Soy el hijo del duque de Frías, cuyo es este palacio.

—Me lo han alabado mucho como uno de los más antiguos de España.

—Por eso, por venir de los godos como nuestro linaje, está algo

necesitado de arreglos que pronto emprenderemos —explicó don Andrés—. ¿Queréis verlo? En mi aposento guardo una colección de raras conchas marinas traídas de las Indias.

De sobra entendió la discreta doña Dorotea que el mancebo quería ponerla a contemplar las grietas y telarañas del techo del dormitorio antes que sus conchas marinas, pero aun así, por recrearse en la suerte, dijo:

—Eso me placería sobremanera, pero cuidad que ahora los músicos están tocando una gallarda y esa es danza que me deleita antes que ninguna otra.

—Bailemos, pues, la gallarda —convino don Andrés.

Después de la gallarda bailaron otras dos pavanas, y cuando don Andrés daba ya muestras de impaciencia, por no probarlo más dijo la discreta doña Dorotea:

—Sabed que tanta danza con este vestido tan pesado me ha dado calor.

—Venid conmigo y os daré también un refrigerio de nieve —dijo Andrés. Notando el lunarcito que doña Dorotea tenía junto a los labios, no podía apartar de su pensamiento que los tales suelen traer otro igual en lo más oculto y sabroso de su natura, y él, que se había prometido desmayarla y catarlos ambos aquella tarde, veía la fruta anhelada tan a mano que casi sin esfuerzo alguno se le ofrecía.

Miró la muchacha el gentío de personas graves acomodado en sillas y almohadas en derredor del jardín para conversar o mirar a los danzantes y añadió:

—Para no levantar murmuraciones, id vos primero y aguardadme pasadas las puertas.

Marchó el galán muy conforme y doña Dorotea, llegándose a doña Constanza, la tomó en un aparte y le dijo:

—No te alarmes, amiga, si ves que entro en el palacio con el de Frías. Llevo conmigo los polvos de la Palazona y lo dormiré antes de que quiera satisfacer su intento.

Respondió doña Constanza:

—Mira que el que me pretende a mí no quita ojo y querrá que entremos también en busca del mismo desahogo, pues en el jardín, con tanta gente, no queda enramada ni seto donde hacerlo que no esté sobradamente concurrido.

—En ese caso entremos y durmamos a los dos.

Así lo trazaron. Doña Constanza regresó a su galán y le dijo:

—Mi prima entra en la casa a buscar donde solazarse con su amigo y yo no quiero quedarme atrás. Venid y hagámoslo.

—Soy vuestro servidor —dijo él, encantado.

Entraron como habían dicho en el palacio, primero ellos, por no levantar murmuraciones, y después las dos muchachas, que fueron

recibidas con el mismo alborozo y fiesta como si hubiera pasado mucho tiempo desde la separación, tanto ardimiento había en los caballeros.

Es el caso que el alcalde de corte Villarroel andaba vigilando a las dos amigas por la mala fe que les tenía y el deseo de averiguar deslices que pudieran perjudicar a don Miguel de Cervantes, de manera que, al notar que secreteaban y miraban mucho hacia el palacio, entendió que algo se traían entre manos, y sigilosamente las siguió a cierta distancia, medio oculto entre los verdes setos. Cuando las vio entrar se pegó al muro y ya estaba casi por alcanzar la puerta cuando, queriendo ocultarse detrás de uno de los cobertores que pendían de la fachada, vino a pisar el borde de la tapa mal encajada que cubría el pozo negro y, resbalando sobre ella, cayó en sus adentros la cabeza por delante, con tanta fortuna que estaba casi lleno de excrementos, lo que lo salvó de descalabrarse contra las piedras del fondo. Se incorporó en medio de aquella fétida inmundicia que le llegaba por medio del pecho y tras vomitar hasta los calostros tanteando si había escalera o soga por donde subir, viéndose preso en aquel asco sin remedio, estuvo un buen rato dando voces y pidiendo socorro sin ser oído de fuera hasta que lo escuchó un invitado que se había arrimado al muro a mear, el cual asomándose al agujero destapado de la fosa fétida le preguntó:

—¿Sois por ventura un alma en pena a la que sus muchos pecados condenan a tan triste lugar?

—¡No soy tal! —declaró lastimero Villarroel—, sino el alcalde de corte que por caridad os demanda que aviséis a algún criado para que, con la debida discreción, me saque de este penoso lugar, merced por la que os sabré recompensar.

Avisó el demandado, acudieron criados con linternas y sogas y sacaron a Villarroel del mal paso, solo que hedía de tal manera que después que le echaran unos cubos de agua por la cabeza se volvió a su casa con el debido disimulo saliendo por la poterna del jardín y dando un rodeo por las callejuelas más apartadas por excusar encontrarse con algún conocido que lo viera en tan triste y maloliente facha.

Mientras esto pasaba a Villarroel, los mancebos verriendos don Andrés Fernández de Velasco y don Diego de Mendiña y Acevedo habían tomado de la mano cada cual a su presa, dando ya por conquistada la plaza, y en llegando a la sala de respeto don Andrés quiso asir de doña Dorotea para comenzar la amorosa refriega, pero ella le interpuso el hueso codal como solía en semejantes trances y le dijo:

—¡Cómo, señor, pecadora de mí! ¿Qué son esas prisas con tanta noche como queda por delante para solazarnos y disfrutar de nuestros

mutuos dones? Ved que las damas aquí presentes hemos comido en la mesa donde pusieron abadejo muy salado y venimos sedientas. ¿No hay en casa algún licor dulce o aloja o algo semejante con que brindar y refrescarnos?

—¿No lo ha de haber? —respondió don Andrés y, tomando una palmatoria, bajó a las cocinas, de donde regresó con una botella de vino dulce de pasas refrescado en nieve y cuatro tacillas en las que escanció el licor.

Dijo entonces la discreta doña Dorotea:

—¿Es esta cuaresma o convento riguroso para que estemos condenadas a tan cruda disciplina? ¿No hay agua en la casa donde nos lavemos y perfumemos de los sudores pasados? Sin lo cual tendríamos mucho reparo en entregarnos a la dulce contienda libres de cuidados, con cuanto amor, deleite y gusto podáis imaginar.

—¿No ha de haber agua? —replicó don Andrés tembloroso de deseo, con los trasudores de Tántalo—. Aunque os tuviéramos que traer el Pisuerga tirando de él de un ronzal, tendríais cuanta agua pidáis o más, tanto queremos serviros.

—Con menos de eso nos conformaremos. Que cada cual traiga a su dama una jofaina con agua y un paño de secar.

Bajaron los galanes a las cocinas por el agua y los paños y en quedando solas las damas, doña Dorotea sacó las papelinas de los polvos de la Palazona que llevaba prevenidas en la bolsa limosnera y dio una a doña Constanza diciéndole:

—Amiga mía, echa este polvo en el vino de tu enamorado, que se dormirá como el mío y entonces podremos buscar ese papel que el duque de Frías oculta en su escritorio, con el que, si Dios ayuda, esclareceremos por fin la muerte de Ezpeleta.

Regresaron en esto los galanes con las jofainas y los paños y ellas con mucho contento les mandaron apurar primero el vino, que vendrían cansados, y salir después del aposento dejándolas con sus abluciones. Ellos, obedientes, salieron al descansillo y, sentados en el primer peldaño de la escalera, se congratulaban dando por cazada la pieza y trazaban cómo poseerían a las damiselas y cuántas veces dando por seguro que las dejarían satisfechas y escocidas.

—¿Tardará mucho el remedio en manifestar su virtud? —preguntó doña Constanza.

—Poco, creo yo —respondió doña Dorotea—, porque como son jóvenes y ardientes he puesto una porción generosa para asegurar el efecto.

Pasado el espacio de dos credos salieron las muchachas a la antesala y encontraron a sus galanes, que roncaban apacible y profundamente dormidos y juntas las cabezas.

—Estos no despertarán en una buena pieza —dijo doña Constanza

—. Vayamos ahora al oficio del duque de Frías donde guarda sus papeles y hallemos el que está manchado de sangre.

Registrando los aposentos altos hallaron uno lleno de estanterías con libros de asiento y carpetas.

—Aquí debe ser donde guarda el marqués sus secretos.

Había también una mesa grande con una bandeja de peltre en la que no faltaban tinteros, plumas, cortaplumas, salvaderas y una barra de lacre, así como una regleta de marcar las pautas. Con todo, el mueble principal era un bargueño con muchos cajones pequeños y gavetas, adornado con taraceas de maderas de distintos colores y labores de talla muy meritorias. Dejaron las mujeres las palmatorias sobre la mesa y fueron sacando un cajón tras otro y examinando por lo menudo cuantos papeles contenían sin hallar el ensangrentado que buscaban. Examinaron después los papeles contenidos en las puertecillas y nichos del mueble hallándolas todas abiertas salvo una que estaba cerrada con llave.

—Aquí debe estar —dijo doña Dorotea—. Bajo llave.

—¿Qué haremos? —inquirió doña Constanza.

—Abrirlo, claro.

—¿Sin llave?

—Lo forzamos.

Miró doña Dorotea en derredor y no halló con qué violentar la cerradura fuera de la regleta de pautar, que era de hierro, bien afilada en su arista. La introdujo en la juntura de la puertecita e hizo palanca hasta que la aldabilla cedió con un crujido de nuez aplastada por la llanta de un carro.

—Ya está, amiga mía —dijo doña Dorotea.

—¡Por Dios que sois atrevida! —exclamó doña Constanza y, tomándole la mano, la puso contra su pecho—. Palpad, querida, y ved cómo me aletea el corazón, que casi quiere escapar de su caja.

—También a mí me palpita —dijo doña Dorotea y tomó la mano de su amiga para que lo comprobara.

En lo oscuro doña Constanza lo confirmó y las dos rieron con leves risas, como niñas en escondite.

—No sé vos, pero yo lo paso mejor en estas maldades que en brazos de mi galán roncador —aseveró doña Constanza. Y tornaron a reír.

En la puertecita forzada había tres libros, una carpeta y algunos papeles sueltos. Miró doña Dorotea los papeles y resultaron ser recibos del administrador del duque con las cuentas de los aparceros, todas ruinosas. Iba a descartarlos después de verlos por encima cuando reparó en un billete de papel más grueso que el que usaba el administrador en el que en buena letra procesal leyó: «Don Franz Dahlmann ha recibido de don Gaspar de Ezpeleta la cantidad de quinientos escudos de oro, lo que firma en Valladolid el día del señor

tal de tal». Debajo, con letras grandes y torpes y rúbrica desmañada, propias del que no está habituado a las letras, firmaba el tal Dahlmann.

—¡Un recibo de don Gaspar de Ezpeleta! —dijo doña Dorotea.

—No está ensangrentado, no es el papel que andamos buscando —observó doña Constanza.

—¿Y qué hace un recibo de Ezpeleta entre los papeles secretos de Frías? —reflexionó doña Dorotea—. Guardémoslo por si fuera valioso. —Y lo introdujo en su limosnera.

Prosiguiendo la indagación abrieron la carpeta sobre la mesa y juntando las luces de las dos palmatorias por mejor ver repasaron su contenido, que no era sino una edición de *I Modi*, los dibujos de Giulio Romano en los que se representan las dieciséis posturas del coito.

—Ved en qué entretiene sus ocios el condestable de Castilla —dijo doña Constanza pasando las láminas.

—Mira esto, amiga mía —señaló una de ellas doña Dorotea—: La mujer sobre el hombre. Nunca pensé que pudiera hacerse así.

—Ya se ve que no os habéis comunicado mucho con vuestros cortejadores —dijo doña Constanza, divertida—. Esa postura se llama meter la iglesia sobre el campanario y es buena cuando ellos andan desfallecientes y nosotras todavía no saciadas.

Terminaron de ver las láminas con otros sabrosos comentarios que los cronistas de esta historia no dejaron escritos, lo que es muy de lamentar, y pasaron a los libros. Doña Dorotea tomó uno y leyó en la página primera: *Sonetti lussuriosi di Pietro Aretino.*

—Esto es en español «sonetos lujuriosos».

—¿Sabes toscano? —preguntó doña Constanza.

—Suficiente para entenderlo. Mira este que comienza:

Amémonos sin tasa ni medida
puesto que para amar hemos nacido:
adora mi gorrión cual yo tu nido,
pues sin ellos ¿valdría algo la vida?

»No es esto lo que predican los santos padres en los púlpitos —comentó burlona doña Dorotea.

—Pero no por ello deja de ser verdad —dijo doña Constanza.

Rieron las amigas de buena gana.

Doña Dorotea pasó las páginas y vio que detrás de los sonetos, encuadernado en el mismo libro, había unas prosas.

—*Los ragionamenti* —leyó—. *La vida de las monjas, de las casadas y de las cortesanas.*

—Bien me gustaría poderlo leer —dijo doña Constanza.

—Y a mí, amiga, pero hemos de dejar esto como lo encontramos.

Dejó el libro y miró los otros, que eran *La cazzaria* de Antonio Vignali y *Speculum al foder*, sacado del moro Abulfamet. Doña Dorotea los devolvió a su lugar.

Era cuanto había en la gaveta, bajo llave.

—Hemos dado con el escondite de las lujurias del duque —dijo doña Dorotea—, pero de la carta ensangrentada no hay rastro.

—Debe tenerla a buen recaudo en otro sitio —supuso doña Constanza—. Será mejor que tornemos al jardín antes de que los enamorados se despierten y nos sorprendan registrando la casa.

Regresaron al descansillo de la escalera, donde don Andrés y don Diego seguían roncando apaciblemente sin cambiar de postura y pasando delante de ellos salieron al jardín donde doña Teresa las aguardaba inquieta.

—Gracias a Dios que salís —dijo—, que ya pensaba que estabais en algún aprieto. Ved que ya la gente se va y no quiero que seamos de las últimas. Don Miguel ha avisado que regresaría a casa dando un paseo por gozar del fresco y de la conversación de su amigo el impresor.

Con esto se despidieron de los recién casados y de sus padres y, saliendo a la calle, subieron a la carroza que estaba aguardando en fila con las otras.

—Dejemos primero a doña Constanza en su casa —ordenó la duquesa al auriga.

—Oír es obedecer —respondió él chasqueando el látigo.

Llegados a la puerta de doña Constanza, la muchacha besó las manos a la duquesa y le prometió devolverle el vestido al otro día, pero doña Teresa le dijo:

—Os sienta tan bien y estáis tan hermosa con él que os lo quiero regalar en recuerdo de los buenos ratos pasados.

—¡Que Dios bendiga vuestra generosidad y la merced que me hacéis! —dijo doña Constanza y, abrazando a doña Dorotea, descendió del carruaje, que prosiguió su camino al palacio de los duques de Arjona cuando ya los campanarios tocaban el cubrefuegos y las gentes del mundo se recogían, cada cual con su contento o con sus cuidados.

33

En el que doña Dorotea prosigue sus indagaciones

Otro día de mañana, en el desayuno, doña Dorotea mostró a la duquesa el papel que sustrajo la víspera del escritorio del duque de Frías.

—¿Franz Dahlmann? —dijo doña Teresa al ver la firma del recibo —. Debe de ser uno de esos mercaderes alemanes que comercian en la calle del Verdugo. Lo que no me cuadra es que recibiera dinero de don Gaspar de Ezpeleta, que era un hombre de menguados recursos. Quizá sepa algo nuestro buen amigo fray Francisco de Alcocer, que fue ecónomo de los franciscanos y durante muchos años vendía la lana de sus rebaños a los pañeros tudescos. Iremos al convento esta tarde y saldremos de dudas.

Aquella tarde, pasada la siesta, las dos mujeres se encaminaron al convento de los franciscos, donde las recibió fray Francisco. El fraile, que antes había sido rufián y hombre de mundo, mandó a un novicio por cojines y acomodó a las damas en el lugar más fresco de la santa casa, junto a la fuente del claustro.

Después de los cumplidos y gentilezas, doña Teresa fuese derechamente al grano y preguntó a su amigo por Franz Dalhmann. El fraile frunció el ceño y asintió como el que no tiene necesidad de registrar los vericuetos de su memoria.

—¿Dalhmann, eh? —dijo—. Sí, conozco a uno. ¿Puedo saber por qué se interesa por él mi señora la duquesa?

Doña Teresa le mostró el recibo.

—Como sabéis, padre, estamos intentando esclarecer quién mató a don Gaspar de Ezpeleta a fin de preservar el buen nombre de nuestro amigo don Miguel de Cervantes. Doña Dorotea ha encontrado este recibo por el que Ezpeleta paga una crecida cantidad de ducados al tal Dalhmann.

Fray Francisco meditó un poco con el papel en la mano.

—Me cuadraría más que fuera al contrario, que Dalhmann pagara a Ezpeleta —dijo.

—Eso nos pareció a nosotras, que si don Gaspar de Ezpeleta estaba sin blanca, ¿cómo presta dinero a un mercader tudesco?

—No es mercader, señoras —corrigió el fraile—, sino cabo de la guardia amarilla.

—¡Qué decís, reverendo! —se sorprendió doña Teresa—. ¿Un alabardero del rey?

—Así es, señora, y sigue siendo extraño que recibiera dineros de Ezpeleta, a no ser que…

Se interrumpió fray Francisco y sacudió la cabeza como rechazando un pensamiento.

—No, no puede ser… —murmuró.

—¿Qué es lo que no puede ser, amigo mío? —inquirió doña Teresa.

—Lo que se me había ocurrido, señora —contestó el fraile—. Es demasiado descabellado y no corresponde a lo que sabemos de don Gaspar de Ezpeleta.

—Cualquier indicio puede ayudar a esclarecer el caso, fray Francisco —dijo la duquesa—. Os suplico que nos lo hagáis saber.

El fraile frunció el ceño como el que consulta un grave dilema con su conciencia. Al final pesó más la consideración de las muchas liberalidades que la duquesa de Arjona tenía con su comunidad, aparte del chocolate con mojicones y picatostes al que doña Teresa lo convidaba los miércoles.

—Señoras, de continuar esta conversación deberé antes pediros que juréis solemnemente con la mano sobre este escapulario santo que de lo que aquí se trate no saldrá de vuestros labios palabra alguna ni daréis noticia por ningún otro conducto.

Tendió el fraile el escapulario, que representaba por un lado a Cristo Nuestro Señor y por el anverso la Virgen Santísima, su Madre, y las dos señoras juraron solemnemente.

—Pues bien, señoras —prosiguió fray Francisco—. Me temo que lo que vais a oír ofenderá vuestros oídos, pero lo diremos si ello se encamina al rescate de la honra de un inocente y al esclarecimiento de un crimen.

Tosió un par de veces el fraile, carraspeó un poco para entenebrecer la voz y adaptarla al discurso y, en tono más bajo que de costumbre, por no ser oído por los otros frailes que transitaban el claustro, declaró:

—Es el caso que va para dos años, el dicho guardia de los alabarderos del rey, Dalhmann digo, anudó una amistad particular con un frailecillo de este convento.

—¿Una amistad particular? —preguntó la duquesa.

—Sí, señora mía —afirmó fray Francisco reflejando en su semblante la pesadumbre que le causaba aquella confesión—. Quiero decir que ambos a dos se requebraban en amores por el vaso prepóstero.

Las dos mujeres intercambiaron miradas, sin comprender palabra.

—Reverendo, creedme que no os entiendo —dijo doña Dorotea—.

¿Qué vaso es ese que decís?

Tornó a carraspear fray Francisco e inclinándose un poco más, por acercar sus palabras, que descendieron casi a tono de susurro, aclaró:

—Quiero decir, señora, que los dos, novicio y soldado, resultaron ser ejecutantes del pecado nefando, si bien, en descargo de esta orden francisca cuyos hábitos honro, debo añadir que en tan ignominioso concurso nuestro novicio actuaba como agente y el guardia del rey como paciente, dicho sea sin faltar al respeto debido a Su Majestad, o dicho más escrupulosamente: el nuestro era bujarrón y el tal Dalhmann su bardaje, lo cual, si no lo exculpa de pecado, al menos mitiga su yerro.

—Ahora os entiendo, fray Francisco —dijo la duquesa y miró a doña Dorotea por ver si ella se percataba también.

—¡Mariposos! —exclamó doña Dorotea cerrando los ojos en asentimiento.

Suspiró fray Francisco como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Ahora entenderéis que para este convento habría sido pecado de escándalo, y de los más graves, denunciarlos al Santo Oficio, que, como sabéis, condena a los nefandos a la hoguera; por eso, y en bien de la Orden y de la edificación de los fieles, preferimos mantener en secreto tal sacrilegio y enviar al novicio a otro convento, lejos de esta corte, y a Dalhmann lo apercibimos y condenamos a muy crudas penitencias.

Suspiró nuevamente fray Francisco y, mostrando cuánto le afectaba aquella confesión, se enjugó acaso una lágrima con el escapulario que pendía de su cuello.

—¿Pensáis que don Gaspar de Ezpeleta pudiera ser nefando? —aventuró la duquesa.

—No sé qué pensar, hija mía —dijo el fraile—. Verdad es que algunas veces los que más hombrean cojean de ese pie, y el perseguir mujeres y alardear de doñeadores lo hacen para disimular la nefanda tacha.

En eso tañó la campanilla que convocaba a vísperas y fray Francisco se recompuso, y poniéndose en pie llamó a un fámulo para que acompañara a las señoras a la puerta.

—Estamos como estábamos —dijo la duquesa, ya en la calle.

—A lo mejor podemos sacar provecho del secreto que sabemos —aventuró doña Dorotea—. ¿Vos conocéis dónde paran los alabarderos del rey?

34

De la conversación habida entre don Teodoro y el guardia Franz Dalhmann

Los sábados iban los guardias reales a instruirse en marcha y escuadrón, así como a arcabucear y hacer alarde, en el llano que se hace entre el camino del Cabezón y el de los Tres Hermanos, saliendo por la Puerta del Prado. A ese evento acudía mucha gente desocupada, que en la corte es muchedumbre, por el placer tan nuestro de ver afanarse al prójimo mientras el mirante reposa y enjuicia las imperfecciones del trabajo ajeno.

—Esa será ocasión aparejada para que conozcamos al tal Franz Dalhmann —se dijo doña Dorotea.

Prestó la duquesa la carroza con el tiro de seis mulas y allá se encaminaron la discreta doña Dorotea, vestida para la ocasión de don Teodoro, y su paje Dieguillo con el anciano y prudente Ambrosio en el pescante.

Estaba el prado lleno de carrozas y a la sombra de los corpudos árboles de la ribera se había congregado gran copia de gente a contemplar las evoluciones de los alabarderos del rey, todos mozos corpulentos y de gran alzada, rubios muchos, en lo que se echaba de ver su origen, y con el pelo recogido en una coleta detrás del chambergo. En sus uniformes amarillos con el ribete rojo muy bien parecían moviéndose al unísono y con gran continencia al redoble del tambor, ora pausado, ora vivo, así como al toque de la trompeta.

Distinguió el discreto Ambrosio a un furriel que conocía de antiguo y fue a informarse de quién fuera el tal Dalhmann.

—Preguntad por él en el segundo escuadrón que allá aparece, los que forman pegados al fresno, y ellos os darán razón.

Aguardaron al descanso de la tropa, y antes que se dispersaran los alabarderos en busca de los puestos de refrescos de nieve, Dieguillo fue a preguntar por el guardia que habían venido a buscar.

—Señor —le dijo—. Hay en aquella carroza, la verde con los ribetes negros, un caballero que quiere transmitiros un recado de cierto amigo vuestro.

—Que me place —respondió Dalhmann—. Viniendo de un amigo lo

recibiré con mucho gusto.

Y terminando de secarse el sudor que le empapaba el rostro con un pañizuelo, se tocó nuevamente con su chambergo emplumado y fue al encuentro de don Teodoro, que lo contempló a sabor mientras se acercaba. Era Dalhmann un hombre apuesto y de gran alzada, las manos grandes como palas de panadero, señal proporcionada, según dicen algunos, al tamaño de la natura. Llegose al pescante y al ver que en la carroza aguardaba un caballero joven y apuesto, muy del gusto de su torcida inclinación, le dedicó una sonrisa pronta, franca y cautivadora. «He aquí —se dijo la secreta doña Dorotea— la clase de hombre que arranca suspiros a las mujeres y hasta pecados de intención, si no de obra».

—¿Sois Franz Dalhmann? —inquirió don Teodoro.

—Para serviros, señor —respondió Dalhmann tocándose con gesto galán el ala del chambergo.

—Traigo un recado de un amigo vuestro, fraile en el convento de los franciscos de Sevilla. Subid acá, os lo ruego, y podremos hablar más cómodamente.

Miró Dalhmann a un lado y a otro, como aquel que, por la naturaleza de sus pecados, ha de andar todo el día con la barba al hombro, y, tomando la mano que gentilmente le tendía don Teodoro, subió al carruaje, que al sentir el peso de su hombría sobre el estribo se inclinó visiblemente hacia ese lado.

Viendo la belleza de don Teodoro, por un momento pensó Dalhmann que sería de su misma inclinación, puesto que le traía noticia del frailecillo desterrado. La decepción fue pareja a la infundada esperanza cuando don Teodoro, abreviando razones, le espetó:

—Una persona principal de esta corte, familiar de la Santa Inquisición para más señas, que está al cabo de vuestras inclinaciones sodomíticas y tiene cumplidas pruebas de ellas, me encomienda que averigüe por qué os pagó el difunto don Gaspar de Ezpeleta la suma de quinientos escudos de oro.

—¡Cuerpo de Dios! —susurró Dalhmann—. ¿Quién sois?

El rostro lechoso y un poco mofletudo del alabardero se había ruborizado, hasta ponerse rojo como la grana.

—Quien yo sea poco importa —repuso don Teodoro—. Lo que importa es que si no deponéis en el acto una confesión completa, iréis a la hoguera como que hoy es de día. El frailecillo de Sevilla os ha delatado al Santo Oficio y solo con vuestra colaboración en el asunto de Ezpeleta escaparéis de la hoguera.

Dahlmann asintió pesaroso. Se miró las manos fuertes y espantó el pensamiento fugaz de que podía estrangular en un momento al petimetre que lo chantajeaba, pero ¿de qué le serviría? Aquel era solo

un correo de alguien más poderoso en cuyas manos estaba su vida. Emitió un profundo suspiro y dijo:

—Señor, Ezpeleta me pagó para que matara al conde de Hontingham, el embajador inglés que había venido a ver al rey.

Don Teodoro disimuló la impresión que tamaña revelación le causaba.

—¿Y qué interés podía tener Ezpeleta en esa muerte?

—Eso lo ignoro, señor. Solo os puedo decir que lo intenté y fracasé. No ciertamente por mi culpa. En mi descargo debo decir que Ezpeleta lo organizaba todo y yo solo tenía que apretar el gatillo.

—Confesad lo ocurrido con sus detalles —lo animó don Teodoro—. Después de todo, vuestro designio de matar al embajador se quedó en intención. En realidad no cometisteis delito alguno.

El alabardero pareció considerar el asunto bajo esa luz favorable.

—Muy cierto, señor. La primera vez que lo intentamos fue el cuatro de junio. Ezpeleta se empeñó en que la muerte ocurriese a la vista de toda la corte, durante la representación de *El caballero de Illescas*, de Lope. ¿Conocéis la obra?

—Me temo que no: soy persona religiosa y vivo algo apartado del teatro —aseguró don Teodoro.

—Es una comedia muy graciosa que cuenta la historia de un caballero pobre y de vida disoluta, Juan Tomás, que se hace pasar por gran señor en Nápoles y enamora a la hija de un noble. Huye con ella y después de variadas peripecias, el padre rogado por la muchacha accede al desproporcionado casamiento. El plan era que yo me apostaría con un arcabuz debajo de ciertas tablas enfrente del palco real y la señal de arcabucear al embajador Hontingham sería cuando, en el acto segundo de la comedia, Juan Tomás dijera:

> *¡Oh, fuerte acero!,*
> *¡oh, mano honrada española!*
> *¡Oh, benditas cuchilladas!,*
> *que remedian tantas penas…*

—¿Pues qué os impidió cumplir vuestro propósito? —preguntó don Teodoro.

—Señor, el arcabuz era de los mejores del taller de Peter Messe en Suabia, y yo, excusando modestia, donde pongo el ojo pongo la bala, pero esta vez quiso la mala o buena fortuna que una dama se orinara en la galería superior y el licor de sus entrañas chorreó por la juntura de dos tablas y fue a caer sobre la cazoleta del arma, mojando la pólvora, con lo que se malogró el plan.

Don Teodoro escrutó el rostro de Dalhmann por ver si bromeaba, pero el alemán estaba perfectamente serio, incluso la voz quebrada y

compungido, al borde del sollozo.

—Dijisteis la primera vez, ¿es que hubo más intentos?

—Sí, señor, hubo una segunda vez que también falló.

—¿Cómo fue?

—Don Gaspar de Ezpeleta escogió otro festejo público para que la muerte ocurriera delante de la corte: una corrida de toros que se celebró seis días más tarde. Esta vez en lugar de arcabuz tenía que asesinar al embajador mediante un ballestazo que lanzaría desde el ventanuco de un terrado, al otro lado del coso.

—¿Otra vez temía que le mearan la pólvora? —preguntó don Teodoro con un punto de sorna.

—No, señor. Ya se ve que no sois perito en armas. Esta vez Ezpeleta descartó el arcabuz por hallarse el embajador lejos de su alcance seguro, por eso recurrimos a una ballesta de acero de las que se usan para montear ciervos y jabalíes, que acierta bien a la distancia de dos arcabuzazos. La señal tenía que darla el propio don Gaspar de Ezpeleta, que estaría sentado en la grada frontera, al secarse el sudor de la cara con un pañuelo.

—¿Y también falló?

—Esta vez fue peor —reconoció Dahlmann—. Ezpeleta nunca pudo sacar el pañuelo porque lo sacaron a él entre cuatro mozos, molido y quebrantado. Quiso lucirse entre las damas, como solía, y el toro le dio un revolcón.

—¿Y vos no pudisteis obrar por vuestra cuenta?

—No, señor, yo, como militar, me atengo a lo que me mandan. El señor de Ezpeleta no sacó pañuelo alguno y yo no disparé. Y ya no hubo ocasión de un tercer intento porque a los pocos días el embajador se volvió a Inglaterra.

—Me imagino que Ezpeleta quiso entonces recuperar su dinero y porfiando sobre el asunto reñisteis y lo matasteis —aventuró don Teodoro.

—Os juro por la salvación de mi alma que soy inocente de esa muerte —dijo Dalhmann persignándose—. Ezpeleta nunca me reclamó el dinero. Sabía de sobra que ya me había gastado los quinientos escudos.

—¿Gastasteis tanto dinero en tan pocos días?

—Sí, señor, porque era para pagar una deuda.

—Una deuda… ¿con quién?

—¿Es menester que lo diga? —se resistió Dalhmann.

—Es del todo necesario, para que aquel que me envía pueda comprobar que decís verdad.

—La deuda era con el banquero Renzo Grimaldo, que me conminó a pagarla sin remisión ni aplazamiento.

—¿Y cómo es que teníais tan gran deuda?

—El juego, señor, los dados y el naipe, tengo esos vicios.

—Además del otro —apuntó don Teodoro.

Dahlmann asintió, atribulado.

Suspiró don Teodoro, comprensivo.

—Bien, amigo, de otros pecados vuestros no os quiero confesar. Mi misión se reduce a averiguar quién mató a Ezpeleta. ¿Tenéis idea de quién pudo ser?

—Todo Valladolid dice que algún marido cornudo, señor.

—Eso ya lo sé.

—Pues otra idea no tengo, señor —dijo Dahlmann—. ¿Me dais licencia para irme?

Don Teodoro le hizo un gesto displicente con la mano.

—Marchaos norabuena —le dijo— y enderezad vuestros pasos, que a los virtuosos Dios los mejora y a los viciosos los abate.

Marchó Dalhmann a donde sus conmilitones se refrescaban, en las tablas que los bodegueros habían montado al otro lado del pradillo, y don Teodoro requirió al cochero para que regresara al palacio de la duquesa de Arjona.

35

De cómo doña Dorotea obtuvo el papel ensangrentado del banquero Grimaldo

–¿Renzo Grimaldo? —dijo doña Teresa cuando doña Dorotea le contó su encuentro con el guardia Dalhmann—. Es el cónsul de Génova en la corte, un hombre enredador que anda en todos los apaños. Y rico hasta decir basta. Además de su propio peculio, administra los empréstitos que los banqueros genoveses conceden a la Corona y a los ricoshombres que no lo son tanto. Según dicen, la mitad de los dineros que vienen de las Indias se van a sus bolsillos, en pago de intereses atrasados. Lo que me extraña es que por una deuda de tan solo quinientos escudos, que para él será calderilla, no hiciese un aplazamiento aumentando el interés.

—¿Por qué había de hacerlo? —preguntó doña Dorotea.

—Porque es lo que suelen hacer estas sanguijuelas. En ese aplazamiento van sus ganancias. No me cuadra que no ofreciera aplazarlo, a no ser que…

—¿En qué pensáis?

—… a no ser que usara el vencimiento para chantajear a Dalhmann y obligarlo a participar en la conjura contra el embajador inglés.

—Parece razonable —dijo doña Dorotea—. Quizá quiso forzar a Dalhmann a aceptar el trato que le proponía Ezpeleta.

—Estoy recordando —dijo doña Teresa—. El otro día, en la boda de la hermosa Estrella, vi secretear mucho al banquero Grimaldo con el duque de Frías.

—¿Y pensáis que…?

—El duque de Frías, después de hablar con el banquero, estuvo departiendo largo rato con el alcalde Villarroel. Tengo el pálpito que algún asunto común se traían entre manos. Es de conocimiento común que el de Frías debía más de treinta mil ducados a Grimaldo y que ahora la deuda está saldada a pesar de los muchos gastos en que el duque ha incurrido en las pasadas fiestas. No termino de verle los cabos.

—¿Qué pensáis?

—Pienso si el genovés no le habrá condonado la deuda a cambio de

algún señalado favor. La carta ensangrentada, que puede probar quién mató a Ezpeleta, quizá no esté ya en manos de Frías, como pensábamos, sino de Grimaldo.

—¿Sugerís que Grimaldo tenía interés en esa carta? —inquirió doña Dorotea.

—Si puede comprometer a algún alto oficial de la corte, esa carta bien puede valer tantos dineros —dijo doña Teresa.

—Y puede estar en manos de Grimaldo.

—Si no se ha desprendido ya de ella. Tengo la impresión de que en cada trueque el documento aumenta su valor.

—Habrá que pensar la manera de buscarla entre los papeles de Grimaldo —sugirió doña Dorotea.

—Ay, hija, eso va a ser tan dificultoso que casi sería mejor darlo por imposible. Grimaldo es muy desconfiado y ha extremado sus precauciones, dado que media corte le debe dinero. Los papeles más secretos, pagarés, recibos y cartas comprometedoras, los guarda en un cofre fuerte a prueba de ladrones en la Casa del Cerrojo, un palacio de la calle Renedo, cerca de la Puerta de la Pólvora, donde tiene sus oficinas y almacenes. Ese edificio, que ocupa toda una manzana, está vigilado día y noche por cuatro guardias sicilianos de su confianza.

—No se ve fácil —dijo doña Dorotea—. No obstante no hay que desesperar, amiga mía. Déjadme estudiar la traza y veremos qué se puede hacer.

Pasaron dos semanas. Don Teodoro, en su papel de rentista despreocupado, salía cada día con su paje Dieguillo al campo de la Magdalena para entrenar a dos perdigueros en las riberas del Esgueva. Al pasar por la calle Renedo se detenía a veces por el gusto de contemplar los carros y las recuas de mulos que entraban y salían con mercaderías de la Casa del Cerrojo. En la planta baja estaban las oficinas y los estancos de la sal, la lana, el cinabrio y la plata. En la planta segunda, las mercaderías finas, paños de Flandes, encajes de Brujas, sedas y especiería. Algunas veces se veía entrar o salir al propio Renzo Grimaldo, un hombre delgado y moreno, de ojos profundos y escrutadores, siempre vestido de oscuro, con una cadena de oro sobre el pecho y boina ancha de terciopelo al uso de su tierra, adornada con un joyel. Algunas veces llegaba en una carroza cerrada tirada por cuatro mulas castellanas, con dos sicilianos armados en el pescante; otras veces, en una litera de mano llevada por cuatro esclavos negros.

Don Teodoro fue anotando las rutinas de la casa. Durante el día los almacenes estaban custodiados por hasta ocho guardas, pero por la noche, después de cerrar el portón de acceso, solo quedaban cuatro que, a juzgar por las luces, que pasaban de una ventana a otra, no dormían sino que patrullaban las dependencias.

—Lo de entrar a esa fortaleza está trasteado —dijo Chiquiznaque después de estudiar el asunto con ojo perito a ruegos de don Teodoro —. En la planta baja no veo más ventanas ni huecos que el portón de entrada y el tragaluz de un retrete, tan angosto que solo podría entrar por él un niño. Y las ventanas de la planta alta están guarnecidas de rejas con barrotes tan gruesos como la natura de Poyagorda el Hornero. El portón se cierra al anochecer y ya no se abre hasta la mañana siguiente. Si un cargamento llega tarde, tiene que esperar en la calle. En conclusión: como no sea a cañonazos, no veo manera de entrar. Al único que reciben los guardas es al criado que les lleva la comida cuando las campanas de los conventos tocan a completas, y aun así solo le abren el postigo del portón para recogerle el puchero del guiso y la garrafa del vino.

La prudente doña Dorotea caviló unos días la manera de burlar tanta vigilancia.

Un martes de mañana, acompañada de doña Constanza, fue al Campo Grande, a la casuca de la bruja Palazona, que recibió a las muchachas con extremadas señales de alegría.

—Madre Palazona, veníamos a traerle estos adobos y estas empanadillas que le manda la señora duquesa y a pedirle otra porción de polvos de adormidera con tintura de mandrágora.

—¿Pues ya gastasteis los otros? —preguntó la bruja.

—Sí, madre —dijo doña Dorotea—. Y resultaron muy buenos.

Rio la bruja con su risa cavernosa.

—Je, je. Yo os daré otros, frescos y recién molidos, para que renovéis vuestra botica, pero cuidad que algún día tendréis que no dormir a vuestros pretendientes si queréis que os cumplimenten debidamente. Para eso tengo otros polvos que los mantendrán despiertos y con el cuerno de embestir mujeres congestionado y fibroso como el pescuezo de un cantaor y constante como el batán del arzobispo.

—Por ahora no necesitamos de eso, madre, pero todo se andará —añadió doña Constanza—. Hoy solo queremos polvos de dormir.

Les dio la bruja una redomilla de polvos, cobró sus dos reales de a ocho, y las acompañó a la puerta con las zalemas acostumbradas y muchos recuerdos para la señora duquesa.

Al otro día, cerca de la hora de completas, Ambrosio, el cochero de la duquesa de Arjona, llevó la carroza ducal a la calle Real de Burgos y con ayuda de Chiquiznaque le desencajó una rueda y dejó atravesado el vehículo y las mulas sueltas para que pareciera un accidente. En esta guisa doña Dorotea y Dieguillo aguardaron la llegada del criado de Grimaldo, el que cada día a aquella hora llevaba la cena a los guardas.

—Señor —le dijo doña Dorotea—. Mi criado no tiene fuerza para

encajar la rueda descompuesta, ¿nos haríais la caridad de ayudarle?

—Gustoso —contestó el hombre. Y dejando en el suelo el puchero y la garrafa se aplicó a la palanca que encajaba la rueda.

Mientras andaba distraído en esos trabajos, doña Dorotea cambió la garrafa del vino por otra adobada con los polvos de la Palazona.

Compuesta la rueda reanudó el criado de Grimaldo su camino con el agradecimiento de doña Dorotea.

Cuando traspuso aparecieron de nuevo Chiquiznaque y el cochero.

—Ahora no queda sino esperar —dijo el valentón—. Regresemos a palacio y ya tornaremos cuando el bebedizo haya hecho su efecto.

Dos horas después, don Teodoro, el anciano Ambrosio, Dieguillo y Chiquiznaque salieron con el mayor sigilo por la puerta falsa del palacio de la duquesa de Arjona. Ambrosio llevaba de reata cuatro mulas con sus colleras y unos serones vacíos que bien podrían disimular la determinación de unos viajeros que salían de noche por soslayar las horas de calor. De esta guisa, esquivando con rodeos las calles más transitadas por la ronda de los alguaciles, se dirigieron los amigos de Cervantes a la Casa del Cerrojo. Llegados a ella vieron luz en una ventana alta, pero por lo demás no percibieron otra señal de vida.

Don Teodoro se acercó al portón y dio unos golpes quedos en el llamador del postigo que resonaron con grosura suficiente para convocar si alguien estaba despierto en el interior del edificio. Arrimó don Teodoro la oreja a las tablas y afinó el oído por si percibía algo. Silencio. Repitió los golpes, un poco más fuertes. El mismo silencio.

Se volvió hacia Chiquiznaque.

—Creo que están dormidos.

Chiquiznaque repicó de nuevo el llamador, con algo más de fuerza, para cerciorarse.

—En efecto —corroboró—. Estos se han quedado como un tronco. A ver, Dieguillo, las mulas.

Dieguillo acercó las mulas en reata, con sus colleras puestas. Chiquiznaque pasó una soga doble por los barrotes del ventanuco del retrete mientras el anciano Ambrosio la afirmaba a las colleras. Arrearon a las mulas, tiraron obedientes los animales, crujieron en el muro los alveolos de los barrotes y, después de unos instantes de resistencia, la reja cedió y desprendiéndose del marco del ventanuco cayó sobre el empedrado, con mediano estrépito y una espuerta de ripios y polvo.

—¡Ahora, adentro! —dijo Chiquiznaque.

Entre don Teodoro y Chiquiznaque auparon a Dieguillo, que entró por el hueco del ventanuco y se coló en el edificio. Un momento después descorría pestillos y pasadores, levantaba las retrancas del postigo y franqueaba el paso a sus amigos.

Entraron. Ambrosio levantó la capucha de una linterna sorda que llevaba prevenida y alumbró un ancho vestíbulo que por la parte frontera daba al almacén, y por los lados se abría en sendas escaleras bastante anchas que comunicaban con el piso superior, la de la derecha con las tiendas de sedas y especias y la de la izquierda con las escribanías y contadores. Subieron por esta y en el aposento de arriba encontraron el cuerpo de guardia. Los cuatro sicilianos y una coima que los acompañaba, esta desnuda, roncaban profundamente en los bancos de alrededor.

—Niño, el alambre —ordenó Chiquiznaque.

Dieguillo le tendió una madeja de alambre que traía prevenida, del que se usa para las trampas de las garduñas. Con mano diestra Chiquiznaque maniató a los cuatro guardias y a la coima con varias vueltas de alambre que luego cortaba con unas tijeras de esquilador. También les puso trabas en los pies y los amordazó.

—Esto es para que trabajemos sin estorbos, no sea que por mano del diablo se despierte alguno y tengamos un disgusto —dijo—. Ahora, Dieguillo, recoge esos pistoletes y las espadas y las dagas y las llevas al descansillo. Luego te bajas a la calle, cuidas de que no se inquieten las mulas y vigilas si viene alguien. ¿Sabes hacer la lechuza?

Dieguillo craqueó con tanto arte e imitación como si hubiera sido lechuza toda su vida.

—Pues si viene la ronda o si ves algún peligro nos das el agua con ese canto.

—¿Nos da el agua? —preguntó don Teodoro.

Chiquiznaque lo miró con ojos misericordiosos.

—Dar el agua, señor mío, es, en nuestra jerga, lo mismo que avisar.

Bajó Dieguillo a su menester y los demás registraron los aposentos de la oficina en busca del cofre fuerte. Finalmente lo hallaron en un aposento angosto, con reja interpuesta cuya cerradura forzó Chiquiznaque con una palanca de hierro. Mucho se admiraban el anciano Ambrosio y don Teodoro de la previsión e industria del cofrade de Caco, aunque bien sabían que al pertenecer a los saberes de su oficio no es que revistieran mayor mérito.

Finalmente estuvieron ante el cofre fuerte, que aparte de sus dos cerraduras estaba herrado en toda su superficie con gruesas varas de hierro que se articulaban en cáncamos para abrazarlo y cerraban en tres candados grandes.

—Va a ser difícil abrir esto —susurró don Teodoro.

—Hombre de poca fe —le dijo Chiquiznaque—. Con la ayuda de san Judas Tadeo y san Dimas todo se andará.

Chiquiznaque aplicó la barra de hierro al suelo y haciendo fuerza volteó el cofre fuerte hasta ponerlo bocabajo. Por debajo no estaba tan herrado como por la tapa. Lo reconoció con ojo perito tanteando

debajo del cuero y halló tres bisagras grandes a las que sacó los clavijeros con ayuda de las tenazas. Después volvió a aplicar la barra de hierro y haciendo palanca hizo saltar la tablazón del fondo. El arcón abierto manifestaba un revoltijo de mazos de papeles, carpetas de cartón atadas con cintas y libros de asiento de diversas hechuras, así grandes de poner en facistol como chicos de llevar en el bolsillo. Ambrosio y Chiquiznaque fueron acarreando estos contenidos a la mesa del aposento paredaño donde don Teodoro, con mano temblorosa, examinaba los papeles en busca del billete ensangrentado que el alcalde Villarroel tomó del cadáver de don Gaspar de Ezpeleta.

Al fin lo halló. Era una carta cifrada que solo contenía números, no letras, agrupados en cifras de cinco. La guardó en su jubón junto con otra media docena de cartas igualmente cifradas, estas sin manchas de sangre, que la acompañaban.

—Yo creo que ya hemos encontrado lo que buscábamos —dijo a sus amigos.

—Pues pongamos pies en polvorosa antes de que se descubra el pastel o acuda la ronda de los alguaciles —sugirió Ambrosio.

—Vayan vuesas mercedes saliendo que yo los alcanzaré presto —aconsejó Chiquiznaque—. En cuanto socorra mi pobreza con unos pocos reales de plata que han concurrido a saludarme desde el fondo del arcón.

Los amigos de Cervantes regresaron al palacio de los duques de Arjona por donde habían venido dejando la Casa del Cerrojo tan apacible y silenciosa como si no la hubieran descerrajado.

36

DONDE UN ALTO OFICIAL DE LA CORTE DEMANDA LA PRESENCIA DE DOÑA DOROTEA

Pasó una semana en la que la duquesa de Arjona y doña Dorotea indagaron sobre la carta ensangrentada y sobre las otras que la acompañaban sustituyendo letras por números y haciendo cábalas sobre el secreto que en ellos se encerraba. Todo en vano. No pudieron sacar nada en claro, pues la cifra en que estaban escritas no cedía su secreto.

Así las cosas, un día de mañana una carretela que lucía en la portezuela el escudo de armas del duque de Lerma, con la banda de sable en campo de oro y las cinco estrellas de azur puestas en aspa, se detuvo delante de la morada de doña Dorotea. Un cochero con la librea del duque se apeó del pescante, abrió la portezuela, tendió el estribo y ayudó a bajar a una dueña de las que están al servicio de aquella casa, mujer de edad y respeto, la que levantándose un poco el ruedo de las faldas por evitar las inmundicias del suelo, cruzó la calle y, ayudándose con la contera de plata del bastón, propinó dos enérgicos golpes en la puerta de doña Dorotea. Salió ella a abrir y dijo la dueña:

—No sé si me recordáis, señora, que en la boda de la hermosa Estrella estaba en la compañía de doña Catalina, la esposa del duque de Lerma, cuando la duquesa de Arjona os presentó a mi señora.

—Os recuerdo, señora —dijo doña Dorotea—, y me alegro de veros nuevamente.

—Hoy vengo en el servicio del duque —prosiguió la anciana—. Me envía a buscaros don Juan Velázquez de Velasco, su secretario, porque desea comunicaros noticias de vuestro interés.

—¿Qué noticias? —preguntó doña Dorotea, extrañada.

—No lo sé, señora. Don Juan es hombre muy reservado. Ahora os aguarda en la quinta de Su Majestad, en las riberas del Pisuerga, donde los reyes se retraen por los calores.

Doña Dorotea condujo a la dueña al patio del pozo, donde estuviera fresca, y ella subió al aposento para cambiarse de vestido. Después de dudar entre varios se decidió finalmente por la saya de lino con

botonaduras de plata y el justillo delgado de paño de Cambray, prendas que, sin ser ostentosas ni fuera de lugar, le parecieron más adecuadas para comparecer en palacio y quién sabe si ante la propia duquesa de Lerma.

—Cuando gustéis, señora —dijo a la dueña.

La carroza enfiló la calle del Puente y cruzó el Pisuerga por la Puente Mayor, donde los oficiales del fielato, al ver las armas del poderoso duque, apartaron a los hortelanos que a esa hora concurrían al mercado con sus serones de frutas y hortalizas. Luego el cochero se encaminó por el arrecife empedrado que conduce al Prado y, pasando sin trabas un portalón guardado por oficiales con la librea de Su Majestad el Rey, ingresó en los jardines delanteros de la casa de campo que llaman La Ribera, a donde suelen retraerse los reyes a merendar y gozar del río. Mientras atravesaban las alamedas, adornadas con muchas fuentes, bancos y esculturas, así como una pajarera del tamaño de una casa mediana, iba doña Dorotea meditando qué cosa querría comunicarle aquel don Juan de Velasco del que nunca antes oyera hablar.

Miró doña Dorotea la fuente central de los jardines que la carroza orillaba y notó que la escultura que coronaba la taza era un Hércules desquijarrando al león, violencia que la intimidó y le hizo recelar que en medio de la paz y el frescor amable de aquellos jardines también había espacio para los malos encuentros.

Estos enfrentados pensamientos comenzaban a inquietar a doña Dorotea cuando la carroza se detuvo delante del edificio principal, una noble construcción con seis pares de ventanas entre pilastras columnadas, y dos pajes de librea se despegaron de la sombra del alero y abriendo la portezuela ayudaron a descender a las dos damas.

—Venid, hija mía, doña Dorotea —la invitó la dueña tomándola suavemente del brazo.

Entraron en el pabellón donde posaba la guardia y atravesándolo salieron a unos jardines amplios y soleados, con muchos árboles frutales, con una avenida sombreada por un tupido emparrado que conducía, huerta a través, al palacio de verano. Doña Dorotea no distinguió en aquellas soleadas soledades persona alguna, fuera de tres jardineros que platicaban sobre un desafío que la noche antes había ocurrido en el bodegón de la Raposa, con resultado de una muerte, y a dos frailes que se refrescaban al lado de la fuente, a la sombra de un álamo. Estos dilucidaban, por lo que alcanzó a oír, una cuestión de honda teología: si quedó Adán imperfecto quitándole Dios la costilla, como opinan los agustinos, o si fue solo carne la que llenó el hueco, como sostienen los trinitarios. A este punto de la discusión llegaron después de haber tratado, saliendo de las oraciones de la hora prima, sobre cuál de los Juanes es mejor, si el Bautista o el Evangelista, y

sobre si la Virgen no sufrió la mácula del pecado original como quieren los franciscanos o por el contrario nació con ella como sostienen los dominicos.

Don Juan Velázquez de Velasco, espía mayor de la corte y superintendente general de las inteligencias secretas, recibió a doña Dorotea en una ventilada galería que se asomaba al río. En aquel apartado rincón del palacio de verano le habían instalado una gran tabla sobre caballetes que le hacía de escritorio. Detrás de él, una cortina de lienzo crudo descorrida a medias mostraba una estantería que abarcaba desde el suelo al techo y en ella gran copia de carpetas y legajos atados con cintas de diferentes colores.

Cuando entró doña Dorotea, el superintendente dejó el papel que estaba leyendo y, saliendo a su encuentro, le besó cortesanamente la mano y le ofreció asiento no en cojín alguno, como se usa con las damas, sino en un sillón frailero tapizado de terciopelo que estaba prevenido delante del escritorio.

—Mil gracias por haber accedido gentilmente a esta visita —dijo, dando por sentado que no había mediado coacción—. ¿Deseáis tomar algo, señora?

Doña Dorotea negó con la cabeza.

—Doña María, traed aloja para la señora —ordenó el superintendente a la dueña.

Don Juan de Velasco acercó una silla de tijera y tomó asiento junto a doña Dorotea, a honesta distancia.

—La duquesa doña Catalina me encomienda que os salude mucho de su parte y me ponga a vuestro servicio.

Doña Dorotea lo agradeció con un gesto.

Guardó silencio el superintendente, como meditando las palabras siguientes.

—¿Estáis teniendo una estancia agradable en la corte? —preguntó al fin.

—Creo que he llegado cuando habían terminado los festejos —dijo doña Dorotea—, pero, con todo, mis días junto a mi buena amiga doña Teresa, la duquesa de Arjona, son muy placenteros. Os agradezco el interés.

Don Juan asintió meditabundo.

—Sí, es una pena que os hayáis perdido los festejos y luminarias que hicieron los reyes y las algazaras del pueblo —reconoció—, pero ya sabéis lo que se dice: días de mucho, vísperas de nada. Después de tantos músicos, agasajos, danzas cortesanas, banquetes, fuegos artificiales y otras lindas invenciones, solo nos han quedado los mercaderes que quieren cobrar el dispendio, los mendigos malacostumbrados por las sobras que fueron pingües y los solicitantes. —Suspiró el caballero con aire resignado y después comentó—: En fin,

son tiempos recios, pero estoy seguro de que vos, señora, no os aburrís…

En esto entró la dueña doña María llevando entre las manos una bandeja en la que traía una jarra de aloja y dos vasos. La dejó sobre el escritorio.

—¿Mandáis algo más, don Juan? —preguntó.

—Nada más, doña María, podéis regresar a vuestros quehaceres.

Mientras Velasco escanciaba en los vasos, doña Dorotea notó que era un hombre de buen talle, apuesto, como de cuarenta años, con una cabeza poderosa y cana, en la que destacaba una gran nariz bajo la cual crecía, como en un parterre, un gran mostacho entre rubio y gris. Notó doña Dorotea que, aunque fuese un hombre poderoso, vestía camisa sencilla, sin cuello, calzones grises, medias y alpargatas, un atuendo más propio de hortelano que de poderoso servidor del rey.

El superintendente levantó su vaso y bebió un sorbo de aloja. Miró a doña Dorotea con sus ojos inquisitivos y reanudó su discurso.

—Señora, debo confesaros que en los tiempos recientes nadie nos ha dado tantos quebraderos de cabeza como vos.

—¿Cómo puede ser eso, señor? —dijo Dorotea sonrojándose levemente por lo inesperado de la confesión.

—Desde que llegasteis a la corte os hemos tenido vigilada y hemos seguido vuestros enredos, ora vestida de mujer, como corresponde a vuestra verdadera naturaleza, ora de varón. Al principio os creímos un agente de los rebeldes flamencos o del rey de Francia, después llegamos a pensar que era el propio turco el que os enviaba y finalmente, descartando recelos, hemos venido a dar en la simple verdad, si es que puede haber una verdad simple, y es que vos y vuestros amigos trabajáis para amparar a don Miguel de Cervantes y a sus mujeres, las Cervantas, y, lo más extraordinario, que no lo hacéis por ganancia y provecho, sino por bondad desinteresada y por admiración de lo que el dicho Cervantes escribe. ¿Estoy en lo cierto?

—Muy cierto, señor, pero habéis olvidado la primera y más principal razón: el restablecimiento de la justicia y la rehabilitación de un hombre bueno y desventurado al que se pretendía achacar un crimen.

—También, también, claro —admitió el superintendente—. Había olvidado, enredado en mis propias razones, vuestra razón principal, lo que os honra. No obstante, y siguiendo con mi discurso, debo deciros que en esta corte nadie quiere mal a vuestro protegido, don Miguel de Cervantes. Sabed que yo mismo no hubiera consentido que infligieran el menor daño a don Miguel, pues también yo combatí en Lepanto, aunque por mi corta edad solo fuera un humilde grumete. Sabed, señora, que los que estuvimos en esa alta jornada adquirimos la hermandad indeleble de la camaradería, que en mí durará, sin él

saberlo, hasta el fin de mis días.

—Me huelgo mucho de oírlo, señor, pero siendo así, ¿cómo no lo socorristeis cuando lo encarcelaron? —preguntó doña Dorotea.

—Era una molestia de pocos días que consentí porque en razón de mi cargo andaba detrás de devanar el ovillo de una gran madeja de intrigas y en ello iba el gran interés del rey nuestro señor y de España.

Doña Dorotea abrió los ojos asombrada de tal revelación.

—Entonces, ¿vos estabais al tanto de todo? —acertó a preguntar.

—He de admitir que si no de todo, sí de bastante. Sabía, por ejemplo, que la voluntad de enredar a don Miguel y a su familia en la muerte de Ezpeleta vino de muy lejos, de las almadrabas de Barbate.

—¿Cómo podía venir de allí? —se admiró doña Dorotea.

—Disculpad que hable por alusiones, señora. He querido decir que el impulso procedía del dueño de aquellas pesquerías.

—¿Del duque de Medina?

Velasco hizo un gesto de asentimiento.

—Del mismo, señora, de don Alonso Pérez de Guzmán y Sotomayor, octavo duque de Medina Sidonia.

—¿Qué interés puede tener tan gran señor en perjudicar a nuestro amigo, de cuya existencia seguramente no tendrá noticia? —preguntó doña Dorotea.

—La tiene, y puntual, señora. ¿Sabéis del saqueo de Cádiz por los ingleses hace ahora ocho años?

—Claro, señor, fue un desastre que conmocionó a todo el reino.

—Pues bien, en buena parte el responsable de aquel descalabro fue Medina, que era capitán general de Andalucía y las costas del Océano. En lugar de acudir, como era su obligación, a la defensa de Cádiz, se encastilló en sus estados de Sanlúcar, a pocas leguas del desastre, paralizado de miedo, y no acudió al socorro de la plaza como el servicio del rey y el suyo propio hubieran requerido.

—No sabía que hubiera hecho tal —reconoció doña Dorotea.

—Así hizo, señora. Dejó pasar los días aguardando a que su lugarteniente, el capitán Becerra, reuniera refuerzos en Sevilla, y con ello concedió tiempo a los ingleses para que saquearan a placer Cádiz y sus aledaños un mes entero, con sus treinta días, cometiendo toda clase de desmanes, arramblando con cuanto hallaron de valor, deshonrando doncellas, profanando sagrarios, incendiando iglesias y hospitales, quemando más de seiscientas casas y haciendo, en fin, burla y escarnio del rey de España y de la nación toda. Cuando no les quedó estrago por perpetrar, embarcaron en su flota con su rico botín y pusieron rumbo a Inglaterra. Solo entonces, muy a su salvo, entró en Cádiz el duque de Medina, banderas desplegadas y tambores batientes, con los refuerzos prometidos.

Velasco hizo un alto, paladeó otro sorbo de aloja y prosiguió:

—Cervantes, como viejo soldado que es, sintió esa humillación en lo más vivo y compuso un soneto de burlas a la cobardía del duque. El soneto ha circulado por la corte de mano en mano y ha aparecido muchas veces pegado en las paredes en los dominios del duque. Esa es la ofensa por la que han enredado a Cervantes en la muerte de Ezpeleta.

—No conocía ese soneto —admitió doña Dorotea.

37

DONDE SE CUENTA LO RELATIVO AL SONETO DE DON MIGUEL QUE INCOMODÓ AL PODEROSO DUQUE DE MEDINA Y ACARREÓ AL AUTOR TANTOS SINSABORES

Velasco abrió una gaveta y hurgó entre los papeles hasta dar con el que buscaba. Se lo tendió a doña Dorotea.

—Aquí lo tenéis —dijo—. Leedlo en voz alta, os lo ruego.

Doña Dorotea tomó el papel y leyó:

Vimos en julio otra Semana Santa,
atestada de ciertas cofradías
que los soldados llaman compañías,
de quien el vulgo, y no el inglés, se espanta.

Hubo de plumas muchedumbre tanta,
que, en menos de catorce o quince días,
volaron sus pigmeos y Golias,
y cayó su edificio por la planta.

Bramó el becerro y púsolos en sarta,
tronó la tierra, oscureciose el cielo,
amenazando una total ruina,
y al cabo, en Cádiz, con mesura harta,
ido ya el conde, sin ningún recelo,
triunfando entró el gran duque de Medina.

Doña Dorotea no pudo reprimir una sonrisa.

—Unos versos en verdad crueles —dijo devolviendo el folio a Velasco.

—El soneto hace sangre por todas partes —observó Velasco—: Ironiza y se burla de la bravuconería del duque de Medina. Reparad en ese «hubo de plumas muchedumbre tanta». Abiertamente lo pregona de gallina y cobarde, lo que no deja de ser ajustado y cierto.

38

EN EL QUE SE ESCLARECEN CIERTOS SECRETOS CONCERNIENTES AL CASO

–La ofensa del soneto no valía, pienso yo, un muerto —dijo doña Dorotea.

—A Ezpeleta lo mataron por otros motivos —informó Velasco—. Os supongo enterada de la venida de los embajadores ingleses a Valladolid para firmar las paces entre España e Inglaterra.

—Esas fiestas han sido famosas en todo el reino —reconoció doña Dorotea.

—Y un buen incordio para los que quedábamos aquí —añadió Velasco—. Pues sabed, señora, que la verdadera causa de todo este alboroto está en una conjura para asesinar al embajador inglés, el conde de Hontingham. Esa parte me imagino que la sabéis, puesto que en vuestra figura de don Teodoro tuvisteis un encuentro con el guardia Dalhmann.

Doña Dorotea asintió.

—La muerte del embajador inglés, en las presentes circunstancias, habría desencadenado una nueva guerra contra Inglaterra —prosiguió Velasco—. Así de frágiles son las paces entre las naciones cuando de una parte y de otra hay personas poderosas empeñadas, por su provecho, en la prolongación de la guerra.

Miró a doña Dorotea y quedó pensativo un momento.

—No habéis tocado vuestra aloja. ¿Acaso teméis que esté emponzoñada o que la haya adobado con los polvos de la Palazona?

Sonreía Velasco. Doña Dorotea comprendió que se envanecía de estar tan informado de sus andanzas. Le devolvió la sonrisa en señal de aceptación, tomó su vaso y bebió un buen trago. Velasco asintió complacido.

—Ya veis que confío en vos —declaró la muchacha—. Es que estaba suspensa de vuestras palabras.

—En ese caso, yo os devolveré la misma confianza —dijo Velasco—. A veces uno arrastra graves pesadumbres por su oficio y necesita confiarlas a quien pueda entenderlas. Vos habéis mostrado ser tan discreta como juiciosa.

Doña Dorotea hizo un gesto de agradecimiento.

—No sé si sabéis —prosiguió Velasco— que el rey Jacobo que ha hecho las paces con España no es inglés, sino escocés. Los nobles ingleses que adoraban a su predecesora, la reina Isabel, nuestra archienemiga, han tenido que acatar a un escocés como rey porque ha heredado el trono de Inglaterra por derecho de sangre, pero están muy en desacuerdo con que haga las paces con España.

—¿Por qué? ¿No es la paz mejor para todos? —aventuró doña Dorotea.

—Porque piensan que las paces favorecen al reino de Escocia, pero perjudican al de Inglaterra. Creen que España está tan quebrantada que sería incapaz de sostener la guerra con los ingleses más allá de dos años. Entonces ellos podrían arrebatarnos las Indias, nuestras provincias americanas que tanto codician.

—¿Cómo podemos conocer las intenciones de gente tan distante y ajena? —preguntó doña Dorotea.

—¡Ay, señora! Mantenemos espías en Inglaterra, como en todas partes. Incluso sobornamos con dinerales a los nobles ingleses que apoyan al rey Jacobo en estas paces para contrarrestar a los que quieren inclinarlo a la guerra, que son muchos y poderosos. Sabemos que ellos saben de nuestra debilidad y de nuestra incompetencia para defender los dilatados estados del rey nuestro señor.

—¿Tan aquejada está España? —preguntó doña Dorotea con una sombra de tristeza en el rostro.

—Así es, señora. Si en algo peca la información que tienen nuestros enemigos es en que la situación es aún peor de lo que ellos creen. En tiempo del buen rey Felipe II padecimos varias bancarrotas, la última hace ocho años. Debido a la rapacidad de sus prestamistas y a su loable y meritísimo empeño en sostener en Europa la verdadera religión, cuyos intereses siempre antepuso santamente a los de la nación, nuestro buen rey Felipe incurría en grandes dispendios para financiar ruinosas empresas militares, y no teniendo bastante con la plata que venía de las Indias ni con los abusivos impuestos que pagaban los humildes de Castilla (no las otras regiones, ni los nobles, ni la Iglesia en cuyas manos está la riqueza) y habiendo fracasado los alquimistas que contrató para fabricar plata, no tenía más remedio que financiarse con onerosos empréstitos de banqueros extranjeros que tenían comido el país como sanguijuelas con sus usuras, o, finalmente, haciendo colecta entre los nobles ricos a los que concedió grandes privilegios. Nuestro alto rey Felipe III ha heredado de su cristianísimo padre el mayor imperio del mundo, pero también una deuda enorme de setenta y seis millones de ducados cuyos intereses crecen cada día. Y los ingresos del reino apenas alcanzan a diez millones de ducados anuales, que como vienen se van en guerras y

despilfarros cortesanos. Aunque estuviésemos en paz con todo el mundo, no podríamos pagar la deuda en menos de treinta años. Esos son más de los que vamos a vivir.

—Lo que me decís es terrible —comentó doña Dorotea—. ¿Cómo puede salvarse el reino en esa congoja?

Velasco se encogió de hombros como el que se resiste a admitir una pesadumbre.

—Sangrando a sus naturales, señora mía, ¿cómo, si no? Hemos limitado las acuñaciones buenas para que circulen por ellas monedas de vellón, sin mezcla alguna de plata, hemos resellado las antiguas, hemos trabajado en proveer lo que convenga, pero por más que hacemos nada devuelve la salud a la hacienda real, tan solo prolonga su agonía.

—Mal anda el reino —concluyó doña Dorotea.

—Y peor que andará, señora. Los enemigos crecen, los reyes venden las hidalguías a gente que no sostendrá la nación con las armas, los mayorazgos que vienen de godos que echaron a los moros se extinguen porque los herederos gastan en lujos y boatos las haciendas, y los herederos de estos herederos, viéndose sin patrimonio del que comer, aborrecen del siglo y se meten en los conventos para vivir sin trabajo ni cuidado. Todo eso también lo nota nuestro buen amigo don Miguel de Cervantes, como se desprende de la melancolía que recorre todo ese libro que hace reír al vulgo y da que pensar a los discretos y avisados.

—Él me dijo, con gran amargura, que el reino era como una cesta de manzanas podridas —declaró doña Dorotea.

Suspiró Velasco profundamente y, cerrando la gaveta que contenía el soneto como si cerrara con ella sus melancólicos pensamientos, pasó la mano por la tapa de cuero repujado.

—Si solo fueran las manzanas podridas del reino… —murmuró—. Guardo aquí más documentos llegados de la corte del rey Jacobo y todos muestran la buena disposición de los ingleses a destruirnos —prosiguió—. Primero enviaron la Contraarmada en la que dilapidaron más barcos y más hombres de los que nosotros habíamos perdido con la Armada, después olvidaron las grandes empresas y probaron a seguir con sus piraterías menudas por ver si nosotros respondíamos con represalias, pero cuando notaron que lo sufríamos con paciencia y que el buen rey Jacobo encarcelaba a los piratas en lugar de recibirlos con honores como hacía la reina Isabel, que Dios tenga donde se merezca, pensaron en otra traza para desbaratar la paz y reanudar la guerra: asesinar al representante que el rey Jacobo enviaba para firmar las paces, don Carlos Hobard, conde de Hontingham y almirante de Inglaterra. Los partidarios de la guerra consiguieron que Jacobo nombrará nuevo embajador en España a Cornuallis, que es uno

de los suyos.

—¿Me decís que los ingleses se conjuraron para asesinar a su embajador? —se admiró doña Dorotea.

—Una parte de ellos, así es —repuso Velasco—. Ya sé que resulta difícil de creer.

39

EN EL QUE PROSIGUE LA CONVERSACIÓN ENTRE DOÑA DOROTEA Y EL SUPERINTENDENTE GENERAL DE LAS INTELIGENCIAS SECRETAS

–Estoy espantada de lo que decís, señor —declaró doña Dorotea—, pero con todo no veo qué relación tiene esa conjura inglesa con la muerte de Ezpeleta y el encarcelamiento de don Miguel de Cervantes.

—Ahora os lo explicaré, si tenéis paciencia. Además de esos conjurados ingleses había otros conjurados españoles interesados en asesinar a Hontingham, personas de mucho relieve de la corte del rey nuestro señor.

—¿Es posible?

—Imaginaos: el duque de Medina y el duque de Frías.

—¿El duque de Frías?

—Sí, señora, don Juan Fernández de Velasco y Tovar, condestable de Castilla y duque de Frías.

Doña Dorotea se espantó de lo que oía.

—¿Cómo es posible que tan significados señores quisieran perjudicar al reino?

—Cada uno tiene sus motivos: el duque de Frías porque cree que la grandeza de España debe mantenerse en el campo de batalla y no por medio de paces con un enemigo que tantos perjuicios nos ha ocasionado. Es un hombre chapado a la antigua que no entiende que los tiempos del invencible emperador Carlos pasaron ya. Como os he explicado antes, ahora España está arruinada y, aunque mantenga todavía un gran imperio, no puede soportar los gastos de nuevas guerras, por eso Su Majestad está empeñado en concertar paces, pero a Frías no hay quien lo persuada de tal conveniencia porque él no entiende de números ni quiere entender, por eso está arruinado. Aparte de que tenía otro motivo para conjurarse: derribar al duque de Lerma, cuya privanza con el rey ambiciona.

—¡Quitar al duque! —se admiró doña Dorotea como se hubiera admirado de quitar a Dios, tanto poder tenía Lerma.

—Frías odia a Lerma por muchas rencillas que hay entre ellos, la principal que Lerma usurpó a su hermana el puesto de camarera de la

reina para dárselo a una pariente suya.

—Eso se entiende, pero ¿y el duque de Medina? ¿Qué interés tenía en la muerte de Hontingham? —preguntó doña Dorotea.

—Por pura venganza, señora. Hontingham lo ha derrotado y humillado dos veces: la primera vez cuando dispersó la Gran Armada contra Inglaterra que él comandaba; la segunda cuando saqueó Cádiz sin que el de Medina acertara a estorbárselo. De ahí lo del soneto de Cervantes.

—Ahora lo entiendo —reconoció doña Dorotea.

—Medina ha sido más astuto que Frías. Permaneció en sus estados de Sanlúcar en lugar de acudir a la corte, para que no lo relacionaran con el asesinato, y encomendó el negocio a un hombre de su confianza, el asentista Renzo Grimaldo, cónsul de los banqueros genoveses en la corte.

Doña Dorotea comenzó a entender.

—El mismo cuyos cajones secretos alguien desvalijó hace unos días, lo que ha provocado una buena conmoción en ciertas embajadas acreditadas ante el rey —dijo Velasco mirando francamente a doña Dorotea—. Los que estamos al servicio del rey y de España hemos buscado esos papeles cifrados porque en ellos están las pruebas de la conjura. Si quien ahora los tiene los entregara a los criados del rey, haría un gran servicio a la Corona.

Velasco hizo una pausa y mirando francamente a doña Dorotea preguntó:

—¿Creéis que tal cosa es posible, señora? Han pasado unos días y creo que vuestros esfuerzos en descifrarlos no han dado fruto, si no me equivoco. Ahora el servicio de la Corona requiere que vos y vuestra amiga la duquesa colaboréis.

Doña Dorotea asintió.

—Contad con ello, don Juan. Solo queremos servir al rey. Cuanto me decís me parece muy en razón —convino doña Dorotea—, pero, antes de proseguir, podríais explicarme qué tiene que ver el duque de Medina con los banqueros genoveses.

—Con gusto lo hago, señora mía. No olvidéis que los banqueros son también mercaderes. Si Medina tiene una mina de oro con sus almadrabas de Sanlúcar es porque cuenta con mercados que le compran sus salazones a buen precio. Dado que el rey nuestro señor está en guerra con el turco y con toda la morisma de Argel y las costas africanas, Medina no puede hacer negocio directamente con ese medio mundo seguidor del falso profeta Mahoma, pero lo hace a través de los mercaderes genoveses.

—Ahora entiendo —dijo doña Dorotea.

—El dinero no conoce patria ni religión —prosiguió el superintendente—. Siguiendo con el plan, el cónsul Grimaldo concertó

con otros banqueros genoveses de Londres socios suyos que los conjurados ingleses le enviaran dineros al duque de Frías, que, como os he dicho, está medio arruinado, y dejó en sus manos el negocio de matar a Hontingham.

—¿Y el de Frías qué hizo?

40

EN EL QUE PROSIGUE LA CONVERSACIÓN, CON NUEVAS Y SORPRENDENTES REVELACIONES DEL SUPERINTENDENTE VELASCO SOBRE LA CONJURA DE LOS NOBILÍSIMOS TRAIDORES

Velasco hizo un alto para espantar con un folio a una avispa que acudía a la jarra de aloja.

—¿Habéis notado, señora, la cantidad de antiguos soldados tullidos, a los que falta un brazo o una pierna o un ojo, que comidos de llaga y miseria mendigan por los caminos o a la puerta de las iglesias? España, señora mía, es desagradecida y paga mal a los que la sirven. Muchos viejos soldados, y vuestro admirado Cervantes es uno de ellos, sienten que el esfuerzo y la sangre que le ofrendaron no han sido debidamente remunerados y pasan la vejez rumiando ese agravio. Ezpeleta se acercó a Grimaldo a pedir dinero y, abriéndole su corazón, se quejó amargamente de que había venido a la corte en busca de reconocimiento, y que como tantos suplicantes había pedido en vano audiencia con el duque de Lerma. Le hizo creer que estaba presto a traicionar al rey por el despecho de que su negocio no se tuviera en cuenta en la corte.

—Le hizo creer, decís —inquirió doña Dorotea—. ¿Es que no se ofreció a traicionar al rey?

Velasco sonrió.

—Las apariencias engañan, señora mía. Don Gaspar de Ezpeleta era un agente del rey, o por mejor decir, un agente mío. Entró en la conjura para desbaratarla.

—Señor, todo el mundo dice que era un hombre alocado y mentecato, perseguidor de mujeres —dijo doña Dorotea.

—Esa era la apariencia con la que se encubría, señora. En realidad Ezpeleta era un fiel servidor de la Corona con un historial prestigioso: combatió en la Gran Armada que nuestro buen rey Felipe II envió contra Inglaterra; después sirvió al rey a las órdenes de don Alonso de Vargas en la guerra contra los rebeldes aragoneses, destacó en el socorro de Jaca cuando un ejército de bearneses entraron por el valle de Jena, de allí paso a las galeras que Zubiarre llevó al mar de Bretaña, por cuyos merecimientos alcanzó la venera de Santiago, espió

en París dentro de la corte del rey de Francia y finalmente combatió en Flandes bajo las banderas del marqués de Spínola, y destacó en el socorro de La Esclusa y en la expugnación de Ostende. De allí lo llamé yo a la corte y bajo la capa de su frivolidad fue dando a entender ante las personas sospechosas de conspirar contra el rey o el duque de Lerma, su criado, que estaba descontento con el trato que recibía.

Doña Dorotea asintió.

—Entiendo los motivos de los duques de Medina y de Frías, pero ¿qué interés tenían los genoveses en la muerte del embajador?

—La misma que todos, o incluso más. A los genoveses les interesa que España esté en guerra con todos sus vecinos. Ellos nos adelantan dinero a usura para las pagas de los soldados y se lo cobran con aumentos en la plata que viene de las Indias.

—Comprendo —dijo doña Dorotea—. Con razón dice don Miguel que la corte es un cesto de manzanas podridas.

—Es algo peor —reconoció Velasco—, quizá también sea un albañal, pero el servicio del rey y de España exige que nademos en él. Ezpeleta organizó el atentado contra Hontingham de manera que fracasara sin que los conjurados supieran que toda la maquinación estaba descubierta. Como sabéis, el plan era que Dahlmann asesinara al embajador Hontingham. El duque de Frías había trazado que en el revuelo del suceso don Gaspar de Ezpeleta mataría a Dalhmann, pero don Gaspar se ocupó de que el atentado fracasara.

—¿Qué necesidad había de matar a Dalhmann? —preguntó doña Dorotea.

—Ay, señora, es lo que cumple hacer en estos casos para cerrar bocas que de otro modo se abrirían y lo desembucharían todo en el tormento.

—Ya entiendo.

—Fracasado el atentado, el duque de Frías urgió a don Gaspar de Ezpeleta para que preparara otro en la primera ocasión propicia. Don Gaspar trazó lo del ballestazo en la corrida de toros que se celebró seis días más tarde. Ya sabéis que falló la señal acordada, el pañuelo de Ezpeleta.

—Dalhmann me contó el suceso.

—A nuestro amigo Ezpeleta lo sacaron del coso entre cuatro mozos, molido y quebrantado como don Quijote cuando el mozo de mulas de los mercaderes lo molió a palos.

—¿Habéis leído el Quijote? —preguntó doña Dorotea, sorprendida.

Velasco sonrió anchamente bajo el tupido bigote.

—Lo he leído, señora. Aunque me veáis en este hábito sencillo, no me faltan algunas letras. Y tengo encomendado al librero Antonio García que en cuanto aparezca una nueva salida del ingenioso hidalgo me reserve un ejemplar.

—¡Ojalá escriba don Miguel nuevas aventuras!

—Vos habéis trabajado bien por sacarlo de sus melancolías —reconoció Velasco—. Esperemos de su ingenio que no se olvide de ese hidalgo que, quizá sin saberlo él, representa la figura de la triste España.

Doña Dorotea empezó a encontrar atractivo a Velasco. Miró las manos fuertes, de remachadas uñas, que volvían a servir aloja en los vasos. Espantó un moscardón.

—¡El calor! —dijo abarcando con la mirada las huertas en las que el sol restallaba despertando colores. Volvió a mirar a doña Dorotea—. ¿No os interesa saber cómo acabó lo de Hontingham?

—Claro, proseguid, os lo ruego.

—Ezpeleta temía que los conjurados sospecharan si nuevamente una circunstancia fortuita desbarataba el plan. Por eso ideó un accidente que lo expusiera a la vista de todos, especialmente del duque de Frías y de Renzo Grimaldo, que acudirían a la corrida esperando presenciar la muerte de Hontingham. En el turno de los nobles e hidalgos salió a rejonear en un mal caballejo y fingió una caída que lo privaba de sentido. Como sabéis había previsto que Dalhmann aguardaría a que reapareciera y sacara el pañuelo, y si no aparecía, no se atrevería a obrar por su cuenta. Contaba con que, además de alemán, es menguado de sesera.

—¿Y se lastimó Ezpeleta?

—No, señora. Era un hombre muy bregado en la guerra. Dio el batacazo y se fingió desmayado para que lo sacaran del coso. Solo sufrió en su honrilla porque el clérigo Góngora le sacó una copla.

—¿Y si, a pesar de todo, hubiera disparado Dalhmann? —preguntó doña Dorotea.

—Eso también estaba previsto —dijo Velasco—. Con engrudo y resina habíamos pegado la nuez de la ballesta a la caja de la cureña, de manera que no disparara, aunque Dalhmann quisiera.

—Proseguid, os lo ruego.

—Dalhmann pensó que la caída de Ezpeleta era parte del plan y que luego volvería a su asiento y sacaría el pañuelo. Así se estuvo todo el rato que duró el festejo, sudando debajo del tejado y aguardando que volviera su jefe, pero como no volvió, se abstuvo de matar al embajador, permaneció en su atalaya mano sobre mano y después se retiró a sus cuarteles. Esa es la historia, señora. Como sabéis, luego ya no se presentó otra ocasión pública para matar a Hontingham porque la embajada inglesa se volvió a su tierra a los pocos días y aquí quedamos descansadísimos, especialmente yo.

—Todavía me queda una duda: ¿por qué mataron a Ezpeleta?

—Por el papel que llevaba en su seno, el mismo papel ensangrentado que vos buscasteis en el palacio del duque de Frías y

después hallasteis en las arcas de Renzo Grimaldo. Si os he hecho venir es porque ahora los genoveses lo buscan como locos y han contratado pesquisidores que averigüen quién lo tiene. Si dan con esa persona o personas, o sea con vos y con la duquesa de Arjona, vuestra amiga, no se pararán en barras con tal de recobrarlo. Las dos estáis en peligro. El papel es un pasaporte a la muerte.

—Lo entiendo y agradezco vuestro aviso, don Juan —dijo doña Dorotea—. Hablaré con la duquesa y os entregaremos cuanto sustrajimos de la Casa del Cerrojo. Ahora solamente quisiera saber cómo llegó ese papel a Grimaldo.

—Lo obtuvo del duque de Frías, que a su vez lo había conseguido del alguacil Villarroel.

—¿Y de dónde lo sacó Villarroel?

—Uno de sus alguaciles lo encontró al registrar los vestidos de Ezpeleta. Era una carta de los banqueros genoveses a Medina en la que trataban de la muerte de Hontingham. Renzo Grimaldo había concertado con Ezpeleta cambiársela por otra carta que comprometía a Frías.

—¿Es que valía más la carta que implicaba a Frías? —inquirió doña Dorotea.

—Para nosotros sí, señora.

—¿Queréis decir para el duque de Lerma o para el rey nuestro señor?

—¿No son la misma intención en distinta persona? —preguntó Velasco—. Lerma es el más fiel criado del rey.

—Vos sabéis que no —lo contradijo doña Dorotea—. El duque mira por los intereses del reino, de acuerdo, pero no sé si antes mira por los suyos.

—¡Pardiez que sois sagaz! —reconoció Velasco, casi divertido—. En reconocimiento a vuestra colaboración os abriré el último pliegue de mi conciencia, señora. Pasada la ocasión de matar a Hontingham, los dos duques, Medina y Frías, intentaban escurrir el bulto, pero al servicio del rey era más conveniente poseer la prueba implicatoria de Frías que la de Medina.

—¿Por qué, siendo los dos de similar nobleza y siendo la traición de uno tan grave como la del otro?

—Medina solo quería vengarse del inglés; Frías pretende derrocar al duque de Lerma y meternos en otra guerra. Medina se conformará con administrar sus estados y rumiar enconos en su palacio de Sanlúcar; Frías, por el contrario, puede seguir intentando derrocar a Lerma e involucrarnos en otra guerra con el inglés, por otros medios, en tiempos venideros. Esa es la diferencia. Por eso nos interesa probar la implicación de Frías y no la de Medina, que ya es agua pasada. Creo que no tengo nada más que explicaros. Quizá sabéis ya más de la

cuenta.

Doña Dorotea asintió pensativa. Luego dijo:

—Todavía tengo una duda: ¿cómo es que la carta de Medina estaba en poder de Ezpeleta?

—Medina no se comunicaba directamente con los banqueros genoveses sino a través de Renzo Grimaldo. Cuando Grimaldo contrató a Ezpeleta le mostró la carta de Medina como prueba de la ganancia que obtendría a la muerte de Hontingham. Ese día, en el despacho de Grimaldo, Ezpeleta vio, a través de un espejo, el cajón secreto del bargueño donde el genovés guardaba la carta. Le fue fácil seducir a una doncella de la casa, que le franqueó la entrada en palacio con el pretexto de una cita galante. Así la robó. Luego de copiarla la usamos para obtener la carta de Frías.

—Nunca pensara que la máquina de la corte pudiera ser tan compleja —dijo doña Dorotea.

—Lo es aún más —suspiró Velasco—. En fin, el resto de la historia ya la sabéis. Ezpeleta le hizo saber a Grimaldo que tenía la carta, Grimaldo le ofreció una crecida suma por ella. Ezpeleta le advirtió que solo aceptaba a cambio otra carta que implicara a Frías. Grimaldo pensó que era más seguro asesinarlo y arrebatarle la carta, concertó la cita a la puerta de las Cervantas y envió al espadachín Malatesta para asegurarse del desenlace del negocio.

—Aún no veo por qué tuvo que citarlo a la puerta de don Miguel de Cervantes.

—Él no mencionó a Cervantes. Lo citó frente al puentecillo de madera del Esgueva, que resulta ser la puerta de las Cervantas. Lo de que el asesinato ocurriera exactamente a la puerta de vuestras amigas lo pensó Grimaldo a última hora, solo por importunar a don Miguel, lo que complacería al duque de Medina. Por eso aconsejó al alcalde Villarroel que pusiera en prisiones a Cervantes y a su serrallo familiar.

Doña Dorotea asentía.

—Os agradezco mucho que me hayáis contado todo esto —dijo—. Ahora entiendo cómo han ocurrido las cosas.

—Ahora solo falta que nos entreguéis los papeles de Grimaldo —indicó Velasco—. Vos y la duquesa de Arjona habéis servido eficazmente al rey al conseguir esos papeles para la justicia real.

Doña Dorotea asintió.

—Eso es todo, señora. El duque de Lerma me encomendó que os aclarara los extremos de este enredo y que os solicitara vuestra colaboración. Y en cuanto al bienestar de don Miguel de Cervantes no tengáis cuidado, que el duque se asegurará de que su honor y buen nombre queden a salvo.

—Lo que le agradezco.

—Podréis agradecérselo a él, en persona.

Doña Dorotea sonrió.

—Difícil lo veo. ¿Sabéis lo que cuentan de él?

—Cuentan de él muchas cosas. —Velasco se encogió de hombros.

—Dicen que un mancebo que aspiraba a un favor real fue al rey con su demanda y Su Majestad le dijo: «Eso pedídselo al duque de Lerma». Entonces el suplicante le dijo al rey: «Majestad, si he acudido a vos es porque es más fácil que acudir al duque».

Velasco soltó una franca carcajada y se atusó el mostacho.

—¡Esto le va a gustar al duque! Así son las cosas en la corte. El duque descarga de trabajo a Su Majestad recibiendo las peticiones y orientando a los consejeros. En fin, vos no tendréis tanta dificultad como el mancebo del cuento, señora, porque el duque quiere recibiros.

Doña Dorotea quedó estupefacta.

—¿A mí? ¿Cuándo?

Sonreía Velasco al comprobar la expresión de sorpresa de la muchacha.

—Ahora mismo —dijo mientras hacía tintinear una campanita.

41

Que trata de las razones que hubo entre el duque de Lerma y la prudente doña Dorotea

La dueña doña María llevó a doña Dorotea al otro lado del palacio, donde el duque de Lerma la recibiría. Atravesaron una galería con ventanas emplomadas y bancos corridos a lo largo del muro donde unos quince solicitantes citados mediante cedulilla, quizá después de esperar meses, aguardaban audiencia del duque. Unos charlaban entre ellos, en voz baja, y otros paseaban la galería a solas, ensimismados, repasando mentalmente las palabras con que expondrían su petición al duque.

Seguida de doña Dorotea, doña Juana pasó de largo entre ellos con la altivez de los que están en constante comunicación con el poderoso y penetró con idéntica familiaridad en la antesala del despacho del duque, donde seis escribientes sentados en otras tantas espaciosas mesas atendían a la copiosa correspondencia del ministro en cuyos hombros había descargado Felipe III la ordenación y gobierno de sus Estados.

—Sentaos aquí y esperad —dijo la dueña indicando una silla a doña Dorotea.

Aguardó doña María junto a la puerta del despacho hasta que salió el visitante del duque. Dorotea reconoció, con cierto sobresalto, al marqués de Falces, el amigo de Ezpeleta, que pasó de largo sin notar la presencia de la dama.

Doña Dorotea solo tuvo que aguardar un instante. Doña María salió del despacho de Lerma y le indicó que pasara.

—Don Francisco, esta es doña Dorotea de Osuna, que viene a saludaros —los presentó.

El duque de Lerma estaba sentado detrás de un enorme escritorio con tapa de mármol ricamente taraceado que soportaba una montaña de legajos y papeles. Detrás de él doña Dorotea reconoció un gran retrato ecuestre del duque sobre su famoso caballo blanco, que pasaba por ser el mejor corcel de la cristiandad.

Lerma se levantó caballerosamente y acudió a recibir a la visitante, cuya mano besó.

—Os agradezco, señora, la deferencia al haber venido a saludarme. Sentaos, os lo ruego.

Doña Dorotea tomó asiento en la silla que le indicaba el duque, junto al gran ventanal emplomado que daba a las alamedas del río y a las huertas. Él se sentó, con gran sencillez y familiaridad, en el cojín corrido que tapizaba el poyete de la ventana. No se le veía bien el rostro a contraluz, pero doña Dorotea notó que era un hombre atractivo, de buen talle y gallardo a sus sesenta años, con esa majestad que emana el poder, los ojos grises e indagadores, orlados de ojeras cárdenas, el pelo muy corto, gris y canoso, los mostachos rubios y enhiestos, la perilla cuidadosamente recortada.

—Señora —dijo Lerma—. Don Juan de Velasco me ha elogiado mucho vuestras prendas y cómo habéis trabajado por restablecer la justicia en el caso de la injusta prisión de don Miguel de Cervantes. Estoy también enterado de vuestro buen oficio en la recuperación de ciertos papeles que eran muy cumplideros para la Corona, por lo que os expreso mi agradecimiento y el del rey nuestro señor. Don Juan me ha encomiado vuestra discreción y la conveniencia de ofreceros un empleo en la corte al servicio de los reyes si os place y no os lo impiden compromisos mayores. No tenéis que decidirlo ahora. Pensároslo el tiempo que estiméis necesario y enviad vuestra resolución a don Juan. No os detengo más, señora. Os agradezco vuestra visita y os quedo muy obligado por ella.

Miró el duque a la dueña doña María, que había permanecido junto a la puerta, y ella acudió diligente a acompañar a doña Dorotea hasta la salida. El duque regresó a su escritorio y pareció concentrarse en sus papeles, pero antes de que las mujeres abandonaran la estancia preguntó:

—Doña Dorotea, ¿por ventura sabéis si don Miguel sacará a la luz nuevas aventuras de don Quijote?

Doña Dorotea se volvió, sorprendida. Lerma sonreía.

—Excelencia —respondió la dama—, creo que está barruntando nuevas aventuras y que si encuentra el sosiego necesario las escribirá.

—Confiemos en que así sea —asintió Lerma—. Id con Dios.

Salieron a la antesala de los secretarios y atravesaron la sala de los pasos perdidos donde los solicitantes aguardaban. Doña María acompañó a doña Dorotea hasta la salida del palacio, donde la esperaba la carroza. La despidió con un beso en la mejilla.

—El cochero os llevará a donde le indiquéis.

Cruzaron el puente. Los lisiados extendían la mano a los transeúntes. Niños mendigos, descalzos y casi desnudos, corrían tras la carroza gritando: «Dame algo, dame algo». El paje del pescante se daba maña con la vara para apartarlos.

Sentada en el banco acolchado de la carroza, los chapines sobre la

alfombra de cuero, doña Dorotea, pensativa, contemplaba Valladolid a través de las irisaciones de los cristales.

—Paciencia y aguardar —pensó. Y luego musitó entre dientes, hablando para sí—. La vida: ¡qué esplendor!

Apéndice

Doña Andrea de Cervantes, aderezada con su corpiño de las fiestas, su saya de raso y su toca sevillana, entró en el cuarto donde don Miguel, su hermano, escribía y lo besó en la frente.

—¿A dónde vas tan compuesta, hermana? —preguntó don Miguel.

—¿Estoy bien? —preguntó ella dándose la vuelta para que la apreciara de todos los lados—. Voy a agradecer a la duquesa de Arjona y a doña Dorotea de Osuna cuanto nos han favorecido. Les llevo unas almendras que he garrapiñado y unos justillos bordados.

—La duquesa y doña Dorotea… —murmuró Cervantes, pensativo—. Eso está bien.

Doña Andrea no halló el palacio. Recorrió dos veces la manzana detrás de la Plaza Mayor, pero en lugar de la entrada blasonada y el balcón con hachones en forma de dragón que había visto hacía tan solo unos días, cuando visitó a la duquesa, solo encontró las carcomidas bardas del huerto de Santiago con dos añosos cipreses asomando por encima. Preguntó a varios transeúntes por el palacio de los duques de Arjona y ninguno le supo dar razón.

«Parece cosa de encantamiento», se dijo.

Turbada y pensativa, regresó a casa.

—Hermano, no te vas a creer lo que me ha pasado —le dijo a don Miguel.

Don Miguel sonreía.

—Sí me lo voy a creer.

DRAMATIS PERSONAE

Después de los sucesos narrados, doña Dorotea regresó a su casa de Osuna, donde se consagró a la administración de la hacienda familiar y a su debido tiempo contrajo matrimonio con don Fernando, el rico heredero de una casa noble al que advirtió en la promesa de matrimonio: «Tu vasalla soy, pero no tu esclava». A lo que él respondió: «Por compañera y amiga te tomo, y no por sierva». Fueron tan felices como se puede ser en este mundo y tuvieron cinco hijos, uno de los cuales, don Miguel de Poblete Casasola, fue arzobispo de Manila y costeó las puertas chinescas del santuario de la Virgen de Consolación de Osuna, que representan un laberinto.

Doña Dorotea, ya vieja y viuda, casi ciega, se hacía leer por una nieta las obras de don Miguel de Cervantes y se recreaba mucho en aquellos pasajes en que una mujer vestida de caballero triunfaba en el mundo de los hombres, como la Teodosia de la novela ejemplar *Las dos doncellas*, la Margarita de *El gallardo español*, la Marfisa de *La casa de los celos* o la Ana Félix del *Quijote.* A veces se fingía dormida para quedar a solas y rememorar los lejanos días de Valladolid en que conversó con don Miguel y vivió aquella aventura por sacarlo del apuro.

Doña Constanza de Ovando, la sobrina de Cervantes que tanto amistó con doña Dorotea, regresó a Madrid con la corte en 1606. Allí continuó la tradición familiar iniciada con doña María de Cervantes y obtuvo palabra de matrimonio de un tal Francisco Leal, el cual, según documento judicial otorgado el 18 de diciembre de 1608, se obligaba a pagarle unos míseros mil cien reales en concepto de reparación por quebrantar la promesa de matrimonio (se conoce que, con cuarenta y tres años, había bajado su cotización). En 1616 alquiló una vivienda en la calle del Baño, donde criaba un balcón con geranios y cosía para la calle. Murió en 1622, seis años después que su célebre tío.

Doña Andrea, la hermana mayor de Cervantes y madre de Constanza, también regresó a Madrid con el resto de la familia. Cansada de «la ajetreada vida emocional que había llevado hasta entonces», hizo sus votos de obediencia, pobreza y castidad y se acogió al convento de la Orden Tercera de San Francisco tras declararse viuda de un imaginario general Álvaro Mendaño. Murió de fiebres en 1609.

Doña Magdalena, la hermana menor de Cervantes, regresó a Madrid y, al igual que Andrea, abrazó la vida religiosa en la Orden Tercera de San Francisco, en cuyo seno murió en 1611 tras dictar testamento en el que manifestaba su deseo de ser inhumada «con la menos pompa que pareciere a mis testamentarios», a los que dejaba en herencia el cobro nunca olvidado ni perdonado de una deuda de trescientos ducados que le debía, desde un cuarto de siglo atrás, su seductor, Fernando de Lodeña, que tras allegarse a ella matrimonialmente había quebrantado su promesa de bodas.

Isabel de Saavedra, la hija de Cervantes habida con la tabernera Ana Villafranca de Rojas, regresó con el resto de la familia a Madrid, pero lejos de arrimarse a la Iglesia como las demás Cervantas, nada más llegar contrajo matrimonio con Diego Sanz del Águila (de quien concibió una hija que bautizaron como Isabel Sanz del Águila y Cervantes). Tuvo también un amante pudiente y casado, Juan de Urbina, secretario del duque de Saboya. En 1608 falleció el marido y ella se mudó a un piso que le puso el amante en la calle de la Montera. A poco se volvió a casar, para cubrir las apariencias, con un tal Luis de Molina.

La indómita Isabel, a la que su biógrafo Krzysztof Sliwa describe como «hábil, astuta, dominante y regañona», se distanció de su padre, nuestro don Miguel de Cervantes, por cuestiones de dineros, a los que debió ser singularmente aficionada puesto que también por ellos denunció al amante Urbina y consiguió que lo encarcelaran hasta la resolución del pleito. De sus últimos años sabemos poco, aunque cabe imaginarla acomodada y rencorosa. Nunca se llevó bien con el padre ni, quizá, con nadie. Murió en 1652, cumplidos los sesenta y ocho años de edad, sin haber leído el *Quijote* (probablemente fue la única Cervanta analfabeta).

Don Miguel de Cervantes se mudó con la corte a Madrid en 1606. Vivió sucesivamente en las calles Madalena, del León (1610) y Huertas (1611), en el barrio de Atocha. Sintiendo las pesadumbres de la edad, o quién sabe por qué, ingresó en abril de 1609 en la Congregación de los Esclavos del Santísimo Sacramento del Olivar,

que imponía a sus cofrades severos ayunos y abstinencias. En 1613 ingresó en la Orden Tercera de San Francisco, la congregación en la que ya figuraban dos de sus hermanas. En 1612 publicó sus *Novelas ejemplares.* El octubre de 1615 se mudó a la calle Francos, frente al mentidero de los comediantes, y publicó *La segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, que había estado meditando y escribiendo desde los tiempos de Valladolid. Falleció el 22 de abril de 1616, y lo sepultaron, vestido con sayal franciscano, en el convento de las Trinitarias Descalzas.

Algo más repuesto de dineros tras el golpe en la Casa del Cerrojo, Chiquiznaque regresó a Madrid con la corte y después de algunos problemillas con la justicia, retornó a su nombre secular de Cristobalico de Lugo, se casó con una buñuelera de Lavapiés y sentó plaza de hombre honrado. Cofrade de la Vera Cruz, por herencia del difunto suegro, acompañaba a bien morir a los condenados a la horca, sus antiguos colegas, y en la velación de la víspera los convidaba a chocolate con canela y churros y les llevaba coimas que satisficieran sus últimas voluntades.

El licenciado Cristóbal de Villarroel, alcalde de corte civil y criminal, siempre a la procura de ascensos, logró que lo trasladaran a la corte de Madrid en febrero de 1607, pero en la venta de la Sorda, pasado Arévalo, comió un escabeche dañado, del que le vino un apretón nocturno o flujo de vientre y buscando en el apuro donde evacuar, entró sin luces en las cuadras y una mula espantada del pedorreo lo pingó con tal mala fortuna que falleció de allí a dos días sin haber recobrado la conciencia (Simancas, Quitaciones de Corte, leg. 10).

Muzio Malatesta, el maestro de esgrima, abrió academia del arte de la espada en la calle Mayor de Madrid, junto al mercado de San Miguel y ya no volvió a aceptar desafíos pagados. En 1620, aquejado de reúma, vendió las armas, se casó con una viuda vistosa, veinte años más joven que él, y se asoció con un confitero francés, *monsieur* Pinot, para abrir la primera heladería madrileña, en el compás de San Ginés, con frutas de Alcalá y nieves del Guadarrama. A su muerte, en 1624, la viuda puso de luto el helado y se inventó el de moras.

El gran predicador y hablista fray Jerónimo de Florencia derramó su elocuencia desde los más prestigiosos púlpitos del reino embistiendo especialmente contra el pecado de la lujuria, que consideraba «cáncer y terminación el humano género». Es fama que, yéndose a confesar con él el todopoderoso valido don Gaspar de Guzmán y

Pimentel Ribera y Velasco de Tovar, conde- duque de Olivares, y habiéndole relatado ciertas copulaciones que había perpetrado con una monja de clausura, le preguntó: «Si era de clausura, ¿dónde pecó su excelencia?». El conde-duque respondió: «En el recodo que se hace detrás del retablo de la capilla de San Sebastián del convento de las Descalzas Reales, donde la sacristana guarda las alfombras y paramentos del Corpus». Meditó un momento fray Jerónimo y posando su mano sobre el brazo del conde-duque con la familiaridad que otorga el sacramento, lo amonestó severamente: «El pecado es grave —declaró—, pero he de admitir que el sitio escogido por su excelencia es de lo más aparente». Le impuso como penitencia el rezo de tres avemarías. Fray Jerónimo de Florencia falleció en la paz del Señor en 1633, sin más preocupación que la de si el predicador que hiciera su sermón fúnebre estaría a la altura de las circunstancias. Su nombre figura en el Catálogo de Autoridades de la Real Academia de la Lengua.

El duque de Lerma continuó rigiendo los destinos de España en nombre del abúlico Felipe III hasta que en 1618 perdió el favor del rey y se retiró de la vida pública. Recelando que su sucesor lo procesaría por su escandalosa fortuna turbiamente adquirida, compró al papa un capelo cardenalicio que le aseguraba la inmunidad (el aforamiento, diríamos hoy). El vulgo cantaba por las plazas: «Para no morir ahorcado, el mayor ladrón de España se vistió de colorado». Lerma se retiró inmensamente rico a sus propiedades de la villa de Lerma, donde se había hecho construir un magnífico palacio. Allí pasó sus últimos años rumiando deslealtades hasta su muerte en 1625. El impecune Góngora le había dirigido, en sus días de esplendor, unas loas en las cuales leemos, entre otros primores, «Crece, oh de Lerma tú, oh tú de España / bien nacido esplendor, firme columna», que no sabemos si se las remuneró.

Felipe III, piadoso, cristiano sincero, rezador, vago, gran aficionado a fiestas y saraos, murió prematuramente en 1621, a los cuarenta y tres años de edad. Era marzo y habían colocado un brasero tan cerca del rey que este comenzó a sudar copiosamente. El marqués de Tovar comentó al duque de Sessa que quizá convenía retirar un poco el brasero, que «su Majestad se nos está socarrando», pero, por cuestiones de protocolo, ese preciso cometido correspondía al duque de Uceda. Buscaron al duque de Uceda, pero se había ausentado del Alcázar y cuando pudieron localizarlo y traerlo, el rey estaba ya empapado de sudor. Aquella misma noche se le declaró una erisipela que se lo llevó al sepulcro.

El embajador inglés conde de Hontingham (así lo escribía Velasco, el superintendente de los espías del rey), no es otro que Charles Howard, primer conde de Nottingham, el almirante inglés que se enfrentó a la llamada Armada Invencible en 1587 y saqueó Cádiz en 1596. Tras la muerte de la reina Isabel de Inglaterra (calumniosamente apodada «la Reina Virgen») el 24 de marzo de 1603 y la entronización de Jacobo VI de Escocia como Jacobo I de Inglaterra, España e Inglaterra concertaron la paz (Tratado de Londres, 28 de agosto de 1604), y Nottingham acudió a Valladolid en junio de 1605 al frente de una nutrida representación inglesa para ratificar el acuerdo. El almirante y su séquito fueron muy homenajeados y permanecieron en Valladolid por espacio de un mes antes de retornar a Inglaterra. En Valladolid quedó como embajador permanente ante Felipe III sir Charles de Cornualles. Después de su misión española, Nottingham siguió prestando destacados servicios al rey Jacobo, entre ellos el de comisario en el juicio de la Conspiración de la Pólvora en 1605, cuando unos nobles católicos ingleses intentaron volar el parlamento británico con el rey Jacobo y su familia. Murió en 1624, a la edad de ochenta y ocho años.

Bibliografía

El manuscrito original del proceso a Cervantes por la muerte de Ezpeleta se custodia en el archivo de la Real Academia Española bajo el encabezamiento *Aberiguaciones hechas por mandado del Sr. Alcalde Xpual de Villarroel sobre las heridas que se dieron a D. Gaspar Despeleta, Cauallero del Auito de Santiago*, etc. Se encontró a finales del siglo XVIII en el archivo de la antigua Cárcel de Corte. Lo publicó Cristóbal Pérez Pastor como Apéndice del Tomo 2 de sus *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos,* Madrid, 1902, pp. 453 y ss., y lo reeditó en 1992 el Grupo Pinciano de Valladolid.

Los principales documentos sobre don Gaspar de Ezpeleta se encuentran en el expediente del Archivo General de Simancas, Estado, Legajo 1.796. Ezpeleta fue a Valladolid aspirando a una encomienda de la Orden de Santiago (había cuatro vacantes) o alguna renta vitalicia. La relación y memorial que presentó con su petición haciendo minuciosa relación de sus méritos pasó al Consejo de Estado (Real Orden de 30 de diciembre de 1604 firmada por el propio duque de Lerma) y obtuvo respuesta negativa el 25 de enero siguiente, en la que se le dice que «podría obtener trescientos ducados de renta en las tablas de Navarra o Ytalia con tal que se vuelva a servir a Flandes».

De aquellos papeles de contenido erótico del morisco expulsado de España que don Miguel copió durante su cautiverio en Argel se conservan dos manuscritos: el 1767 de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid y el S-2 de la Real Academia de la Historia. Fue editado por Luce López-Baralt y publicado en 1992 por Ediciones Siruela, y en 1998 por Ediciones Libertarias.

La descripción de Valladolid en el capítulo segundo sigue el texto de Bartolomé Joly, consejero y limosnero del rey de Francia que tras viajar por España escribió sus impresiones en el libro *Voyage en Espagne, 1603-1607* (traducido en el libro de José García Mercadal

Viajes de extranjeros por España y Portugal: desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1999).

El superintendente don Juan de Velasco, en su conversación con doña Dorotea, alude a los despilfarros cortesanos que endeudaron aún más a la Corona y a la nobleza. A esos gastos exagerados aludió Góngora en un célebre soneto: «Parió la reina, el luterano vino / con seiscientos herejes y herejías; / gastamos un millón en quince días / en darles joyas, hospedaje y vino. / Hicimos un alarde o desatino / y unas fiestas que fueron tropelías / al ánglico legado y sus espías / del que juró la paz sobre Calvino. / Bautizamos al niño Dominico / que nació para serlo en las Españas; / hicimos un sarao de encantamento; / quedamos pobres, fue Lutero rico; / mandáronse escribir estas hazañas / a don Quijote, a Sancho y su jumento».

También se atribuyen a Góngora unas décimas que circularon sobre el infortunio taurino de don Gaspar de Ezpeleta: «A D. Gaspar de Ezpeleta, habiendo caído de un caballo en unas fiestas celebradas en la plaza de Valladolid: “Cantemos a la gineta / y lloremos a la brida / la vergonzosa caída / de don Gaspar de Ezpeleta. / ¡Oh, si yo fuera poeta, / qué gastara de papel / y qué nota hiciera de él! / Dijera a lo menos yo / que el majadero cayó / porque cayesen en él. / Dijera del caballero, / visto su caudal y traza, / que ha entrado poco en la plaza, / y menos su despensero; / que si cayera en Enero, / quedara con santo honrado; / aunque el Apóstol sagrado, / cuando Dios le hizo fiel, / cayó de alumbrado, y él / cayó de desalumbrado”».

Misterioso asesinato en casa de Cervantes
Juan Eslava Galán

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
www.silviabastos.com

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2015

ISBN: 978-84-670-4469-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es